

la
gran
esmeralda



cristina alloza sanz

LA GRAN ESMERALDA

El robo de una esmeralda constituye el esquema del relato. La autora centra la acción en Castellón y en las páginas de su novela deja una apasionada y lírica descripción de sus Fiestas Mayores. El esquema viene revestido por la novelista con tanto acierto que logra subyugar al lector en la trama de su bien diseñada y desenvuelta labor.

El tema, encontrado en el ambiente, supo forjarlo con su fantasía enriqueciéndolo con una serie de personajes bien definidos y con una elocuente expresión de sentimientos.

Su delicadeza y singular facultad descriptiva logra infundir calor a estas páginas que recogen una labor bien desarrollada. El interés va en aumento hasta el final porque, entre otros aciertos, encontró Cristina Alloza el del ritmo que es fundamental en toda novela.

Esta excelente novela fue seleccionada por el jurado del Premio Planeta y éste fue un motivo más para que la Librería Armengot y la Junta Central de Festejos de la Magdalena se instituyeran en sus editores, convencidos de prestar un gran servicio a Castellón y sus Fiestas.

FRXX/984

LA GRAN ESMERALDA

Donació:

CRISTINA ALLOZA SANZ
(AUTORA)

22 NOV 2006

CRISTINA ALLOZA SANZ

LA GRAN ESMERALDA

J
UNIVERSITAT JAUME I
BIBLIOTECA



1002881794

*A Castellón, mi Ciudad natal, con
la devoción y cariño de quien se siente
enamorado de ella.*

I

LA GRAN ESMERALDA

Desde la salita de estar donde me había refugiado para leer, oí el portazo que dio mi hijo al marcharse, e instintivamente me arrellané en la butaca y estiré mis pies sobre la tarima, cubriéndome bien con las faldas de la camilla.

Hacía mala tarde y Jorge había llegado a casa para decirme que no esperara a los niños como de costumbre, a merendar...

Mi hijo, que había estudiado la misma carrera que su padre y seguía sus pasos con el mismo afán, ocupaba ahora el pabellón que mandamos levantar junto a la Clínica cuando nos casamos. ¡Cuántas horas verdaderamente felices había vivido allí, junto a Guillermo! Pero ahora que había muerto, prefería la paz y el recogimiento, y me había instalado en el pisito que ocuparan mis padres y que fue mi casa de soltera. Aquel barrio era bastante pacífico y yo le tenía un entrañable cariño.

Di un suspiro de fastidio, porque a pesar de mi deseo de paz y tranquilidad, me contrariaba que no trajeran a mis nietos. Ellos me entretenían cien veces más que cualquier libro. Esto es una debilidad de abuela, sin embargo, es cierto.

Casi con resignación me dispuse a enfrascarme en la lectura; una novelita propia de jovencitas y no de una

vieja como yo, pero pensé que iba a distraerme y con esa idea la había cogido.

Al poco rato, llegó hasta mis oídos el tañido de una campana. No sé por qué me sentí sobrecogida.

Desvié la vista de las letras y con mano temblona aparté los visillos que cubrían los cristales, para fijarla en el exterior. La calle estaba poco concurrida. Sobre el pavimento caía pesadamente la lluvia levantando pompas, señal inequívoca de que teníamos agua para rato.

Frente a mis balcones se abría el ancho portón que daba acceso a la Iglesia de Nuestra Señora de la Esperanza. Miré mi reloj. Eran las seis menos cuarto, seguramente tocaban a misa.

Dejé caer los visillos, mas no pude dejar de contemplar la amada fachada que tras ellos se recortaba imprecisa. Era una pequeña parroquia, antes innominada, hoy conocida en todo Madrid. Muchos eran los que la visitaban, aunque a la mayoría les arrastraba más bien la curiosidad que la devoción. Yo, por mi parte, pensaba que era algo de mi propia vida y ya nunca podría separarme de ella...

Recliné la cabeza en el respaldo de la butaca y cerré el libro, incapaz de seguir leyendo. Mis ojos cansados, se fijaron en el plomizo cielo, mientras me preguntaba qué tenía hoy el sonido querido de aquella campana que tan lánguido llegaba hasta mi alma; tal vez fuera la ausencia de mis nietos la que me llevaba a imaginar esto. Otros días, la risa cristalina de los niños hacía eco con ella, pero hoy..., hoy que no estaban, un viejo recuerdo me iba envolviendo, y..., sin saber cómo, acudió a mi mente aquel día inolvidable en que por primera vez vi la Gran Esmeralda...

¡Cuántos años habían pasado ya desde entonces...!
¿Tal vez treinta?... No, más; lo menos cuarenta... Cerré

los ojos, casi los apreté... Y poco a poco, mi imaginación me transportó como en sueños, a aquella época de mi vida, que parecía revivir en mí ahora, con latente realidad...

Sí, era un sábado por la tarde, las tres exactamente, cuando como ahora, corrí los visillos para mirar curiosa la calle. Una calle que no conocía y una población que probablemente no hubiera tenido oportunidad de visitar, si no me invitara María Lidón.

Me encontraba pues en Castellón y en casa de mi amiga. ¿Cómo había ido a parar allí? Nunca lo hubiera pensado, porque a decir verdad, María Lidón no había tenido excesiva amistad conmigo, ni con las demás compañeras de Colegio, en donde a la sazón nos conocimos. Sobre todo, en los primeros años de su internado, estaba francamente insoportable. No cambiaba con nosotras más palabras que las precisas, y algunas veces impertinentes. Papá y mamá, sus fincas y los viajes por el extranjero, no caían jamás de sus labios. Carecía en absoluto del sentido de compañerismo. No admitía nunca una indicación de nadie y cuando se la contrariaba, se revolvía inquieta y no paraba hasta dar con alguna frase que hiriera. Yo no me desesperaba como mis compañeras; me limitaba a encogerme de hombros. En el fondo, sentía compasión hacia aquella criatura. Era hija de un exportador de naranjas, con muchísimo dinero, muy avezado a grandes viajes, y con toda la sencillez, amabilidad y simpatía que a María Lidón faltaban.

Mas, como la adversidad eleva los caracteres de aquellos a quienes no degrada, María Lidón, que al cabo de un corto tiempo, perdió a su padre, sufrió una metamorfosis total, granjeándose el afecto, aunque compasivo, incluso el de aquellas que hasta entonces le habían demos-

trado su antipatía. Pero esto duró poco, ya que al terminarse el curso, abandonó definitivamente el Colegio, y nada volvimos a saber de ella.

Tal fue mi sorpresa cuando, pasados cinco años de su partida, recibí una carta invitándome a las Fiestas de la Magdalena de Castellón; me costó trabajo saber de quién era aquella carta, no tanto por haberme olvidado de mi antigua compañera, como por el asombro que el objeto de su misiva, produjo en mí; sin embargo, pude darme pronto cuenta de lo que había ocurrido.

Mi hermano Alberto, que en aquella fecha ya era Teniente Fiscal de la Audiencia Territorial de Madrid, y muy conocido por sus dotes oratorias, fue invitado para que actuara aquel año como Mantenedor de los Juegos Florales que debían celebrarse en dichas Fiestas, y por ello, la Reina de las mismas, María Lidón Ramos García, manifestaba a la hermana del futuro Mantenedor, lo honoradísima que se sentiría de tenerla en su casa durante su corto reinado.

No quise oponerme a su deseo, por dos motivos; primero porque me parecía mal hacerle un feo, y segundo, porque sentía curiosidad por contemplar todo aquello desconocido para mí, y que quizás, perdida esta oportunidad, no hubiera tenido nunca más ocasión de ver.

Así es que, con la emoción que todo lo nuevo produce en la inquieta juventud, me metí en el tren, busqué un departamento vacío y me dispuse a soñar, a fantasear sobre todo lo que aún no había visto. Y feliz me reía de mí misma, por esta manía que he tenido siempre de imaginarme las cosas. ¡Pero resulta tan bonito soñar!

Sentí que se hiciera de noche, porque el paisaje, según íbamos avanzando, era más hermoso, ahora que, a medida que el paisaje hermo se iba abarrotando de

gente hasta quedar de una incomodidad tal, que los deseos de abandonar el vagón, iban también en aumento progresivo.

Llegamos por fin a Castellón y como siempre me han molestado las aglomeraciones, esperé a que bajaran todos, preguntándome si habrían salido a esperarme; era lógico que así fuera; seguramente la misma María Lidón.

¿Habría cambiado mucho? Yo recordaba una colegiala regordeta, no muy alta y poco ágil, de carita ovalada, con dos trenzas rubias que caían lacias sobre sus hombros. No se podía decir que fuera guapa, ni fea tampoco; lo único que llamaba la atención en ella, era una dentadura envidiable, y la claridad extraordinaria de sus ojos. Cinco años habían pasado desde la última vez que la viera y no era probable que hubiera cambiado mucho.

Mientras esto pensaba, se fue quedando el vagón solo y al fin, decidí salir. Bajé al andén. ¡Qué bullicio y voces de saludo!; abrazos por un lado y empujones por otro. Eran naturales aquellas expansiones y sin embargo me estaban molestando, tal vez fuera porque yo no encontraba a nadie. No duró mucho esta situación, pues oí que alguien me llamaba por mi propio nombre. Me volví y quedé frente a frente a una María Lidón totalmente distinta a la que yo recordaba.

De momento me sentí como empequeñecida y avergonzada ante aquella alta figura graciosa y elástica, y... ¿por qué no decirlo?, francamente guapa. Las trenzas se habían convertido en una bonita melena que servía de marco a una carita preciosa, en la que seguían destacando extraordinariamente la blanquísima y perfecta dentadura y aquellos ojos tan verdes y rasgados.

Ante mi inmovilidad y mi insistente mirada, tuvo que exclamar:

— Pero... ¿no quieres darme un abrazo, o es que tan cambiada estoy que ya no me conoces?

— Perdona — dije correspondiendo a su saludo —. En realidad has cambiado bastante.

— Pues yo a ti te encuentro exactamente igual — añadió volviéndose hacia atrás —. ¡Qué simple soy! si no te he presentado todavía a mi madre — y tomándola del brazo la acercó a mí.

Me pareció muy distinguida y completamente opuesta a su hija; era una persona con simpatía innata.

Abandonamos el andén entre la apretada multitud. Conseguimos alcanzar al fin el coche de mi amiga. Ya el chófer, gorra en mano, abría la portezuela. Nos introdujimos en su interior, yo con un suspiro de alivio, y segundos después, salimos para casa.

Una vez allí cambiamos pocas palabras porque era sumamente tarde y la mamá de María Lidón, dispuso que nos retirásemos a descansar, tiempo tendríamos de charlar en los días que íbamos a pasar juntas.

Al día siguiente salimos a ver lo que María Lidón llamó la «Masclotá» que era el inicio de las Fiestas y que según me dijo, consistía en un castillo de fuegos artificiales diurno, pero de mucho ruido.

Al desembocar en la Plaza de María Agustina, una vez dejada su calle atrás, encontramos a dos de sus amigas que venían a buscarnos. Se trataba de Margarita y Luisa. La primera muy alta y morena, de ojos oscuros; la segunda no tan alta o quizás un poquito más gordita, de pelo castaño y ojos oscuros también, pero más guapa. Y juntas fuimos a dar unas vueltas y ver la animación que en verdad era grande, no se podía circular. Los coches tenían que ir lentos y haciendo sonar sus bocinas para evitar atropellar a alguien, pues como las aceras resultaban insufi-

cientes a causa del gentío enorme, debíamos caminar por la calzada con el consiguiente entorpecimiento para los vehículos.

— Demos la vuelta de la procesión — sugirió Margarita.

— Tienes razón, puede que así encontremos menos dificultad.

— ¿Y qué es éso? — pregunté yo divertida.

— Pues recorrer las calles por las que habitualmente pasan las procesiones — aclaró Luisita.

— Qué gracioso, jamás se me hubiera ocurrido — dije.

Y efectivamente, entramos por la calle de Colón, al llegar a las Cuatro Esquinas, encrucijada de la calle de Colón con la de Enmedio, doblamos por esta última para desembocar en la Plaza del Caudillo o Puerta del Sol.

En honor a la verdad, diré que encontramos la misma dificultad que si hubiéramos ido en sentido contrario o por otras calles; todas estaban igual. Pero yo, que no he podido soportar nunca los empujones, debo confesar que en esta ocasión no me daba cuenta de ellos, pues estaba muy entretenida contemplando aquella Ciudad que me parecía luminosa y alegre; una ciudad llena de colorido y simpatía; una ciudad abierta, llena de sol, donde el cielo es más azul que en el propio Madrid, por lo menos a mí así me lo parecía, y me daba la sensación de que lo tenía más cerca, tan cerca que casi lo podía tocar con las manos.

Torcimos por fin por la Avenida de José Antonio, saliendo a la Plaza de la Paz con sus gigantescas palmeras dándole un aspecto exótico. De pronto sonó el primer cohete y tuvimos que darnos prisa, bueno, relativa prisa, y por la calle Mayor avanzamos hasta quedar frente a la plaza del mismo nombre. Y allí fue Troya. Comenzaron

a soltar carcasas de las que salían multitud de paracaídas con banderitas y cintas; más cohetes enormes, cuyos zambombazos parecían repercutir en nuestro estómago, y cientos y cientos de cohetes más pequeños. El ruido era atronador, pero lo más terrible fue la gente que iba llegando; nos había encajonado y ya no pudimos movernos. Total, que tuvimos que aguantar a pie firme una lluvia de pavesas y cañas, con el consiguiente susto, amenizado por risas y gritos. Duró quince minutos, pero fueron quince minutos que no olvidaré jamás. Aquella experiencia vivida me pareció tremenda y hasta heroica. A mí, en realidad me gustaban los castillos de fuegos artificiales y había presenciado muchos en mi vida, pero nunca debajo mismo. ¿Debo confesar que sentí pavor?

María Lidón atrapó en el aire un pequeño paracaídas con cintas nacionales y verdes, color este último de la Ciudad.

— Toma — me dijo —, guárdalo como el distintivo de tu bautismo de fuego.

Se lo agradecí de verdad y lo tomé con la misma unción que si recibiera la medalla concedida al mérito heroico y al valor.

Cuando pudimos despegar los pies del suelo, nos despedimos de Luisa y de Margarita y volamos a casa. La mamá de mi amiga nos había indicado que la comida se serviría a la una, y era la una y cuarto. María Lidón temía una regañina, pero no hubo tal. Cuando nos sentamos a la mesa, me dijo:

— Perdona, hijita, que te haya atendido tan poco, pero es que tú no puedes imaginarte el trajín tan grande que llevamos con el reinado de mi hija.

— No te preocupes por eso, mamá — le cortó María Lidón —. Ella se hace cargo, además yo he procurado

distraerla mucho ¿no es cierto? — terminó con sonrisa maliciosa.

— Ya lo creo — contesté.

Mi amiga rió alegremente y contó a su madre las incidencias de la «Mascletà». Yo la escuchaba admirada de su locuacidad. Nunca había sido así, bien es verdad que ahora tenía motivos, unos motivos que harían soñar a cualquier jovencita, puesto que dentro de pocas horas iba a lucir su extraordinaria belleza por las principales calles, en una espléndida Cabalgata que la titulaba del Pregón, y que con toda clase de detalles trataba de describirme.

Así terminamos la comida y pasamos a su habitación en donde tenía ya preparado el traje típico de castellonera. Lo contemplé entusiasmada porque me gustó muchísimo, tanto por lo bonito como por lo rico. Estaba compuesto de una falda amplia de seda natural, de un tono verde seco. Jubón de terciopelo negro con puntillas blancas y negras en el escote y bocamangas. Delantal también de terciopelo negro, con puntilla ancha del mismo color. Y sobre los hombros una pañoleta blanca de fino encaje. Medias blancas y zapato de salón, negro, con hebilla de brillantes. Me pareció elegante y señorial.

— ¿Te gusta? — preguntó sin poder disimular la satisfacción que sentía ante mi admiración —. Pues tendrás ocasión de aprendértelo de memoria, porque durante esta semana me verás vestida siempre así.

— Bueno, exactamente así, no — inquirió la madre —. Tiene dos faldas más, también preciosas y otra pañoleta, que alternará con esta.

— Sí. Recuerda que te las enseñe luego. Ahora no puedo hacerlo, me he de vestir rápidamente.

— ¿Quieres que te ayude? — pregunté aunque me temía iba a servirle de poco mi ayuda.

— No, gracias, lo hará mamá y Juliana.

Y como en aquel momento entrara la doncella, yo me retiré hacia el balcón, corrí los visillos discretamente, para mirar curiosa la calle, mientras en mi imaginación iban reproduciéndose una tras otra todas estas escenas ocurridas.

No tardó en acercarse María Lidón primorosamente vestida, para enseñarme algo que guardaba en un estuche grande. La habían peinado con raya en medio, suaves ondas servían de adorno a su tocado rematado por un moño bajo que la favorecía mucho.

— Mira — me dijo —, no te había enseñado lo principal, mis alhajas.

El estuche era de terciopelo rojo, forrado de damasco azul. En él había un broche grandísimo, un par de pendientes también de buen tamaño y tres agujas largas de moño, todo ello de oro y esmeraldas; debía tener gran valor, así como otra pieza, quizás la más rica de todas ellas, que aparecía en el centro y que no supe lo que era.

— ¿Y esto? — dije señalándola con mi índice.

— Es la peina que está vuelta con el fin de que caiga sobre el moño al clavar las púas en el pelo. Original ¿verdad?

— Y preciosa — comenté acariciándola con mi vista, hasta que mis ojos fueron a detenerse en algo que llamó poderosamente mi atención. Colgando del borde de la peina, en el centro mismo, aparecía una esmeralda en forma de media luna y de tamaño más que regular.

— A que adivino lo que te asombra — rió mi amiga —. La media luna.

— Tienes razón. Nunca había visto una esmeralda de este tamaño y menos de esta forma.

— Es una piedra original y de mucho valor — comentó la señora.



El ruido era atronador...

— Es bonita y adorna mucho la peina — añadió su hija.
Asentí por decir algo, aunque a mi gusto la caprichosa piedra sobraba.

— Mandé colocarla cuando hace poco se la regaló un íntimo amigo de mi marido. Al saber que iba a ser Reina de las Fiestas, se la trajo.

— Mucho dinero tendrá, porque la piedra es legítima — comenté y moví el estuche para arrancarle nuevos destellos.

— Sí, mucho. Es un dentista de Valencia.

— Tú debes conocerlo — intervino María Lidón.

— ¿Yo? — inquirí asombrada.

— Bueno, a él puede que no lo conozcas, pero a su hija, sí; estuvo en el Colegio, aunque sólo fue un año. Después la sacaron para llevarla a otro de Inglaterra.

— No caigo.

— Sí, mujer, Isabelita Royán, aquella que era un poco mayor que nosotras e iba un curso adelantado. Rubia, de pelito muy rizado.

— ¡Ah! Ya recuerdo — dije —. Pero yo tuve muy poco trato con ella.

— Yo en cambio, muchísimo porque daba la coincidencia de que mi padre era íntimo del suyo y nos veíamos muy a menudo — dijo María Lidón tomando el estuche que yo le tendía, y añadió con algo de nostalgia —. Se casó hace un año. ¡Qué boda, chica! Asistí a ella. Fue de película.

— ¿Con quién se casó?

— Con un millonario, ni más ni menos que eso, y se dedicaron a hacer viajes estupendos.

— Vaya suerte — comenté sin dejar de mirar fijamente la esmeralda que llamaba poderosamente mi atención.

María Lidón sacó con cuidado la peina de su sitio y

se la dio a su madre para que la colocara sobre el moño. La piedra fue a descansar sobre el oro de sus trenzas, adquiriendo así nueva claridad. La contemplé a mi sabor. Sí, era la primera vez que veía una esmeralda en forma de media luna, sin embargo, yo recordaba algo..., algo sin poder determinar qué. Sin duda había oído hablar de ella, pero ¿dónde?... ¿En Madrid...? ¿Era a mi hermano...?

Una idea más clara comenzó a invadirme. ¿Era posible lo que se me estaba ocurriendo? Me estremecí presa de un horrible presentimiento.

Hice firme propósito de hablar con Alberto en cuanto tuviera ocasión, de aquella rara esmeralda, pero nada dije a María Lidón ni a su madre por no inquietarlas y porque además, yo no sabía nada en concreto y lo más fácil es que me pudiera equivocar, con el consiguiente ridículo.

Mi antigua compañera de Colegio, completamente ajena a lo que por mi imaginación pasaba, se contemplaba en el espejo haciendo movimientos para arreglarse los pliegues de la falda y alguna que otra arruga imaginaria de la pañoleta.

Su mamá, que había terminado de colocarle la última alhaja, y después de hacerle una revisión general al atavío, se despidió de nosotras, ya que la esperaban sus hermanos y no podía demorarse más. Yo quedé mirando a mi amiga que seguía frente al espejo.

De pronto sonó el timbre y María Lidón, dando la vuelta en redondo, vino hacia mí con risa de felicidad; apoyó sus manos sobre mis hombros y me estampó dos sonoros besos al tiempo que decía:

— Tú sabes comprender mi alegría.

— Naturalmente, pero no te detengas, pues sin duda alguna, ya tienes ahí a tu Comisión de Fiestas que viene a buscarte.

— Seguramente. Y tú diviértete mucho. Ah, no te impacientes por mis amigas, ellas suelen ser bastante puntuales, así es que no tardarán en venir. Yo creo que con ellas lo pasarás bien. Ya has podido comprobar esta mañana que son simpáticas y agradables.

— Desde luego así me lo han parecido y creo uniremos bastante bien.

— De todas formas, esta tarde llega mi prima de Valencia. La he invitado con el solo objeto de que te distraiga y te haga ella los honores donde yo no pueda, porque, la verdad, haberte sacado de Madrid para ahora dejarte sola...

— Qué tonta eres. Ve que les vas a hacer esperar y eso no está bien ni en una Reina.

— Voy — dijo al tiempo que volvía a besarme.

Yo quedé sorprendida de aquella efusión, nunca había sido así de cariñosa.

II

CABALGATA DEL «PREGO»

Efectivamente, al poco rato de marcharse María Lidón, llegaron sus amigas. No quise entretenerlas y salí a su encuentro.

— ¿Cómo te va desde esta mañana, Elena? — me saludaron con cariñosa sonrisa.

— Encantada de la vida. Además acabo de admirar vuestro traje típico que me ha gustado mucho. Resulta tan bonito puesto y tan graciosa la figura. Y luego ese peinado de moño bajo, y esos pendientes grandes favorecen muchísimo. Yo no me cansaría de contemplaros vestidas así.

— Ah, pues lo que es eso, ahora vas a tener ocasión, no digo de cansarte, pero sí de saciarte en tu contemplación, porque tan sólo en la Cabalgata del Pregón, las verás a montones, y en toda la semana las irás encontrando a cada momento — dijo Luisa.

— Bueno, si os parece, podemos ir andando mientras hablamos; si nos detenemos, no vamos a poder cruzar — interrumpió Margarita.

— Tienes razón, vamos. De todas formas, mi casa está cerca y en un momento nos plantamos allá.

— No aseguraría yo tanto — replicó su amiga meneando la cabeza.

Y pronto la realidad vino a darle la razón. Apenas doblamos la esquina donde vivía María Lidón, un enjambre de personas apostadas en las aceras, impedía el paso. Cruzamos la plaza de María Agustina e intentamos salir al centro de la calle Mayor, pero todo fue inútil, pues las sillas que habían colocado en las aceras para presenciar el desfile, estaban atadas con cuerdas unas a otras.

Después de dar y recibir una serie de empujones y codazos, y de reñir con dos o tres que no nos dejaban pasar por si acaso los engañábamos y nos colocábamos en primera fila, conseguimos llegar al portal de Luisita. Subimos al piso riéndonos y comentando las vicisitudes que habíamos tenido que pasar hasta llegar a la casa, tan bien guardada y defendida, cual si fuera un fuerte.

Pero las risas se apagaron en nuestros labios, al comprobar que los balcones de Luisa no tenían nada que envidiar a las aceras, mas aquéllos con el peligro de venirse abajo.

En el rostro de Luisita se retrató una viva contrariedad. Ella no esperaba encontrarse esto y así se lo manifestó a su madre.

— No sé qué vamos a hacer, porque ahora ya no hay tiempo de marcharnos a otra parte — comentó Margarita mirando su reloj —. Me parece que se oyen ya las trompetas. Lo siento por ti.

— Pues si es por mí, no te preocupes — dije intentando dar naturalidad a mis palabras, pero sin conseguirlo. Tenía gracia la cosa. Cuando preguntara María Lidón mi parecer, habría de decirle que suponía había sido un verdadero éxito; y entonces, mi anfitriona, tendría motivos para pensar en una posible negligencia por parte de sus amigas.

En aquel momento se acercó Luisa con el ceño bastante fruncido.

— Mira, Elena, no sé qué vas a pensar de esto, pero mi madre ha tenido este compromiso de momento, sin que haya podido eludirlo. Estoy apurada.

— ¡Bah! No te preocupes — me vi precisada a mentir por segunda vez, pensando que no me había presentado a su madre, mas tuve que disculparla convencida de que la culpa la tenía el nerviosismo y la contrariedad del momento.

— Hay una solución, aunque mala — terció Margarita.

— ¿Cuál?

— Bajar al portal y desde allí lo veremos.

— ¿Con tanta gente crees tú que veríamos algo?

— Podemos bajar sillas para subirnos encima de ellas y todo arreglado.

— ¿A ti qué te parece? — me preguntó Luisa.

— Lo que dispongáis.

Y exactamente lo que se dispuso fue eso, cargar cada una con una silla. No me parecía nada cómodo, pero me abstuve de hacer ningún comentario por no apurar más a aquellas mujeres que no sabían cómo disculparse y subsanar la dificultad surgida.

Nos subimos a la silla en el preciso momento en que comenzaban a pasar los primeros guerreros.

— Ahora tendréis que explicarme todo esto. Soy tan sumamente curiosa que no me conformo con verlo, sino que además he de enterarme de su significado — dije volviéndome a Luisa que se había encaramado en otra silla a mi izquierda.

— Calla, mujer ¡qué despistada! Precisamente tenía guardado el programa de la Cabalgata para que no perdieras detalle — y añadió saltando al suelo —. Ahora mismo te lo bajo.

En un abrir y cerrar de ojos subió y bajó trayendo

un libro muy bien presentado, que me alargó al tiempo que me decía:

— Espera un poco, ayúdame, que el nerviosismo no me deja subir.

Le tendí la mano sin mirarla y a poco más pierdo el equilibrio; y es que mis ojos se habían clavado en la portada del Programa artísticamente dibujada, en la que ponía con caracteres grandes CABALGATA DEL «PREGO».

— ¡Pues no gastáis lujo que digamos! — comenté.

— ¿Te parece? Mucho más lujoso y bonito es lo que contiene en el interior, mejor dicho, todo lo que verás.

Abrí el libro y leí: «Primer Grupo: Escuadra de Batidores de la Guardia Civil, con Traje de Gala, llevando la Bandera Nacional.»

— Esto ya ha pasado — me lamenté —. Me parece que haciendo comentarios me he perdido la mitad del desfile.

— A ver — intervino Margarita —. Sí, mira, aquí estamos «Conjunto de Trompeteros del Rey D. Jaime I de Aragón. Cavallers de la Conquesta y sus Guerreros.» Todos estos que ahora ves desfilar, forman la Germandat dels Cavallers de la Conquesta, como se dice en valenciano, y están sometidos a sus Estatutos. Luego cuando haya finalizado la Cabalgata, en el Castell Vell, ruinas del antiguo Castillo que aún se conservan tras la Ermita de la Magdalena, se reúnen para conceder la entrada en la Hermandad a los aspirantes, y con sencilla pero emotiva ceremonia, los arman Caballeros o Cavallers. Les asignan un personaje histórico de entre aquellos conquistadores del antiguo Castellón, que habrán de representar siempre y que pasará luego a sus hijos, como gallarda y curiosa herencia. Los personajes son, aquí tienes los nombres de todos ellos: Zeit-Abu-Zeit, éste era rey moro, que destronado en Valencia, marchó a Zaragoza, poniéndose a las

órdenes de D. Jaime I el Conquistador, y que convertido al cristianismo con el nombre de Vicente, concediósele la antigua Segóbriga. Don Blasco de Alagón, conquistador de la fortaleza de Morella. Ximén de Urrea, descendiente de los duques de Baviera; tiene por armas en su escudo tres fajas azules y otras tres de plata; fue el señor del Castillo de Alcatén. Don Ladrón...

— Vaya nombre — interrumpí.

— Este era pariente del rey D. Jaime — siguió leyéndome Margarita — Arnaldo de Cardona, uno de los componentes de la ilustre familia en cuyo escudo figuraba un cardo de oro sobre campo encarnado, recibido de Carlomagno estando sobre Solsona, y que tantas glorias guerreras dio posteriormente a la Corona de Aragón en los días de la «Conquesta»... Ximén Pérez de Arenós, que recibiera de manos del Rey Conquistador, la bula con la autorización para el traslado de Castellón, y quien, por ser arquitecto, trazó la nueva población... Y tantos otros no menos relevantes en la historia de nuestra antigua Ciudad, como el propio Rey...

— Me parece interesantísimo, Margarita — volví a interrumpirla — pero entre tanto leemos todo esto, se nos pasa el desfile sin darnos cuenta de la indumentaria de los buenos señores.

— Elena tiene razón — intervino Luisa —. No seas pesada y déjala ver a su gusto el Pregón, que los pequeños pormenores se los puede leer luego, si tiene interés en ello. Ahora basta que leáis los rótulos grandes para saber a qué ateneros.

— No hemos perdido tampoco tanto y tanto, pues que solamente han pasado cuatro o cinco guerreros — se amostazó Margarita al ver echado por tierra su papel de narradora, que tan a la perfección estaba representando.

— De todas formas — comenté yo para poner paz — no hay nada perdido porque ahora abro mucho los ojos y no se me pasa detalle.

— Eres una bromista — rió Margarita sin enfado ya, dándome un cariñoso golpe en el hombro —. Mira — añadió — este que viene aquí a caballo, vestido de blanco, es el rey D. Jaime I de Aragón, y los que le siguen sus Ballesteros.

Detrás apareció la primera carroza representativa, en la que figuraba D.^a Violante de Hungría, esposa del Rey Conquistador, acompañada de su Corte. El personaje de D.^a Violante lo encarnaba la Madrina dels Cavallers de la Conquesta.

Entorné un poco los ojos para recoger solamente en ellos, las legendarias figuras que ante mí y ataviadas con ricos y vistosos trajes, desfilaban bien poseídos de su importante papel. Me parecía como si me hubiera trasladado a otras épocas lejanas; tal vez siete siglos más atrás, cuando los audaces caballeros, enarbolando la Bandera de la Victoria, paseaban por las principales calles de la Ciudad conquistada entre el clamor y entusiasmo de un pueblo que sabe agradecer los esfuerzos de sus libertadores.

De pronto mi asombro creció notablemente, porque la decoración había cambiado por completo. Diríase que habíamos pasado de la seriedad y grave heroísmo de aquellos guerreros, a la despreocupación y bulliciosa alegría de un pueblo que se abre a la vida.

Busqué rápida en el libro para leer: «Grupo de Muchachas Cabalgando en Sendas Acémilas Representando los Pueblos Cabeza de Partido de la Provincia.» Cada una vestía el traje propio de su localidad. ¡Qué caprichoso me resultaba todo esto! Parecía mentira que entre pueblos

hermanos, tan poco distantes unos de otros, existiera esa variedad de trajes regionales. ¿Y de danzas? Nada sacaba con leer en el programa porque no conocía los pueblos, pero mi curiosidad tenía que quedar ampliamente satisfecha. Y así pude ver que el primer Grupo de Danzas de entre los muchos que figuraban mezclados en estas vistosas comparsas, era nada menos que del siglo XVI, de Zorita; verdaderamente una joya folklórica, hábilmente conservada y magistralmente interpretada por muchachos y muchachas típicamente ataviados.

Detrás venían más parejas representando los pueblos de Morella y Albocácer. Tanto estos muchachos como los que habían pasado anteriormente, eran portadores de unos palos largos, al final de los cuales aparecía una gran bola de flores naturales, y ellas llevaban cestillos también provistos de flores. Pregunté a Margarita y me dijo que los palos floridos se llamaban «picas», muy típico de esta tierra, y añadió que ya no desaparecerían las flores en el Pregón. Además, llevaban cada uno de los productos propios de su tierra, confeccionados o cultivados.

Seguidamente venían las antiguas Danzas Guerreras de Todolella. Estas eran interpretadas solamente por chicos, quienes con una faldita azul muy corta, hacían miles de acompasadas figuras con unos palillos de madera y unas planchas de hierro, a riesgo de estropearse una muñeca o las espinillas.

Aún pasaron los Grupos de Danzas de Useras y de San Mateo, sin parar de bailar; pensé que al final del Pregón los recogerían muertos y así se lo dije a Luisa.

— ¡Bah! No lo creas.

— Pero, oye ¿es que excepto vosotras han salido todas las chicas de Castellón a la Cabalgata?

— De Castellón y la provincia, no lo olvides, ¿te parecen

muchas las que has visto pasar?, pues no has llegado ni siquiera a la mitad. Mira, mira la carroza que viene ahora.

La carroza verdaderamente era típica. En el centro se alzaba una cruz de piedra, al pie de la cual aparecían varias muchachas envasando las manzanas de Ortells; y en la parte de atrás un artesano segorbino confeccionando bastones, «gaiatos», como se llaman allí.

Detrás de la Carroza venían más parejas representativas de Lucena del Cid, con sus consabidas picas y canastillos de flores. Y luego las Danzas de Villamalur, y parejas de los pueblos del Distrito de Viver.

A esta alegre comitiva, seguía otra magnífica Carroza. Busqué en el libro para conocer su significado: «Carroza en cuyo centro se erige una figura que recuerda la cerámica alcorina. Destaca en su parte anterior un grupo de muchachos trabajando en la decoración de la loza. En la parte posterior se ven unas mujeres confeccionando los espartines, industria propia de los pueblos de Sierra Espadán; y en los laterales otros muchachos realizando la tarea de los tejedores de Morella y de los alpargateros de Villoros.»

Se podía asegurar sin miedo a mentir el cuidado hasta el detalle en la organización del Pregón; me venía dando cuenta de ello desde el principio, no sólo en las carrozas, sino también en la indumentaria de los participantes, y así se lo hice notar a Luisa.

— Es lo mejor que tiene — me contestó — ese esmerado cuidado. Los trajes pertenecen a los que toman parte y ya puedes suponerte el interés que tendrán en presentarse bien puestos.

— ¿Y las flores? — inquirí.

— ¡Ah!, de eso abunda en nuestra tierra, pero hazte cuenta que aún no has visto nada — afirmó con cierto orgullo.

— ¿Quieres decir? — pregunté levantando asombrada mis cejas.

—Tú juzgarás.

— Me parece que la pesada eres tú ahora, Luisa — cortó satisfecha Margarita de poder devolverle la pelota a su amiga.

Luisa calló y se volvió rápida a mirar el Pregón. Yo me sonreía por lo bajo sin hacer tampoco el menor comentario, por lo que busqué silenciosa en el libro, el significado de aquellos hombres cargados con una especie de tablas, y pude ver que decía: «Grupo de baseros en el trasiego de sus colmenas desde la montaña a la florida tierra del llano.» No quería preguntar, pero mi curiosidad pudo más y apoyando mi mano en el hombro de Margarita, le rogué me dijera qué quería suponer aquel traslado de colmenas.

— ¿Entonces, tú no sabes lo que conmemoramos en nuestras Fiestas? — me preguntó por toda contestación.

— No tengo la menor idea.

— En dos palabras te lo diré para que no te distraigas de ver el Pregón. Antiguamente, Castellón que antes se llamara Castalia, estaba enclavado en una pequeña colina y por causa de las malas condiciones de aquel terreno, los vecinos decidieron trasladar su residencia a este hermoso llano. Pidieron autorización al rey D. Jaime I de Aragón y éste se lo concedió, efectuándose algo más tarde. Por eso comienza el Pregón con el Rey y sus Caballeros, luego los pueblos de la provincia y finalmente la Capital.

Asentí con un movimiento de cabeza, y fijé mi atención en las parejas que venían detrás, representativas de los pueblos de Nules, y seguido las Danzas de Castellonovo; parejas de Almazora y Benicasim.

— ¿Y estos que van a caballo con el traje típico de Castellón? — volví a preguntar.

— Verás: aquellos señores antepasados nuestros, como indudablemente debieron emprender el traslado muy temprano, necesitaron luces para alumbrarse en el camino y con el fin de que el resplandor de estas luces alcanzara mayor radio para así alumbrar a los de su alrededor, las ataron en lo alto de una caña que para afianzarse y marchar a pie firme por aquel terreno pantanoso, habían cortado de unos cañaverales próximos a la antigua Castalia. Y ésta fue la primera versión de la Gayata.

— Sí, he oído hablar de ellas e incluso las he visto fotografiadas.

— Bueno, pues en la conmemoración de este traslado, es decir, en las Fiestas, cada sector de la población levanta su Gayata y nombra por elección de entre las muchachas vecinas, una Madrina, y a su vez ella escoge a un grupo de chicas para su Corte, diez o doce; y éstas, bien con sus parientes o conocidos, salen al Pregón.

— Maravillosamente, por lo que veo — interrumpí.

— Lo tiene a gala. Y luego montan llevando a su pareja a la grupa.

— Muchas he visto en mi vida, pero ninguna tan rica como estas, no sólo por el caballo lleno de espejuelos y sedas bordadas, borlas y demás, el traje de ella y las alhajas que ya conozco de cerca, sino también por el traje de él.

— Vaya. Calzón corto de raso negro, media blanca, zapato escotado con hebilla de brillantes, faja roja de la que asoma rico pañuelo de encaje, camisa blanca, en cuya pechera planchada se amontonan las lorzas y puntillas, chaquetilla también de raso negro y en la cabeza el típico sombrero. Muy elegante.

Apareció una nueva carroza por lo que interrumpimos

nuestro diálogo para leer su significado: «Carroza representativa de Nules (mosaico romano de Benicató). Intensa fue la romanización de la Plana. En Benicató, hubo varias villas romanas erigidas entre luces, solares y murmullos de aguas. Una de ellas con solado de teselas multicolores de grecas y figuras. Como habrá otras enterradas, que el azar descubrirá algún día.»

Y detrás las Danzas de Cuevas de Vinromá.

— Me parece de una fantasía grande vuestro Pregón.

Margarita sonrió al escuchar mi comentario y añadió:

— Pues no te pierdas detalle de esta parte que también tiene su sabor y su encanto. Toda esa doble fila de muchachas cabalgando en caballería bien enjaezada y no menos provista, representando las distintas partidas de que se compone el término de Castellón, cuyo nombre lleva el labrador que conduce el caballo de la brida. ¿Los lees? Fadrell, Antrilles, Villamargo, Almalafa, Rafalafena, Zafra, Ramell, Plana, Patos, Magdalena, etc., y cada una de ellas lleva los productos principales que se cultivan en dichas partidas.

— Muy pintoresco — dije mirando complacida aquella columna interminable que a cada lado de la calle iba avanzando con toda majestad.

Seguían parejas de Vinaroz portando gran cantidad de pescado, terminando el Grupo con su típica Danza de les Camaraes, e inmediatamente más parejas pertenecientes a Segorbe y Danzas de Peñíscola y La Jana. Mi asombro y mi admiración subían de punto contemplando aquel rico y extraordinario «museo» viviente, que reunía anti-
quísimos trajes y antiquísimas Danzas. Imposible fuera tratar de describirlo. Era preciso contemplarlo con la unción con que se admira una obra gigantesca. Mis ojos ávidos, queriendo fijar en su retina todo lo que estaban

contemplando, advirtieron que detrás venía otra Carroza representando la riqueza naranjera; y seguido un conjunto de muchachos y muchachas con el traje típico de Castellón, que marchaban a pie de seis en fondo, llevando cestas planas de dos asas, cuajadas de flores. Cada uno agarraba un asa, sujetando con la mano libre el asa del canasto vecino, formando así una gruesa cadena, cuyos eslabones iban unidos por las magníficas flores. El grupo era numeroso y las flores totalmente blancas. A este conjunto y custodiado por multitud de «picas», seguía otro menos numeroso o tal vez más apiñado, en el que tanto ellos como ellas, llevaban grandes carpetas azules, si bien las chicas portaban además, graciosos ramos, esta vez con toda la gama de colores.

— Es la Coral Polifónica — aclaró Luisa.

Hubiera querido preguntar si guardaba alguna relación con el pasado de Castellón, pero en aquellos momentos un ¡¡Oh!! de maravillado asombro se escapó de mis labios. Margarita soltó una alegre carcajada mientras Luisa me aclaraba con voz hueca, como si yo no supiera de qué se trataba, lo que estaba viendo.

— Es un monumental canastillo de claveles.

— Y tan monumental. ¿Cuántos tendrá?

— Alrededor de las mil ochocientas docenas, y pesa un horror, de ello puedes darte cuenta por el número de labradores que lo llevan en esa especie de andas.

— Dieciséis, los he contado.

— Estos claveles son para la Virgen, y hacen donación de ellos los distintos comercios y Entidades de la Capital.

Verdaderamente estaba sorprendida ante aquella explosión de flores; más que una Cabalgata del Pregón, se me antojaba un desfile de jardines, y así como lo pensé, se lo dije a Margarita, quien se rió de mi comparación.



... y se oyó vibrante la voz
del Acequero Mayor...

Detrás aparecía el Grupo de Danzas de la Capital. Nunca soñé ver tal variedad de bailes típicos y tan preciosos. A mí siempre me ha gustado bailar, y hubiera deseado aprendérmelos todos.

— Oye, ¿y estos cuatro señores vestidos a la antigua usanza, que parecen los trompeteros del Rey? — pregunté perpleja y divertida a la vez.

— Son los clarines de la Ciudad — dijo con orgullo Luisita y seguidamente aclaró —. Es que ahora viene la Reina.

— ¡Ahora viene la Reina! — repetí acordándome de María Lidón, de la que me había olvidado por completo.

— Sí. Estos que ves con traje de «setí», es decir, con el traje típico de Castellón, sobre esas cabalgaduras tan magníficas, son los Prohombres del Riego. Y este que viene detrás es el Acequero Mayor, quien leerá el Pregón anunciador de las Fiestas, de nuestro inolvidable poeta Bernardo Artola.

En aquel momento sonaron los Clarines, se hizo un silencio expectante y se oyó vibrante la voz del Acequero Mayor:

«PREGO

*L'Alcalde de la Ciutat
i terme de Castelló,
té hui la satisfacció
de fer saber al veïnat:
Que ja el dia és arribat
de la nostra "Madalena",
i desitjan siga plena
de goig pur i verdader,
convoca al poble sancer
a traure l'amor de pena...!*

*I puix saben els veïns
que la Ciutat té l'honor
de vindre de l'antigor
per lluminosos camins,
ara, girant cap a dins
els ulls de l'enteniment,
voran orgullosament,
les festes "madaleneres",
dignes entre les primeres
de tindre lloc preeminent...!*

*Anar a la Romeria
no és, tant sols, "anar de festa",
és deure que manifesta
orgull de genealogia.
¿Quin fillol oblidaria
la rabassa maternal?
Tots, devem, en dia tal,
ratificar la promesa
de mantindre, sempre encesa,
la Llum de l'amor filial...!*

*I perque siguen les festes
dignes, de nom i de fets,
no volem límits estrets
d'ambicions massa modestes.
I ací venen, manifestes
per raons de tradició,
les festes que Castelló
fa seguint la llum antiga,
per que la GAIATA siga
el nostre millor pregó...!»*

Y todos a una, respondieron ¡¡VITOL!!

frutos por doquier. Por eso vosotros, al celebrar vuestras Fiestas en conmemoración del feliz traslado, organizáis este Pregón, fantástica explosión de luz y color, de arte y perfume, claro exponente del galardón que un día os otorgara Dios; y en memoria de aquella confianza, simbolizando su fe, al escoger la belleza que ha de presidiros, la ceñís con Banda verde, color que habéis elegido para vuestra Ciudad, y la adornáis con esmeraldas, para que así sea verdaderamente, la Reina de la Esperanza.

— ¿De dónde te has sacado eso? — preguntó entusiasmada Luisita.

— Ya te dije que de mi loca fantasía. Para ello me ha bastado con lo que he visto y lo poco que me habéis contado.

— Se necesita un rato largo de imaginación — añadió Margarita.

— Siempre me ha gustado imaginarme las cosas y soñar sobre ellas.

— Hablando de sueños — dijo Luisa — ¿has visto las alhajas de María Lidón? Eso sí que es un verdadero sueño.

— Sí, las he visto.

— ¿Qué te ha parecido la esmeralda de media luna?

— Es una maravilla — contesté, y sin saber por qué, volví a sentirme preocupada. Desde luego era urgente que hablara de ello a mi hermano. Hice este firme propósito, pero la preocupación ya no me abandonaría en lo sucesivo.

Yo me quedé muy sorprendida y Margarita me explicó:

— Sí, mujer, VITOL es nuestro grito de guerra, o si lo prefieres, nuestro grito de fiesta, y hay que soltarlo a pleno pulmón cuando terminan de recitar el Pregón o cuando se grita ¡Madalena! Bueno, ya te irás imponiendo en nuestras costumbres y al final gritarás tú también, estoy segura. Mira, no te distraigas.

Tras el Acequero aparecieron dos bueyes cansinos bajo dorado yugo, arrastrando la soberbia Carroza Real, custodiada por los Guardas Rurales de la Hermandad de Labradores, y por los Guardias Municipales, todos ellos con traje de gala.

Mis ojos fueron directamente a posarse en María Lidón, que radiante de hermosura y de felicidad, ocupaba el trono, delante de una artística vidriera de colores con el Escudo de la Ciudad, y bajo una enorme corona de oro, de la que pendían, como manto real, sendos terciopelos rojos a ambos lados del trono. Junto a María Lidón y en un plano inferior, se sentaban las cinco Damas de la Ciudad: de Abolengo, del Ayuntamiento, representación Militar, Dama Popular y Dama del Mar, que eran como su Corte de Honor, y un poco más adelante, en varias filas y a distintos niveles, las Madrinas de los respectivos Sectores, y Damas de la Casa de Valencia en Madrid, Barcelona y Zaragoza. Todas ellas llevaban sobre el traje de castellonera, ancha banda de seda blanca, con el Escudo de Castellón e inscripción bordados en oro, menos la Reina, cuya banda era color verde.

Volví a mirar a María Lidón. Parecía una soberana de verdad, por lo menos así la aclamaba el pueblo con unánimes aplausos, y así la aclamamos nosotras también, pues levantando nuestras manos, comenzamos a aplaudir con entusiasmo. Ella, volviendo la cabeza hacia nosotras, nos

pagó la ovación con una sonrisa cariñosa. En aquellos momentos hubiera dado algo por penetrar en su pensamiento. Me hubiera gustado conocer todas sus imaginaciones, todos sus sueños dorados de Reina.

— ¡Parece la Reina de la Esperanza! — comenté a medio tono como si para mí lo dijera.

— ¿Por qué? — se asombró Luisa.

— Dejaré hablar a mi loca fantasía — respondí y añadí meditativa—. Vuestros antepasados que habitaron las inhóspitas tierras de Castalia, gente de corazón sencillo y buenas costumbres, marchaban cotidianamente a su trabajo, y mientras los cuerpos se rendían fatigados bajo los ardientes rayos del sol, sus almas confiadas, elevaban a Dios una incesante plegaria; trasladar uno su residencia porque ésta fuera mala, era cosa relativamente fácil, pero trasladar todo un pueblo... Mas un día Dios, conmovido por aquellas fervorosas oraciones, les hizo una maravillosa promesa. Nadie cambió impresiones sobre este asunto, pero todos, absolutamente todos, habían sentido en lo más recóndito de su alma, la voz de Dios prometiéndoles una tierra mejor. Y desde aquel momento, la esperanza iluminó sus rostros y dio nueva vida a sus ojos. ¡Dichosos campesinos de fe sencilla! Su oración se había convertido en un himno de alabanzas a Dios, de acción de gracias. Pasaron largos años y aún no habían recibido la promesa, sin embargo, la esperaban con toda confianza; sabían que la palabra de Dios no puede faltar, y como la fe salva a los pueblos, el vuestro así encontró su salvación, porque Dios, entusiasmado con aquella fe ciega, quiso premiarla ampliamente dándoles, no una tierra mejor para que pudieran instalar allí sus viviendas y morar en paz, sino un hermoso vergel, lleno de luz y alegría, un maravilloso edén, sembrado de lindas flores, con abundantes y variados

III

AMPARO

A tientas busqué el timbre para llamar, no bien hube apoyado mi dedo vacilante sobre él, me arrepentí de haberlo hecho. Sin duda estaría ya en casa la mamá de María Lidón y tendría que sentarme a hablar con ella. No he sido nunca tímida, pero me resultaba un poco violento todavía... ¿Tendría relación con mi estado de ánimo el haber descubierto la Gran Esmeralda aquella tarde...? Un ligero escalofrío recorrió mi espalda. ¿No hubiera sido mejor marcharme con Luisa y Margarita después de la Cabalgata al Casino Antiguo...? Me taché de tonta. Con tanto pensar en las cosas, acababa por sacarlas de quicio. No hubiera sido mejor marcharme al Casino, porque mi obligación era escribirle a Guillermo, y esperar la llegada de la prima de mi amiga; puesto que venía con el objeto de acompañarme, le debía guardar yo esta pequeña deferencia.

En aquel momento oí pasos en el pasillo y al punto se iluminó por completo la escalera. Me acerqué a la puerta. Era la doncella la que abrió.

— ¿Está en casa la señora? — pregunté al entrar.

— No, señorita, y no regresará hasta la hora de la cena, es decir, hasta que vuelva la señorita María Lidón.

— Está bien — dije —. Las esperaré aquí porque tengo

algunas cartas que escribir — y añadí —: ¿no llega hoy la sobrina de la señora?

— Sí, y me parece que no debe tardar ya.

— Bueno pues, cuando llegue hará el favor de avisarme.

— Sí, señorita — dijo e iba a marcharse cuando volvió a preguntar —: ¿quiere la señorita escribir en el despacho?

— No, gracias, lo haré en mi cuarto.

— Como guste la señorita.

Seguí pasillo adelante hasta dar con mi habitación que se hallaba próxima a la de mi amiga. Abrí la puerta y quedé maravillada por el prodigio. Los postigos del balcón estaban abiertos; las pesadas cortinas de damasco color rosa, recogidas a un lado y otro de aquél, dejaban caer tras de sí, hasta el suelo, los visillos blancos. Diríase que el hueco era una hornacina de claridad, pues la plateada luz de la luna lo inundaba filtrando los sutiles rayos a través de la gasa, hasta reposar sobre la colcha, arrancándole destellos de nácar rosado, los cuales al chocar con el espejo del tocador, resbalaban por su pequeño volante, vistiéndolo de luz azulada. Parecía mentira cómo una misma tela pudiera presentar diversos aspectos bajo la luna, pues las cómodas butacas colocadas junto al balcón en torno a una minúscula mesita, eran totalmente albas.

Dejé escapar un suspiro de satisfacción. Yo siempre he sido una enamorada de la luna. Cuántas veces me había puesto a leer bajo su caprichosa luz; y hoy sin esfuerzo ninguno, podría escribir admirablemente junto al balcón en la mesita... Mis pensamientos quedaron suspendidos. ¿Qué era aquello que había sobre ella? No recordaba haber dejado nada al marcharme...

Encendí la luz y cerré con cuidado la puerta. Mi curiosidad me llevó rápida ante la mesa, para descubrir una gran caja de madera artísticamente tallada, en el centro de cuya tapa destacaba un esmalte con una típica «Grupa castellanera».

¡Qué bonita!, se escapó la admiración de mis labios.

La abrí; estaba repleta de bombones, mas encima de ellos, había una tarjetita blanca en la que ponía con letra clara: «La Reina a su mejor amiga».

Aquella frase me hizo sonreír. ¿Qué dirían mis antiguas compañeras de Colegio si pudieran ver esto...? Desde luego, María Lidón antes de abandonar el pensionado, ya había cambiado bastante de carácter, pero nunca se había desvivido tanto como ahora en ser cariñosa, simpática y atenta. No acababa de explicármelo, pero en mi interior me alegraba de que me hubiera traído junto a ella la casualidad, ¿la casualidad o la Providencia...?, me pregunté casi al instante pensando en la esmeralda. ¡Bah!, no quise quebrarme más la cabeza con este asunto y, decidida, saqué las cuartillas y mi pluma para escribir.

La calefacción debía estar fuerte; me quité el abrigo y lo dejé caer sin cuidado sobre una de las butacas mientras ocupaba la otra. Bueno, ya estaba dispuesta, pero la caja de bombones y yo no cabíamos. El caso era que no quería alejarla mucho de mí, soy muy golosa. Al fin, decidí dejarla sobre el tocador, no sin antes haber cogido dos o tres y me volví a sentar.

Abarqué con una mirada la habitación; todavía no me era familiar... Consideré la casa inmensa, en la que me encontraba yo sin nadie, es decir, solamente con el servicio, y me sentí descentrada, y la alegría que momentos antes me invadiera, se vino abajo. Me parece que ha sido ésta la única vez en mi vida que he tenido nostalgia de

mi casa y de los míos. Detuve la mirada sobre la cabecera de la cama en la que aparecía un cuadro de la Virgen; me entretuve mirándolo; era sin duda un grabado antiguo. ¿Qué Virgen sería? No lo ponía. Tenía debajo un árbol y al pie del mismo un par de bueyes y un labrador. Una Virgen aparecida y pensé que me hubiera gustado saber su historia, pero no me inquieté pues María Lidón me la contaría complacida en cuanto se lo pidiera.

Con este convencimiento me dispuse a escribir; saqué la fotografía de Guillermo, así me hacía la ilusión de que hablaba con él. Y le conté todas las incidencias del viaje y de mi estancia en Castellón, todo cuanto había visto, menos lo de la esmeralda; de eso prefería no tratar hasta que hablara con mi hermano.

Cerré la carta y en aquel momento se entreabrió la puerta, asomando por ella una cabeza trigueña de ojos oscuros, muy expresivos, sobre una piel tostada y una boca bonita, adornada de graciosa y simpática sonrisa.

Sin duda se trataba de Amparo, por lo que le devolví al instante la sonrisa aún antes de invitarla a entrar.

— ¡Interrumpo? — preguntó ésta con voz agradable.

— De ninguna manera — me apresuré a decir yo, y añadí tuteándola con una naturalidad, como si toda la vida la conociera —. Te estaba esperando.

— Me lo dijo Juliana, la doncella, pero no la he dejado que viniera a avisarte, porque prefería darte una sorpresa — contestó ella en el mismo tono.

Mientras esto decía, había entrado, volviendo a juntar la puerta. Yo aproveché para examinarla a mi gusto. Llevaba el pelo recogido atrás. Un abrigo suelto, a cuadros en dos tonos de marrón. Zapatos, bolso y guantes verdes. Me pareció mona y elegante.

— Bueno, supongo que no necesitaré presentarme — dijo acercándose donde yo estaba.

— Claro que no — contesté risueña —. Tú eres Amparo, la prima de María Lidón.

— Y tú, Elena, su amiga.

Nos echamos a reír las dos a un tiempo.

— Pon mi abrigo sobre la cama y siéntate ahí en la butaca — dije mientras me levantaba para coger la caja de bombones y obsequiarla.

— Oye, esto es una dulce acogida.

— Vaya — comenté alargándole la tarjeta de María Lidón —. Hace unos momentos, cuando vine para escribir, la encontré sobre la mesa.

— Ah, pero tú estabas escribiendo y yo...

— No, no me has molestado porque mira el sobre ya cerrado.

— ¿De manera que es regalo de mi prima? Ha tenido mucho gusto.

— Sí, estaba la pobre muy preocupada pensando que debía dejarme y ha querido «dulcificar» mi soledad. Ella no soñaba más que con tu llegada para que me hicieras compañía — afirmé convencida de que yo también era partícipe de ese sueño.

— ¿Entonces tú qué has hecho esta tarde?

— Fui a ver el Pregón con Margarita y Luisa. Muy simpáticas.

— Te comprendo, y ahora te han dejado para marcharse por ahí.

— No es del todo cierto. Querían ir al Casino y yo les dije que no las acompañaba porque necesitaba escribir a mi novio, y, además, pensaba esperarte.

— Muy agradecida — contestó con una franca sonrisa; calló un momento para decir luego con tono un poco entrecortado —: ¿Sabes que María Lidón me había hablado

mucho de ti? No sólo ahora cuando ibas a venir, sino antes, mucho antes.

— ¿Sí? — pregunté asombrada.

— Sí... a pesar de lo mal que se portó con vosotras en el Colegio — terminó la frase apresuradamente.

Callé, sin saber qué decir.

— Me lo contó la misma María Lidón — siguió Amparo.

— Bueno, tanto como mal... — intenté disculparla.

— Ella así me lo aseguró cuando vino definitivamente del pensionado — hizo una pausa, para seguir algo pensativa —. Estaba arrepentida y hubiera dado la mitad de su vida por borrar aquella mala impresión que dejó entre vosotras de sus años de internado. ¡Cuántas veces me ha hablado de esto!

— Casi siempre, cuando llegamos a mayores nos damos cuenta de muchos errores y hasta tenemos que corregir las faltas e impertinencias de cuando éramos pequeñas. No creas, todas las hemos tenido.

— Tú no. Me dijo siempre que la tratabas con cariño y condescendencia a pesar de las veces que te hirió intencionadamente...

— No lo creo yo así — corté bajando la cabeza algo azorada por aquel elogio inmerecido que se me hacía.

— Por eso, y no porque tu hermano sea el Mantenedor, fuiste la elegida para que vinieras, de entre todas sus compañeras. Hace ya cinco años que está queriendo invitarte, pero no encontraba motivo suficientemente justificativo para no llamar demasiado tu atención. Yo creo que era algo de cortedad lo que le hacía imaginarse esto. Y cuando se enteró, no dudó ya en invitarte, bendiciendo a la Providencia Divina que a su lado te traía.

— ¡La Providencia Divina! — repetí bajito, sin poder evitar un estremecimiento.

Amparo siguió hablando:

— Qué ilusión puso en los preparativos de tu llegada. Con mi vista abarqué de nuevo la habitación, pensando sería sin duda, la de mi anfitriona.

— No vayas a pensar que es la de María Lidón — dijo Amparo con su peculiar sonrisa —. La has estrenado tú; conocía tus gustos y quiso hacerte la estancia aquí lo más agradable posible.

— Cuánto se lo agradezco — aseguré mirando detenidamente el rostro de mi interlocutora, sin llegar a comprender exactamente qué la movía a contarme todo aquello.

Ella se levantó, yendo a buscar la caja de bombones; me ofreció uno con toda naturalidad y tomó otro, apoyándose después en el respaldo de la butaca, preguntó:

— ¿Te molestarás si te digo que estoy adivinando tus pensamientos?

Moví la cabeza en sentido negativo.

— Te estás preguntando a santo de qué te cuento todo esto.

Sentí que un ligero rubor cubría mi rostro y dije riendo para disimular un poco:

— ¿Eres bruja?

— No, pero es tu mirada tan franca que te delata. Bueno, no me hagas demasiado caso, me entusiasma contar y que me cuenten. Ya me irás conociendo. Mi prima asegura que a veces me pongo pesada. Yo también lo creo.

Nos echamos a reír las dos de nuevo.

— ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta hasta la hora de la cena y así echas tu carta?

— Eso mismo pensaba yo proponerte.

— Pues si estamos de acuerdo, vamos. Mientras te pones el abrigo, voy a coger un pañuelo.

Ya en la escalera me volví a preguntarle:

— ¿Le has dicho a la doncella que nos vamos?

— Sí — respondió y añadió tomándome del brazo —.

Ahora cuéntame algo de tu vida desde hace cinco años, es decir, desde que María Lidón te perdió de vista.

Me iba acostumbrando ya a aquel torbellino de mujer. Por otra parte, como había llegado a conocerme tan perfectamente, según había afirmado, a través de su prima, no era de extrañar sintiera interés y curiosidad por mis cosas y que al mismo tiempo, lo manifestara con la misma naturalidad que lo hiciera a una antigua y entrañable amiga. Por ello me dispuse de buen grado a contarle todo lo que quisiera saber:

— Verás, si un día va tu padre a visitarte al Colegio y te anuncia para cuando termines los estudios, un viaje por el extranjero, ¿qué harías? — le pregunté sonriendo.

— Pues no sé, creo que contar una y otra vez los días que me faltaban para salir.

— Algo de eso hice yo. Debía sentirme apenada por abandonar el Colegio para siempre, allí había vivido horas muy felices, sin embargo, contaba con impaciencia los días que me faltaban para salir. Dos meses dejamos pasar para la preparación del equipaje y también para no viajar con todo el calor del verano. Y al cabo de los cuales, comenzó para mí un bello sueño. No podría contártelo detalladamente porque resultaría interminable, pero te diré así de carretilla, que estuve en Inglaterra, pasamos dos semanas en Londres, y luego recorrimos algunas capitales de Francia, entre ellas París, no podía ser menos, y de allí pasamos a Italia: Milán, Venecia y por último Roma; en total dos meses que me parecieron cortos.

— Lo comprendo porque a mí también me lo hubieran parecido. Tanto que me gusta viajar y no he tenido la

ocasión de salir al extranjero. Mi prima sí; ella ha acompañado a su padre a muchísimos sitios, incluso a América. Pero yo no he podido ir nunca con ellos. Perdona un momento — se interrumpió de pronto parándose —. Ya que estamos frente a Santa María, ¿por qué no entramos y verás la cantidad de flores que le han dejado a la Virgen en la ofrenda de esta tarde?

— ¡Ah! ¿Es aquí? — pregunté levantando la cabeza para contemplar el edificio.

— Sí, esta es la Catedral, y como verás está en construcción. Esta es una de las tristes consecuencias que trae consigo la guerra — comentó apenada.

— ¿La destruyeron? — pregunté.

— Primero la incendiaron y después la demolieron piedra a piedra. A pesar de trabajar incansablemente día y noche, cuando liberaron la Capital, quedaban todavía tres puertas en pie, las mismas que ahora tiene. También se pudo rescatar la Pila Bautismal, el Púlpito y el Altar. Esto constituye casi una reliquia. Desde luego, en cuanto terminó la guerra, lo primero que se hizo fue comenzar la construcción, sin embargo, y esto lo digo con cierto dolor, a pesar del tiempo transcurrido, aún no se ha podido terminar — no dije nada por no apurarla más, y ella añadió dando un suspiro —: La puerta por la cual vamos a entrar, da a la Capilla de los Santos Patronos.

Subimos la pequeña escalinata. Amparo pasó primero y me ofreció con su diestra, Agua Bendita. La tomé reverente. Por primera vez entraba en aquella Iglesia que tan mal había sido tratada.

— Es muy grande — le dije al oído, mientras caminábamos.

— Pues esto no es más que la mitad; el día que la terminen ya verás cosa hermosa.

Desembocamos en la Capilla y... tuve que adivinar que había allí un altar, pues estaba totalmente cubierto de flores.

Las famosas picas que horas antes habían llamado mi atención en la Cabalgata del Pregón, daban la vuelta sobre la pared de la Capilla. Las cestas de flores se empujaban unas a otras en el suelo. Sobre el Altar los ramos de colores. Y a un lado, pero ocupando gran parte del sagrado recinto, aparecía el canastillo monumental de claveles. El aroma era tan penetrante que amenazaba con marear.

Me arrodillé al fin, busqué con mis ojos el Sagrario y oré con un fervor extraordinario. Me emocionaba aquel sencillo homenaje, que más que ofrenda de flores, se me antojaba entrega de corazones, y así quise ofrendar también el mío. Levanté la cabeza para acariciar una vez más con la mirada aquella pequeña joya que era la Capilla de los Santos Patronos; el retablo de mármol blanco, mejor dicho, color hueso, totalmente labrado, presentaba a un lado y otro, también del mismo material, las esculturas de San Cristóbal y de San Vicente, Patronos, según supe después, de Castellón el primero, y del Reino de Valencia el segundo. En el centro aparecía una hornacina con una imagen de María. La miré detenidamente ¿me engañaban mis ojos? Debía ser la misma que había en el cuadro de mi cuarto. Sí, debajo y tallado en el mármol, se veían los bueyes, el árbol y el labrador. La miré con cariño, pues ya me resultaba familiar. Era menuda, parecía de ágata, tocada su cabeza de rica corona, y la cubría un manto de brocado de oro. Bajo sus manos juntas, es decir, en el interior de la escultura, aparecía un pequeño relicario con otra imagen exacta a la primera, pero de tamaño infinitamente menor; podría tener a mucho unos siete u ocho centímetros. Este detalle no se advertía en el

cuadro de mi habitación. Quise saber el nombre de aquella Virgen tan original, y me volví hacia mi amiga, pero no me atreví a formular la pregunta; tenía los ojos fijos en la imagen, su semblante sereno parecía radiante de felicidad y por sus mejillas resbalaban lentamente dos lágrimas, tal vez de amor.

Bajé la cabeza y aguardé paciente a que terminara. Ya en la calle rompí el silencio.

— Dime, por favor ¿qué Virgen es esa que acabamos de ver?

— Nuestra Señora del Lidón — respondió escuetamente, y ante mi cara de asombro añadió —: ¿No la habías oído nombrar nunca? Pues tiene una bonita historia.

— Sólo conocía el nombre de tu prima, pero nada más. ¿Te molestaría mucho contármela? Desde que la descubrí en mi habitación... ¿no es la misma? — ella asintió con la cabeza —. Desde entonces, digo, no tenía otra idea que preguntarle a María Lidón.

— Yo misma te la contaré — hizo una pausa como para tomar aliento y hacer memoria —. Sería allá por el año 1366, cuando un labrador llamado Perot Granyana (Pedro), estando labrando su campo notó que los bueyes se detenían sin poder pasar adelante. Les pegó y con grandes esfuerzos echaron a andar, arrancando las raíces de un «lledoner» (almez), y junto al árbol, descubrió una imagen de María. Esa tan pequeñita que has visto en el Relicario. Bueno, esa no es la auténtica, puesto que aquélla se encuentra en una ermita levantada en el lugar donde fue hallada.

— ¡Qué interesante! Sigue.

— El labrador, confuso, lo dejó todo y marchó corriendo a la ciudad para contarlo. Se armó gran revuelo, y tanto las autoridades como todo el vecindario, acudieron con

Perot al lugar señalado. Una devoción tremenda despertó aquella diminuta imagen entre los hijos de Castellón, quienes erigieron una capilla donde se apareció. Más tarde, allá por el año 1572, aquella ermita o capilla, se convirtió en una hermosa iglesia. Y en 1924 fue la coronación canónica; para lo cual, creo se organizaron grandes fiestas. Los músicos compusieron sus mejores obras, y los poetas escribieron bellas y delicadas poesías para festejarla. Recuerdo una, que por habérmela leído muchas veces me la sé de memoria; su autor, fallecido ya, era médico: Maximiano Alloza; fue un hombre extraordinario bajo todos los conceptos — calló para decir al instante —: Déjame que te la recite, aunque tal vez no la entiendas porque está escrita en valenciano, pero a mí me entusiasma y tiene el poder de conmoverme. Se titula «La Verge Petita» — volvió a callar dejando vagar su mirada soñadora, como si quisiera recoger en ella toda la hermosura de la noche. De repente se oyó su voz melodiosa y bien timbrada:

*«Per lo treball y l'ardorós caliu
la front seva banyada de suor,
te trovà, Verge Santa un Llaurador
fins les arrels d'un lledoner altiu.*

*La bellesa d'aqueste pla joliu
es tan feconda'l rebre ton calor,
que'n la més aspra terra lluis la flor
y en tot cor ton amor ha fet un niu.*

*Y es una cosa gran, miraculosa,
la pietat infinita y bondadosa
qu'irradies Tú, tan xicoteta y breu
que pa ton cos, oh celestial Madona,
un bes podria ser un bell manteu
y una llàgrima ser radiant corona.»*

Así terminó Amparo y yo no pude menos de exclamar:

— Qué requiebro más bonito y más delicado; es tan chiquitita que un beso podría ser un bello manto y una lágrima radiante corona.

— ¿Lo has comprendido? — preguntó con alegría.

— Más o menos, sí.

— Encierra mucha ternura, por eso me gusta tanto. Además, estoy convencida, aunque tú quizás no convengas conmigo porque esto no lo puedes comprender, que el valenciano tiene una extraordinaria cadencia para la poesía, es más dulce, más... ¿cómo diría yo...?, más amoroso.

Sonreí ante aquella entusiasta definición y dije:

— No estoy en condiciones de discutir contigo sobre este punto porque lo desconozco, pero es muy posible que tengas razón — ella agradeció mi afirmación, y yo pregunté —: ¿Está lejos la ermita?

— No, es un paseo muy agradable.

— Me gustaría visitarla.

— Te acompañaré; precisamente tengo la costumbre de ir a verla siempre que vengo a Castellón.

— La quieres mucho ¿verdad? — dije al acordarme de sus lágrimas de antes.

— Es mi Patrona. Aunque no vivo aquí, soy hija de Castellón — quedó un momento pensativa, luego continuó —: De todas maneras, no me importa honrarla bajo una advocación u otra, me basta con que sea la Virgen — y al decir esto, un vivo rubor cubrió su rostro, e instintivamente se paró ante un escaparate para ocultar así su turbación.

La contemplé admirada. ¿Se habría avergonzado al hacerme su espontánea y sincera confesión? No lo sabía, pero comprendí en aquellos momentos que era yo la que debía avergonzarse de mi pequeñez ante su grandeza de alma, y casi sin darme cuenta, comencé a tomarle cariño.



losa

rodalena 1968

IV

ROMERIA DE LA MAGDALENA

Me despertó un golpe seco y al instante oí a Amparo que preguntaba:

— ¿Te he asustado? Al abrir la puerta me cayó el misal.

— De momento no he sabido qué pasaba, y me ha sacado de dudas tu voz. ¿Te vas a misa?

— Sí, y vengo a buscarte para que me acompañes, pues de otra forma, se nos va a hacer demasiado tarde.

Y como una exhalación me llevó a misa, y como otra exhalación, me trajo a casa. Decía que era más bonito ver pasar la Romería desde el balcón y unirnos después a ella. Y allí estábamos las dos acodadas en la barandilla. Amparo riéndose de mis exagerados aspavientos por lo aprisa que habíamos ido.

— Supongo que habrás oído la «desperta».

— ¿Te refieres a los zambombazos?

Soltó una alegre carcajada.

— Los he oído veladamente, porque soy un verdadero tronco cuando duermo. Figúrate, creí que estaba soñando con tracas.

Seguía riendo.

— No son tracas precisamente, sino cohetes tronadores o «petardos», como los quieras llamar, que se dis-

paran tirándolos con fuerza contra el suelo, o bien prendiéndolos con una mecha. Y así van recorriendo calle tras calle, despertando a todo el vecindario de esta manera tan...

— Tan bonita — corté yo.

— ¿Te gustan los cohetes?

— Mucho, aunque a mí no hayan conseguido despertarme del todo, y aunque no sea valenciana.

— Yo lo soy y me dan cierto miedo — confesó un poco azorada Amparo.

— No lo puedo creer — dije asombrada.

— Pues créelo...

Su frase quedó cortada por unos estampidos. Fijamos la atención y pudimos darnos cuenta de que la Procesión se acercaba ya.

Abría la marcha los Guardas Rurales disparando sus escopetas. Seguían los acólitos y el sacristán de la Catedral, que ese día lleva teja como los curas. Detrás el clero revestido, portando la reliquia de Santa María Magdalena, en precioso relicario de plata. La Junta Central de Festejos. El Ayuntamiento en pleno bajo mazas, con el Obispo de la Diócesis, el Gobernador y la Reina, que nos saludó con la mano. La Banda Municipal interpretando el típico pasodoble «Rollo y Caña» del llorado compositor castellanense José García. Y por último una gran multitud; multitud en toda la extensión de la palabra. La calle donde vivía María Lidón, era amplia, de doble calzada, con un paseo central, en el que aparecían a todo lo largo, una doble fila de palmeras. Era la avenida de Capuchinos, o de las palmeritas, como también la había oído nombrar. Pues bien, a todo lo ancho de la misma, apretujada, venía esta gran multitud, ¿quince mil...? Yo creo que más. Portadores todos ellos de cañas en cuyo extremo iba anudada

una cinta verde con el escudo de la ciudad, la fecha y la insignia de las Fiestas, grabado en ella. Le pregunté a Amparo y me dijo que las entregaban en los soportales del Ayuntamiento desde muy temprano, a todo aquel que se acercaba a pedirla. Que ella era algo así como la enseña o el distintivo del buen romero.

— ¡Y nosotras no vamos a tener ese distintivo tan original?

— Ya lo creo. Esta mañanita, he ido yo a recoger la tuya y la mía. Además te puedes guardar luego la cinta como recuerdo, ya que la caña habremos de deshacernos de ella en la Magdalena.

— ¡Qué ilusión me hace! — palmoree como crío lleno de felicidad —. Y qué curiosas y bonitas son vuestras Fiestas.

Sonrió para asentir:

— Tienes razón.

— ¡Y a dónde has dicho que se dirigen?

— A la Magdalena, que es el pequeño montículo donde antiguamente se asentara Castellón.

— Sí, recuerdo que algo de eso me dijo ayer una de las amigas de tu prima cuando contemplábamos el Pregón. Pero yo creo que debemos salir ya, pues nos exponemos a perder de vista a los romeros.

— ¡De veras crees tú eso? Fíjate todavía lo que viene — me contestó haciendo una seña a la mamá de María Lidón que, desde otro balcón, contemplaba a su vez el paso de la romería.

Yo no había advertido su presencia hasta que Amparo la llamara.

Desapareció en el interior, y nosotras la imitamos; ya en el pasillo se acercó a mí y apoyando su mano en mi hombro, me preguntó en tono cariñoso:

— ¿Has descansado bien, hija mía? ¿Cómo te encuentras entre nosotros?

— Encantada de la vida, señora — contesté gratamente sorprendida de su dulzura —. No he recibido más que atenciones desde que llegué a esta casa.

— Eso no, hijita, atenciones no, lo natural — luego volviéndose a su sobrina —: Todo lo tenéis preparado en el comedor. Os he puesto la bolsa de deporte que creo irá mejor. ¿A ver qué calzado lleváis?

— Muy cómodo, tía, zapatillas de tenis.

— ¿Y tú, Elena?

— Parece que nos hemos puesto de acuerdo, porque llevo lo mismo.

Efectivamente, no sólo las zapatillas, sino el traje, pues las dos llevábamos una falda de cheviot, aunque de distintos colores, y una blusa camisera, amén de una chaqueta de punto. Amparo colocó alrededor de mi cuello lo que ella llamó el típico pañuelo magdalenero, asegurando que no se es buen romero si no se lleva un buen pañuelo. Bueno y bonito, pensé yo examinando el mío. Luego habría de darme cuenta de que todo el mundo, grandes y pequeños de ambos sexos, lo llevaban. Debía formar parte de la tradición.

Mi amiga me sacó de mis meditaciones tirándome del brazo:

— ¿Vamos?

— Sí — respondí.

Cogimos la bolsa y nuestras cañas magdaleneras y emprendimos decididas, la marcha. Salimos a la calle y nos introdujimos en el gran tumulto.

— Mantén la caña siempre derecha, para que no tropiece con los pies de nadie — me advirtió mi compañera.

— Ya, ya comprendo — contesté dispuesta a no olvidar

la advertencia —. Pero, oye ¿vamos a ir siempre tan juntitos?

— Me temo que sí — rió ella.

Volví la cabeza y quedé asombrada de ver que ya llevábamos tanta gente detrás como la que había pasado delante de nosotras.

— Parece imposible — comenté.

— Pues no lo es, porque esto no es ni la cuarta parte de lo que encontraremos allí. Por carretera resulta igualmente difícil de adelantar, tal es la cantidad de coches, camiones, autobuses y toda clase de vehículos, que durante la mañana se dirigen a la Magdalena.

— ¿Todo Castellón casi?

— Todo Castellón y muchos, muchísimos forasteros. Es una tradición muy bonita, conservada con mucho amor desde hace siete siglos, año tras año. Es como si dijéramos, el orgullo de raza que acude a rendir homenaje al recuerdo de nuestros mayores. Es como un empeño en demostrar al mundo que nuestro árbol genealógico tiene sus fértiles raíces hondamente enclavadas en el pequeño montículo, a la sombra de la blanca ermita. Y como verás, amor transmitido de padres a hijos, cultivándolo ya desde la infancia; fíjate cuantos niños van a nuestro alrededor.

— Muchos, ya me he dado cuenta.

— Con cuanta ilusión se les inculca este amor a los pequeños uniéndolos a la tradicional Romería, para que con sus menudos pasos recorran aquellos sagrados lugares — siguió Amparo como si hablara consigo misma — de tal manera, que si tuvieran que alejarse algún día de Castellón, habrían de sentir junto a la separación de los suyos, la nostalgia de su tierra de una manera especial...

— Me deja suspendida tu oratoria — le interrumpí maravillada en verdad de su locuacidad.

— ¡Ah es el amor patrio que bulle en mis venas! No lo puedo remediar.

Sonreí de su énfasis, pero lo cierto era que yo también me estaba contagiando de su fervor patrio. Había asistido a varias romerías en el transcurso de mi vida, y ninguna me pareció tan numerosa como ésta. En medio del tumulto, gritos y cohetes, se alzaba la voz de la mayoría de los romeros entonando el «Rollo y Caña», a compás de la Banda que lo repetía una y otra vez.

— Canta — me dijo Amparo.

— No lo sé — repliqué —. Pero es igual, tú cantas por las dos juntas — terminé riendo y dejándome llevar por la gente que materialmente nos arrollaba.

Y en aquellas apreturas abandonamos la calle de María Lidón, para desembocar súbitamente en un camino rural en pleno campo, Camino de Molins. Por la margen derecha de éste, discurría una acequia que recibía el nombre de Acequia Mayor; con abundante agua.

El sol reía con nosotros poderoso y fuerte, comenzando a darnos un calorillo más que regular. Pero no nos importó; nosotros seguíamos cantando a pleno pulmón las canciones que de aquí y allá iba entonando la alegre y bulliciosa comitiva... Y de repente un embotellamiento tremendo. Parada en seco.

— ¿Por qué nos detenemos? — pregunté curiosa.

— Porque hemos llegado al puente de los suspiros.

— ¿El puente de los suspiros? Qué singular nombre — comenté.

— Bueno — dijo mi amiga — en realidad he sido yo quien lo ha bautizado así, por las penalidades que nos cuesta cruzarlo. Ya verás.

Y efectivamente, vi que la marcha se hizo terriblemente lenta y que nos costó lo nuestro alcanzar la esca-

lerilla que daba acceso al suspirado puente, que dejando a un lado el amplio y bien cuidado camino, cruzaba la Acequia Mayor, para desembocar en... ¡Oh maravilla de las maravillas! Algo nunca visto por mí. Un espectáculo nuevo y precioso.

Habíamos tomado una estrecha vereda, sin duda un atajo, tan estrecho que debíamos caminar de uno o dos en fondo todo lo más. Y a ambos lados, como la más bella decoración, sobre un tupido lecho de tréboles, naranjos y más naranjos con su perenne y acharolado verde intenso, cargadas sus ramas del fruto dorado y rojizo a la vez, en un contraste extraordinario de colores, imaginables tan sólo, en la caprichosa paleta de un pintor. Y como techo el azul fuerte del cielo. Algunas florecillas blancas y amarillas salpicaban de vez en vez la apretada alfombra de tréboles.

Imposible resultaría describirlo si no se ha visto antes.

Yo permanecí muda mientras avanzábamos por este insospechado vergel, dejando que recogieran mis ávidas pupilas toda su hermosura, y aspirando feliz ese perfume, ese aroma peculiar que envuelve siempre al campo. Y con lo dable que he sido siempre a soñar, mil fantásticas ideas vagaban ya por mi mente. Pero el vergel terminó y salimos de nuevo al camino. Esta vez habríamos de cruzar, sin puente ninguno, un río sin agua, al que, tal vez por esta circunstancia, daban el nombre de río Seco. Y en aquel descender y ascender del camino, la serpenteante comitiva de romeros, con sus cañas enhiestas que dejaban flotar a la suave brisa de la mañana, las miles y miles de cintas verdes, adquiriría una apariencia singular. Se lo dije a Amparo, que hizo eco a mi admiración, diciéndome:

— A mí también me hechiza esta hermosura. Creo que soy como tú, muy dada a fantasear, pero tengo un temor

y es que en esta época no encaja mucho nuestra manera de ser, ¿o sí? — terminó ante mi cara de duda.

— Claro que encaja. Yo me considero moderna y no pienso que mi afán por soñar, sea ningún inconveniente, al contrario, creo que nos favorece. Nosotras no nos aburrimos nunca; tenemos un mundo maravilloso, el mundo de nuestros sueños, de nuestras fantasías, donde poder evadirnos de vez en cuando, a donde nos transporta nuestra sensibilidad a la belleza ¿no te parece a ti lo mismo?

— Sí, y a veces hasta creo que esto es un don, pero mi prima se ríe de mí y me llama ridícula y cursi.

— No es cierto — corté rápida —. La única verdad es que tú le sacas más partido a la vida, a veces con menos oportunidad que ella — la miré, y viendo que vacilaba, añadí —: Si quieres una prueba de que no exagero, cuando vayamos a casa le pediremos que nos cuente su versión de la Romería; nosotras contaremos la nuestra, y verás como lo hemos pasado mejor, sin ocupar el trono de Reina — sonreí.

Mi amiga sonrió también para decir:

— Tienes una simpatía arrolladora, Elena.

— ¿Vamos a entonar ahora la letanía de las alabanzas? — interrumpí. Me azaraba que se ocuparan de mí, y para desviar la conversación indiqué —: Mejor nos unimos a lo que están cantando.

Y Amparo obedeció sin replicar.

No tardamos en cruzar la vía férrea y a poco nos detuvimos ante una pequeña ermita, la ermita de San Roc de Canet (San Roque), engalanada con banderas nacionales. En aquel momento dispararon una traca, con el consabido sobresalto de mi compañera.

Cuando pudo hablar, me dijo que era por la llegada

de las autoridades y la Reina, que desayunaban en aquel recinto.

Intentamos acercarnos a la ermita. Allí las apreturas aumentaron alarmantemente. Yo temía morir de asfixia, pero pese a todo, estaba dispuesta a no perderme nada, y así pude ver a una familia que instalada debajo de los árboles, tomaba ya sus bocadillos, almorzaba, como se dice por aquí. Me llamó la atención la caña que llevaban con muchas cintas verdes. Amparo me aclaró que cada cinta pertenecía a un año distinto y que seguramente, pensaban llegar a los cincuenta; es posible que ello les hiciera acreedores a algún premio por la constancia y la curiosidad en guardarlas. Los miré con cierta envidia, pero no pude contemplarlos a mi sabor porque mi compañera tiró de mí.

— ¿Dónde me llevas?

— Vamos a ver si podemos conseguir comer higos albardados.

— ¿Higos qué...? — pregunté con asombro.

— Si lo entiendes mejor, te diré que son higos secos rebozados, típicos de esta tierra y muy ricos; ya los probarás.

Pero no pude probarlos; por más que nos acercamos a uno y otro puesto donde los freían, todo fue inútil, había tanta gente deseosa de comerlos, que tuvimos que desistir de nuestro intento.

— ¿Qué haremos ahora?

— Seguir la marcha.

— ¿Falta mucho?

— Bastante.

Continuamos andando no sin sacarme por dos veces seguidas la zapatilla, sin duda alguien que no llevaba su caña lo suficientemente derecha.

Dos coches se abrieron paso entre la multitud a golpe de bocina y entre el abucheo de todos por semejante osadía.

Y al fin cruzamos la carretera general abarrotada de vehículos, y tomamos el Camino o Cuadra del Alchepsar, que habría de dejarnos ya en la Magdalena. Emprendimos una marcha ligera, creo que a todos nos empujaba una misma idea, sentarnos y comer algo; yo por lo menos, tenía el estómago pegado a la espalda, como vulgarmente se dice.

Y como toda constancia tiene su premio, llegamos al pie de la colina. Intentamos abrirnos camino. Mi amiga, tomándome del brazo, me dijo:

— Cojámonos para no perdernos.

Yo estaba la mar de entretenida mirando los tenderetes de todas clases que habían instalado, con infinidad de chucherías. La mayoría vendían rollitos de distintos tamaños, clásicos en estas Fiestas, según me dijo mi compañera; y juguetes, y sombreros, y sobre todo, una variedad inimaginable de bebidas frescas.

De pronto tuvimos que detenernos, porque en dirección contraria a la nuestra, venía un numeroso grupo de chicas y chicos, cogidos todos ellos de la mano, en fila india y corriendo alocadamente. Al pasar nos empujaron haciéndonos tambalear. Amparo protestó, y yo reí divertida.

Seguimos ascendiendo con dificultad por el caminito que serpentea desde la falda a la cúspide, donde se veía la amplia ermita recién pintada de blanco; en sus balcones lucían colgaduras nacionales. La pequeña campana sonaba incesantemente.

— ¿No cesa de tocar nunca? — pregunté casi a gritos.

— En el día de hoy, no. Todo el que sube y lo desea,

tiene derecho a zarandearla, así es que hoy no para un instante. Pobre campana y pobres oídos nuestros — rió alegremente y añadió acto seguido —: Bien es verdad que luego tiene todo un año para descansar.

— Entonces... ¿No volvéis por aquí hasta el año que viene?

— En plan de romería como ahora, no. En cuanto anochezca, esto se quedará solitario — calló y yo me sumí en mis pensamientos mientras seguíamos ascendiendo con la misma dificultad, o quizás mayor que antes. Llegamos al fin a la explanada de la ermita.

Mientras intentábamos penetrar en la capilla estrujadas casi por el gran gentío que allí se aglomeraba, mis ojos estaban fijos en la inquieta campana, en la que infinidad de manos se posaban para arrancarle alegres tañidos; y mi temperamento soñador me llevó a imaginarla no como una cosa inanimada. Para mí acababa de cobrar vida en aquellos instantes, y la sentía estremecerse al cumplir su sagrada misión. Había estado callada durante todo un año, para hacer añicos en veinticuatro horas el religioso silencio que guardó durante trescientos sesenta y cuatro días. No tenía otro cometido la pequeña campana de la ermita... Callar todo un año con esa elocuencia de madre que sabe recogerse un momento en el silencio, para acumular un sin fin de ternuras y finezas que luego esparce como incienso de amor sobre la cabeza de sus hijos. Callar todo un año, para despertar un día bullanguera y lanzar a los cuatro vientos su alegre cascabeleo, que siempre tiene para nosotros un matiz nuevo, y deslizarlo por la colina para mecerlo en el suave balanceo de una rama, o tomar el aroma del azahar, y correr hasta el mar para bañarse en sus verdes olas y reaparecer engalanado con el albo encaje de su espuma, o correr inquieto por la

ladera, llenando todo el espacio de su menudo y alegre tintineo; ese tintineo que sabe de maravillosas leyendas, que de lejanas e insospechadas tierras, le trajo el viento; que conoce las melódicas canciones de la madre Naturaleza, porque el airecillo juguetero, las silbó quedo en su oído. ¡La campana de la ermita!... Ella contempló estática la majestuosidad de la tempestad, y su badajo recogió el zumbido del trueno, y en su abultada superficie se quebró fugaz el resplandor del relámpago. Ella conoce la paz en las cálidas noches de luna, luciendo su vestido de plata; y en su bronce herrumbroso, durante interminables años, vino a quemar su oro el sol, ese beso de fuego que ella guardó celosa; ese colorido de la huerta que ella recogió ávida; esa caricia húmeda que constante le ha brindado la lluvia... Todo, todo esto encierra su hechicero sonido que, en incansable aleteo, parla con sorprendente locuacidad durante todo un día. Y llegada la noche, cuando la colina comienza a quedarse sola, pausadamente va deteniendo su lengua de bronce, y, jadeante por la dura jornada, pero satisfecha de su importante misión, se dispone a encerrarse de nuevo, feliz, en su silencio de ocho mil setecientas treinta y seis horas. ¡Qué barbaridad!

La voz de Amparo me volvió a la realidad.

— Por favor, no te separes de mí que nos vamos a perder.

Me así en silencio de su brazo y de esta manera, empujadas, casi arrastradas, entramos en la capilla y de la misma forma salimos.

Intentamos alejarnos de aquel lugar para respirar un poco a nuestras anchas. Pero en aquel momento ocurrió algo... Me sobresalté porque no sabía que sobre nuestras cabezas había una traca, y cuando me volví para comentar



Llegamos al pie de la colina...

con mi amiga, ésta había desaparecido. Me quedé asombrada mirando en todas direcciones, al fin la divisé subiendo por el sendero hacia la parte de atrás tapándose los oídos con ambas manos. La llamé pero no me hizo caso. Entonces decidí seguirla hasta que la alcancé.

— Pero, Amparo ¿qué es eso?

— No lo puedo remediar, si me cogen de sorpresa, me sobresaltan y no sé lo que hago.

— ¿Dónde nos instalaremos para nuestro ágape?

— Yo creo que por detrás, a la sombra de uno de esos árboles, estaremos bien.

Así lo hicimos, ella se acomodó en el suelo arrancando unas matitas para ofrecerme un lugar a su lado, pero yo me había quedado absorta contemplando toda la belleza que encerraba el paisaje y que hasta el momento, entre las apreturas y empujones, no había contemplado a mi sabor.

Al pie de la pequeña colina donde nos encontrábamos, se extendía una gran llanura adornada con toda la gama de verdes, salpicada por doquier, de grandes extensiones, unas completamente blancas, rosadas otras; sin duda debían ser almendros en flor. Un poco más lejos se dibujaba la ciudad, y al fondo, recogiendo el oro y azul del cielo que arrancaban en él maravillosos destellos, aparecía el mar.

— ¿No te piensas sentar? — dijo Amparo a mis espaldas.

— Sí — respondí — pero déjame ver antes esto que me parece de ensueño.

La recta y amplia carretera que se desviaba de la general para llegar hasta la colina, era un hormiguero de toda clase de vehículos. Parecía imposible que se pudiera aparcar ni uno más en aquella explanada y campos de alrededor, sin embargo no cesaban de llegar.

Desde arriba resultaba pintoresco el bullicioso y apretado colorido que se apelotonaba en el ondulante camino que ascendía a la ermita.

Me volví hacia mi amiga y me dejé caer a su lado. Ella colocaba sobre un mantelito algunas latas de conservas.

— No comprendo cómo vamos a caber tantos aquí arriba — comenté picando una aceituna.

— ¿Por qué? — rió Amparo alargándome un bocadillo de tortilla con habas.

— Porque no cesan de subir y subir.

— No te preocupes, hay otro camino y por ahí bajan.

— Menos mal — callé un momento para saborear mi almuerzo, luego dije —: Me da la impresión de que conoces a todo el mundo. No has parado de saludar a todos los que han pasado, y eso que no vives en Castellón.

— Paso grandes temporadas con María Lidón y conozco a todas sus amistades.

De repente nos vimos rodeadas de un alegre y numeroso grupo, en el que se encontraban mis conocidas del día anterior. Y cogidos de la mano comenzaron a darnos vueltas entre risas y cánticos.

— Amparo ¿qué haces aquí tan sola? — dijo por fin uno de ellos mirándome de soslayo con cierta curiosidad.

Mi amiga reía divertida.

— Qué alegría encontraros, pero no estoy sola, sino muy bien acompañada.

Y acto seguido procedió a presentarme a todos ellos:

— Es Elena Rius de Pradera, íntima amiga de María Lidón y mía — y dirigiéndose a mí, fue indicándome con su mano derecha mientras me iba dando nombres que indudablemente no tardaría en olvidar por ser muchos.

— A nosotras no nos presentes que ya nos conocemos ¿verdad? — dijeron cuando les llegó el turno a Margarita y Luisa, adelantándose a darme un par de besos cada una.

— Ya lo creo — afirmé devolviéndoselos.

— Bueno, ahora si nos lo permitís, nos quedamos con vosotras aquí — dijo uno de los muchachos.

— Sí, sí — hicieron coro todos, y, en un abrir y cerrar de ojos, se acomodaron a nuestro alrededor. Pronto el que había saludado primero, descolgó de su hombro una gran bota de vino, que la llamó de la paz, y se empeñó en que bebiéramos. Mi compañera aún se dio algo de maña, pero yo saqué a relucir mi torpeza, sin conseguir beber ni una gota y manchándome en cambio, toda la blusa. Esto motivó grandes risas, y a partir de aquel momento creció la animación. Los chicos organizaron juegos y contaron cuentos graciosos.

Cuando quisimos darnos cuenta, ya era tardísimo y tuvimos que levantar el campo a toda prisa.

— ¿Venís con nosotros? Tenemos un camión — invitó uno de ellos.

— No, gracias — le contestó Amparo —. Nos espera ahí abajo el coche de casa.

— Entonces bajaremos juntos porque nuestro camión se quedó a la entrada del camino.

— Como queráis — volvió a decir mi amiga — pero vamos aprisa que es tarde.

Pensé que en un instante nos veríamos todos cogidos de la mano y corriendo alocadamente en fila india, como el grupo con el cual habíamos tropezado a la subida, y tantos otros. Mas no. Me había equivocado; bajamos tranquilamente sin atropellar a nadie.

Dando un suspiro de alivio, me uní a Amparo tomándola del brazo.

— ¿Estás cansada? — preguntó al notar que me apoyaba en ella.

— No.

— ¿Te has divertido?

— Ya lo creo; muchísimo.

— Pues no lo demuestra tu laconismo al contestar, tú que de ordinario eres tan vehemente.

— Creo que estoy un poco aturdida de tantas cosas como he visto en tan corto espacio de tiempo, y como todo lo quiero vivir tan intensamente...

— Pues si estás fatigada, dejamos los toros.

— ¿Dejarlos? Ni hablar — me apresuré a contestar.

Se echó a reír de mi enérgica protesta.

— Pues vamos a tener que correr mucho, así podemos unirnos a éstos si a la tía no le parece mal. Ellos han alquilado unos coches de caballos. Resultará muy bonito, y como además tenemos los palcos juntos, nos va a venir estupendo.

— Ya lo creo. ¿Y vamos con mantilla? porque yo no he traído ninguna.

— No te preocupes por ese detalle, María Lidón tiene dos, pero es que ella no se pondrá ninguna porque tiene que ir de uniforme.

— ¿De uniforme? — dije con verdadero estupor.

Amparo soltó una alegre carcajada antes de aclarar:

— Mujer, me refiero al traje regional, como sale a diario con él.

Reí de su ocurrencia y le pregunté:

— ¿Entonces no viene con nosotras?

— No, se va con su Corte y la Junta Central de Festejos.

— Qué lástima, nunca podemos ir juntas.

— La obligación es la obligación, hija mía, pero ella

se lo pasa de maravilla. La están halagando y obsequiando constantemente, por eso es la Reina.

— Claro.

— No os rezaguéis que nos vamos a perder — advirtió el muchacho de la bota, volviendo sobre sus pasos y poniéndose a mi lado —. De manera que es usted de Madrid — dijo iniciando una conversación que hacía rato estaba deseando.

— No gastéis tanta ceremonia y hablaros de tú — interrumpió Amparo, yo sonreí al tiempo que respondía al muchacho:

— Sí, del mismo Madrid.

— ¿Y no habías estado nunca aquí? — siguió obediente a la indicación de mi amiga.

— Es la primera vez que vengo, aunque a María Lidón le he oído hablar mucho de vuestra tierra.

— ¿Te gustan nuestras fiestas?

— Lo que hasta ahora he podido ver, me parece insuperable.

— Espera pues a ver la Procesión de esta tarde. Esa, a más de insuperable es original — intervino Amparo.

— Ya nada me asombra en vosotros; pero dime, ¿has dicho Procesión de esta tarde? ¿Y los toros?

— No te alarmes, la Procesión es a las ocho de la noche, por tanto hay tiempo para las dos cosas.

— Como verás no tenemos momento de descanso — terció él.

— Tienes razón — contesté sencillamente. En aquel momento no recordaba cómo se llamaba, pero no quise darlo a entender porque esto siempre decepciona al interesado. Eran tantos los que me habían presentado, que un enjambre de nombres bullía en mi cabeza, podía ser uno de ellos, no sabía cuál...

Pero Amparo vino a dar la solución con su pregunta:

— Oye, Manolo, si a la tía le parece bien que vayamos con vosotros a los toros, te llamo por teléfono.

— De acuerdo, y a la hora convenida pasamos a recogeros.

Entre tanto llegamos a nuestro coche y nos despedimos de ellos.

V

PROCESION DE LAS GAYATAS

Ya en casa la mamá de mi amiga dio su consentimiento y en coche descubierto, con nuestra mantilla, asistimos a los toros.

Disfruté aquella tarde como nunca había disfrutado en mi vida. Disfruté ya arreglándonos. La mamá de María Lidón nos colocó la mantilla a las dos, y la Reina nos obsequió con hermosos claveles rojos y blancos que para nosotras había encargado.

Disfruté también porque la tarde era clara y llena de sol, porque la fiesta resultó magnífica y aquellos muchachos no cesaron de obsequiarnos; y sobre todo, disfruté de ver la alegría sana y bulliciosa de Amparo. ¡Cómo admiraba yo a esta mujer!

A la salida de los toros, cuatro coches de caballos nos esperaban ya. Nos acomodamos los diecinueve que íbamos en total; nueve chicas y diez chicos. Manolo, como lo había hecho a la ida, subió al que íbamos Amparo y yo. Al principio creí que su predilección al venir con nosotras dos, era Amparo, pero bien pronto pude darme cuenta de que era yo la que le interesaba, como se la dio la sagaz de mi amiga, quien me guiñó maliciosa un ojo.

Dimos la vuelta por las calles principales de la ciudad para lucir nuestro garbo y nuestra mantilla, y al fin lle-

gamos al Casino Antiguo donde tuvimos la suerte de podernos instalar en sendas mesitas junto a uno de los balcones, y esperar allí, cómodamente, el momento de la Procesión.

Yo no sé cómo se arreglaron las cosas, pero cuando quise darme cuenta, ya tenía a Manolo a mi lado. Hice cuanto pude por generalizar la conversación, evitando aquellos apartes que él intentaba, mas como me diera cuenta de sus insinuaciones, lancé una mirada a Amparo en demanda de socorro. Esta recogió al vuelo el mensaje y en cuanto pudo y vino bien a la conversación, intercaló con toda naturalidad:

— Lo cierto es que con tantas cosas como estás viendo hoy, esta noche no vas a poder acostarte.

— ¿Por qué? — inquirí con hipócrita ingenuidad.

— Porque vas a tener mucho que escribir a Guillermo — y siguió dirigiéndose a todos y acentuando las frases intencionadamente —: Habéis de saber que tiene el humor de escribirle todas las noches al novio contándole a detalle cuanto ha visto e incluso las conversaciones sostenidas.

— ¿Tienes novio? — La pregunta provino de Laura, con mal disimulada alegría.

No quise enjuiciar si estaba o no interesada por Manolo.

Por el contrario, éste se limitó a decir ocultando su decepción:

— Eso no indica más que hay mucho amor y mutua comprensión y confianza.

Creí advertir en su tono un deje de envidia y de nostalgia. Pero súbitamente aparté estos pensamientos de mi mente y busqué con la mirada a mi salvadora para sonreírle agradecida.

Mi acompañante, sin perder su galantería, cambió desde aquel momento su actitud.



Era portata por un solo hombre...

Entre tanto, la Procesión llegaba ya bajo nuestros balcones y nos apresuramos a asomarnos.

Abría marcha los Guardas Rurales. Seguían los chicos de San Vicente, con su rollo magdalenero de buen tamaño, metido por la cabeza, y la clásica caña con la cinta verde. El Clero con la reliquia de Santa María Magdalena, que viéramos por la mañana. Detrás el Ayuntamiento en Corporación, con las Autoridades.

Inmediatamente después apareció la primera manifestación externa de Semana Santa como un anticipo, puesto que estábamos ya en el tercer domingo de Cuaresma. Desfilaron las Cofradías de la Paz y Caridad; la Oración en el Huerto; de Nuestra Señora de los Dolores, y del Santo Sepulcro, para terminar con el Cristo, portado por los Clavarios, a los que se unía el Clero revestido.

Pasada esta primera parte y después de un corto espacio de tiempo, llegó la Procesión propiamente ya de las Gayatas.

Marchaba en cabeza un Grupo de Batidores. Detrás venía la Banda de Trompetas de Caballería. El público atestado en las aceras y balcones, aplaudía entusiasmado, pidiendo detuvieran la marcha para oírles mejor.

Seguía un Carro Triunfal representando una escena de la Magdalena. Los personajes que desarrollaban la escena, iban ataviados según aquella época: el Carro iba tirado por un tronco de cinco caballos, a los que no se les llegaba a ver la cabeza de borlas, espejuelos y cintas como llevaban encima.

Y apareció la primera Gayata, una verdadera joya del siglo XIX; las primitivas Gayatas. Cosa original y asombrosa; no era más que una acumulación de vasitos luminosos, de colores, artísticamente colocados, terminando inevitablemente en la cachava curvada de un típico bastón, o en el adornado y caprichoso remate de un báculo. Era

portada por un solo hombre, vestido con el típico «sara-güells». De ella pendía un haz de cintas blancas, al extremo de cada una de ellas, se agarraba una niñita de unos tres o cuatro años, que vestidas totalmente de blanco, con los brazos en jarras, apoyadas las manos en las caderas, avanzaban delante de la Gayata, contorneando sus cuerpecitos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, en una graciosa semivuelta. Su andar dificultoso al compás de este movimiento que a veces resultaba un poco acelerado, despertaba la hilaridad del público.

Quise saber el significado de aquellas niñas, y acudió presto Manolo a saciar mi curiosidad, satisfecho de poder servirme en algo.

— Verás, es muy sencillo. Cuando nuestros antepasados bajaron del monte al llano, llevaban unos bastones o cañas, al final de las cuales y con el objeto de iluminarse bien, habían colocado sus faroles o linternas, lo que se usara en aquella época. Para no perder a su prole, los ataron con unas cuerdas flojas a las cañas; así los niños podían corretear sin alejarse de sus padres. Esto sirvió a algunos de diversión y a otros de pataleta. Algo de esto quiere recordar «les xiquetes del meneo», como las llamamos.

Sonreí de la original versión, pero me abstuve de comentar nada porque venían dos Gayatas más de distintos Sindicatos y Entidades; y detrás otro Carro Triunfal representando la Cena en casa de Simón, y María de Magdala a los pies de Jesús derramando un tarro de perfume.

Nuevas Gayatas con más niñitas del meneo, y un tercer Carro Triunfal; esta vez eran las tres Marías al pie de la Cruz.

Amparo me contó que un acto verdaderamente típico, puesto que venía no se sabe de cuántos años atrás, era

el momento de las tres reverencias. Esto se realizaba antes de comenzar la Procesión, en el «Forn del Pla», confluencia de las calles de Sanahuja y San Félix, con San Roque, popular barrio castellonense. Allí, ante el Cristo que habíamos visto pasar antes, las tres Marías y San Juan, avanzaban con toda prosopopeya y hacían una genuflexión, volvían a avanzar y otra genuflexión, así hasta tres veces; y acudía muchísima gente para presenciarlo.

Me hacía mucha gracia estas pintorescas costumbres, y al mismo tiempo tenían el poder de emocionarme, puesto que todas ellas las realizaban con la seriedad y la devoción de un rito. Me volví para comentar con mi amiga lo original que me resultaba aquella procesión; así como el Pregón me pareció un desfile de jardines, éste se me antojaba un desfile de claridad, un ininterrumpido rayo de luz potente, caprichoso, policromado.

Amparo gozaba con mi admiración, mientras por la calle se sucedían las Gayatas. Estas eran individuales y llevaban una parejita de niñas del meneo; seguían caminando lentamente, dando paso al último Carro Triunfal con la Magdalena arrepentida y penitente en una cueva. La Banda de Clarines de Artillería, llenó el espacio con sus notas, y tras ella, en una explosión de luz sin fuego ni humo, como reza la descripción clásica de la Gayata, aparecieron los doce haces luminosos, doce monumentales Gayatas, pertenecientes a cada uno de los doce sectores de que está compuesta la ciudad. Eran tan altas que algunas rebasaban el balcón donde estábamos situados. Todas gozaban de exagerada luz, mas la composición era distinta según la inspiración del artista que las levantó. En unas abundaban las figurillas y torneados en un alarde escultórico; otras eran reproducciones de la ermita de la Magdalena, la fachada del Ayuntamiento, la Catedral, el

Campanario; otras simulaban originales lámparas, o bien canastillos de flores, o quizás fuentes luminosas; pero todas terminaban con el clásico cayado que en algunas ocasiones también era luminoso.

No hubiera podido expresar la impresión que me producían, por lo que dije a mi amiga:

— Ya no me parece exagerado eso de que Levante es cuna de grandes artistas ¿grandes he dicho? No, mucho más.

— ¿Por qué? — quiso saber risueña.

— Porque el artista trata de copiar en su lienzo con la mayor exactitud posible el dorado reflejo del sol, el azul plata de la luna o el rojizo resplandor del fuego; y vosotros, en una demostración de superioridad al resto de los mortales, no reproducís en una tela, sino que apoderándoos de esos resplandores mágicos, belleza que sólo pudo crear Dios para solaz del hombre, los combináis formando un pabellón de arte al vivo, de arte natural, que no os importa destruir luego, porque sin duda alguna, al año que viene, en la confección de nuevas Gayatas, os habréis superado a vosotros mismos.

— Bonito elogio — comentó Manolo.

— Nunca fui más sincera. Pero decidme, ¿quiénes son los que van detrás de cada Gayata?

Amparo se apresuró a responderme:

— Pues en el centro va la Madrina ¿ves? esa que lleva la Banda blanca, y a cada lado, en fila india, sus Damas. Detrás la Junta del Sector. Una vez hayan terminado de pasar los doce sectores, vendrá la Gayata de la Caja de Ahorros que es una verdadera obra de arte hecha por un escultor entrañable de Castellón que se llama Adsuara. Esa Gayata se lleva la palma en niñas del meneo.

Yo escuchaba a mi amiga en silencio, hasta que apareció la última y más monumental de las Gayatas; la de la Ciudad.

Una nube blanca, saladísima, de rubias y morenas cabe-citas, revoloteaba delante, mientras las cintas se ponían tensas amenazando romperse a impulsos de los airosos vaivenes de aquellas muñecas.

Detrás del monumento desfilaban las Damas de la Ciudad para terminar con la Reina, María Lidón, que, apoyada en su caña magdalenera, con andares garbosos, iba arrancando a su paso el aplauso entusiasta y simpático del público rendido ante su hermosura y donaire. Le hacía escolta la Junta Central de Festejos y luego la Banda de Música, como había ocurrido con todas y cada una de las Gayatas que habían pasado, interpretando invariablemente el típico «Rollo y Caña».

Me dolía perder de vista aquel desfile que yo nunca hubiera soñado ver, y aun cuando el resto abandonó los balcones para ocupar de nuevo su asiento, yo seguí contemplando aquella caravana de haces luminosos, de rutilantes estrellas que arrancaban destellos en la noche y que lenta, majestuosamente, iban recorriendo la calle como si atrevidas, desafiaran a aquellas otras que oscilaban inquietas en el cielo, esperando su turno para bajar y desfilas en esta procesión de claridad. Y como siempre me ha gustado llegar hasta la entraña de las cosas, como siempre he querido desmenuzarlo todo para encontrar su objeto y su razón de ser, meditando, tal vez soñando, me vinieron a la memoria unas estrofas del «Pregó»:

*«Tots devem, en dia tal,
ratificar la promesa
de mantindre, sempre encesa,
la llum de l'amor filial.»*

La luz del amor filial. Estos monumentos de luz venían a simbolizar de una manera plástica, la gayata encendida en cada pecho castellonense. Ese fuego ardiendo en holo-

causto de una hermosa tradición — «Sepan todos que venimos de la antigüedad por luminosos caminos.» Que la fe ha sido el foco esplendoroso que nos ha guiado, y que esa luz de la Providencia, jamás se apagará en nuestros corazones.

Me enterneció pensar que un pueblo tranquilo de suyo, aparentemente despreocupado, pudiera sentir en lo más hondo de su ser esa entrañable emoción, ese profundo amor por todo lo que le pertenece. Y es que las almas verdaderamente grandes, sienten las cosas transcendentales de esa forma, quieta..., calladamente...

Amparo vino a sacarme de mi abstracción diciéndome que era tardísimo y que su tía, sin duda, nos esperaba ya en casa.

Di un suspiro, y sin hacer objeción alguna, la seguí. Ella me miró confundida.

— He estropeado otro sueño fantástico ¿verdad? ¡Qué pena!

La miré asombrada al preguntar:

— ¿Pena...? ¿De qué?

— Sí. Parece que estoy destinada a representar la prosa vil de la vida que siempre acude a chafar la poesía — dijo con cómico énfasis.

Solté la risa de buena gana.

— Me habías asustado — dije.

— No me extraña. Cuando te he llamado, a juzgar por tu expresión, debías encontrarte en no sé qué séptimo cielo lleno de poesía.

Y con aquella hilaridad simpática de Amparo, nos mezclamos todos entre el inmenso gentío que llenaba las calles, en dirección a casa.

VI

ALBERTO

— Juliana, acérquele la fuente a la señorita Elena y que se sirva más pollo. Comes poco.

— ¿Poco? — me asombré —. Lo que no me explico es de qué forma puedo digerir todo lo que como aquí.

— Ah, pues si te descuidas — dijo María Lidón — a pocos días que estés con nosotras, mi madre te hace engordar.

— No es eso; yo tengo miedo a que se quede con necesidad — se disculpó su madre.

— No lo tenga, señora. Le aseguro que en casa no como ni la mitad.

— Oye, Elena — preguntó Amparo — ¿vas a esperar a tu hermano?

— Sí, desde luego. Tengo grandes deseos de verlo — dije cambiando a tiempo la palabra deseo por la de *necesidad*. Tenía miedo de no encontrar un momento propicio para hablarle de lo que había visto el día que llegara a la casa.

— ¡Qué lástima que no vengas a los toros! Tanto que nos divertimos ayer — se lamentó Amparo.

No sé la idea que llevará mi hermano, porque esta noche cena según creo, con el Alcalde. De todos modos, es muy posible que a la salida de la corrida vayamos a recogeros.

— ¿Te sirvo un poco más de crema en el helado?

— No, gracias.

— Entonces mandaré que preparen el coche — dijo la señora.

— De ninguna manera, ustedes lo necesitan — protesté.

— Pero si hay tiempo para todo — terció María Lidón.

— Ya lo tengo previsto — añadió su madre —. Nos lleva a nosotras a la Plaza y luego vuelve para llevarte a la estación, y no te ofrezco mi compañía o la de mi sobrina, por no quitaros libertad para hablar de vuestras cosas.

— ¡Bah! — dije como si no me importara que viniera un regimiento entero conmigo a esperar a Alberto; y al decirlo, me sentí hipócrita, por lo que no añadí frase alguna.

— Ahora, lo que sí quiero que digas a tu hermano, es que me sentiré muy honrada si viene mañana a comer con nosotras. Pienso invitar también a mis hermanos para que no se encuentre solo entre mujeres.

— Eso, eso — palmoteó Amparo como si fuera una chiquilla — me divierte horrores que haya invitados, siempre cuentan cosas nuevas — y añadió guiñándome un ojo —: No sé por qué, el hermano de Elena va a trastornar esta casa.

Yo en mi interior pensé que mi amiga, sin saberlo, había dado en el clavo.

Terminamos de comer, y al poco se fueron las tres admirablemente puestas, María Lidón con su Junta Central, y Amparo con su tía. Pero antes de irse, se despidieron de mí con un beso.

Son cariñosas, pensé, y mientras esperaba el regreso del coche, me senté a leer en una de las cómodas butacas del salón, que se hallaba separado del comedor por un

arco amplio, en el que se recogían pesadas cortinas de terciopelo verde; un ventanal se abría sobre el jardín. Era alegre la casa.

Al fin fijé mi vista sobre las páginas del libro, pero no pude leer nada, porque entró la doncella avisándome de la vuelta del coche.

Me apresuré a bajar, ya que faltaban pocos minutos. Al pasar junto al frondoso parque, Paseo de Ribalta, como le llamara María Lidón, me asomé a la ventanilla para contemplarlo; era tan hermoso, y la noche de mi llegada, como estaba tan oscuro no pude darme cuenta. Pediría a Amparo que un día fuéramos a pasear por él.

Arribamos pues a la estación en el instante mismo en que el tren entraba en el andén. Me acerqué rápidamente. Allí estaba mi hermano con una pequeña maleta en la mano. Corrí hacia él con sonrisa de felicidad.

— Alberto, que alegría — dije abrazándole.

— Mi pequeña — contestó estrechándome con cariño —. ¿Disfrutas mucho? — preguntó acto seguido buscando la respuesta en mis ojos.

— Ya lo creo — contesté con sinceridad.

— ¿A que no sabes quién vino a despedirme y me dio un paquete para ti?

— Guillermo.

— Ah, que inteligente.

— ¿Dónde está el paquete? — pregunté impaciente.

— En la maleta. Ya te lo daré cuando llegemos al hotel, así es que vamos.

— Un momento, tenemos coche esperándonos. La mamá de María Lidón se empeñó en que me lo trajera — al decir esto recordé de pronto el deseo que me había llevado a recoger a mi hermano, e instintivamente el nerviosismo se apoderó de mí.

En silencio me cogí de su brazo y salimos a la calle donde ya nos aguardaba el chófer con la portezuela abierta.

Nos instalamos dentro. Alberto me miró de reojo y preguntó con curiosidad:

— ¿Qué te pasa? Te has puesto seria de repente.

— Nada — en aquellos momentos me invadía la duda de si debía o no hablar de la esmeralda. ¿Y si no era aquella y ponía en un compromiso a la pobre María Lidón?

— Te noto preocupada — volvió a insistir.

— ¿Preocupada? No ciertamente — traté de disimular, y añadí sin poder evitar hablar del asunto —: No sé... me estoy acordando del robo de su corona a la Virgen...

— Pero... ¿Cómo recuerdas tú ahora eso, si hace dos años que el Juzgado terminó el sumario por falta de datos que le llevara ante el autor del hecho? Yo mismo, y por tratarse de nuestra parroquia, hice algunas gestiones particulares; sin embargo, cuántas horas de sueño perdidas sin conseguir adelantar nada. Me parece que pasará el tiempo y no se logrará nunca descubrirlo — se lamentó.

Mi corazón latía violentamente. ¿Y si hablara...? Por fin pregunté con inseguridad, bajando todo lo que pude la voz:

— Oye... ¿Son corrientes las esmeraldas en forma de media luna?

Mi hermano me miró con asombro.

— No. ¿Por qué me lo preguntas?

— Por nada. Por si fuera fácil localizarla.

— Ya lo creo. Es tan poco corriente que no habría lugar a dudas. Una esmeralda tallada así es carísima por la cantidad de piedra que se desperdicia. Es más, no creo que a nadie se le haya ocurrido hasta ahora, encargarse otra igual — explicaba Alberto, muy convencido.

Yo sentía que de un momento a otro, mi corazón se paralizaría.

— ¿De manera que no es probable que haya otra igual? — me atreví a formular con un hilo de voz.

— Estoy seguro. Pero... ¿por qué te preocupa ahora eso?

La presencia del chófer, aunque el coche llevaba cristal divisorio y no podía oírnos, me impidió decir lo que quemaba mis labios. Además... ¿pasaría algo a María Lidón si yo hablara? Como si fuera un imán me atraía de tal manera, que no podía dejar de nombrarla, por lo que insistí pidiendo me contara detalles.

El dio un suspiro y dijo:

— He tomado con tanto interés este asunto y no me han dolido estudios ni investigaciones que, desde luego, podría dárte los bastante amplios — hizo una pausa para seguir —. ¿Tú recuerdas cómo era la corona?

— No — me apresuré a contestar, presionando el brazo de mi hermano para que no levantara la voz, y seguí —: ¿No ves que estaba en el Colegio?, y cuando salí, primero con el veraneo, luego el viaje y poco después la robaron. Así es que no tuve tiempo de fijarme detenidamente en ella.

— Tenía mucho valor porque era antiquísima y estaba labrada a mano primorosamente, con mucha riqueza en adornos y calados, como un verdadero encaje. Era de plata con incrustaciones y figurillas en oro, presentando en el centro la famosa esmeralda, sin que le acompañara ninguna otra piedra — se detuvo un momento como para pensar, y siguió su relato —: Un día me llamó el cura encargado de la parroquia para enseñarme un documento muy deteriorado por efecto del tiempo, que había encontrado arrinconado en los archivos de la iglesia, y que descubría la procedencia de la esmeralda — me miró esperando ver el efecto que sus palabras hacían en mí, mas

no se detuvo —. Perteneció a Isabel la Católica. No te puedes figurar cómo fue a parar a sus manos.

— Ni idea — dije yo llena de estupor.

— Pues recordarás de tus estudios, que los Reyes Católicos establecieron el famoso campamento conocido con el nombre de Santa Fe, a dos leguas de Granada, con idea de rendirla por el hambre, cuando Boabdil, Rey de la misma, después de celebrar una capitulación con Gonzalo de Córdoba, justamente el 2 de enero de 1492, entregó las llaves de la ciudad, y al hacerlo, dirigiendo sus ojos negros a la regia figura de D.^a Isabel, avanzó unos pasos, sacó de su dedo anular una preciosa sortija con una esmeralda en forma de media luna, la «Gran Esmeralda», como ellos la denominaban y que solamente era digno de poseerla, el esforzado guerrero, el valeroso vencedor; quizás por esta razón, en un impulso de nobleza, se la tendió a la Reina. Fue tal la expresión de humildad y sumisión que puso al entregar su alhaja, que D.^a Isabel no solamente la tomó, sino que la dejó resbalar en su dedo. Más tarde, al visitar la iglesia de Ntra. Sra. de la Esperanza, prometió regalar una corona a la Virgen. Y fue precisamente Pedro Juan Poch, el orfebre de la Reina, quien la trabajó, colocándole por mandato suyo, la media luna, en memoria y agradecimiento de aquella victoria, y tal vez impresionada por el gesto de Boabdil.

— ¡Nada menos que es árabe! — fue mi exclamación, y por unos instantes me arrepentí de haber aceptado la invitación de mi amiga.

Llegamos al hotel y allí despedimos el coche.

Mientras subíamos, Alberto se volvió para decirme:

— ¿Qué piensas hacer esta tarde?

— Reunirme con Amparo y su tía; por cierto que la señora me ha encargado mucho te diga que mañana te

espera a comer. Ya quería que cenaras esta noche, pero yo le dije que estabas invitado.

— Desde luego, esta noche no estoy disponible, ni esta tarde tampoco, pues dentro de un rato habré de reunirme con el Alcalde.

— ¿Entonces no vas a venir a conocer a mis anfitrionas? Había quedado con ellas a la salida de los toros.

— Si podemos, él estará allí también. Bueno ¿ya no me pides tu regalo?

— Claro ¿mira que olvidárseme? Dame.

Era una preciosa arqueta de madera labrada, repleta de bombones, y una carta. Guillermo me quería con toda su alma, pero no era menor el cariño que yo sentía por él. Mi hermano me miraba complacido.

— Si te parece — dijo al fin — podemos irnos a esperar a tus amigas.

Emprendimos nuestro paseo hacia la Plaza de Toros, cuando llegamos, comenzaban a salir. Rápidamente las divisé. Nos acercamos y realicé las presentaciones de rigor. Al llegar a Amparo, mi sonrisa se hizo más expresiva, ella me miró maliciosa. Pero en aquel momento se nos acercó el Alcalde, después de saludarnos y cambiar unas palabras galantes con la madre de la Reina, puso su mano sobre el hombro de Alberto para decirle amistoso:

— Qué ganas tenía de volverte a ver, muchacho.

— ¿Pero, ya se conocían? — se asombró la mamá de María Lidón.

— Ya lo creo, señora, hicimos unas oposiciones juntos en Madrid, él las ganó y yo me vine con unas hermosas calabazas.

Mi hermano sonrió discreto.

— Bueno, Alberto — dijo acto seguido — se hace tarde

y habremos de marcharnos. Si quieres, acompañamos antes a tu familia.

Amparo me dio un codazo disimuladamente.

— No se molesten por favor, tenemos el coche ahí mismo — contestó la mamá de mi amiga.

— Entonces, si usted es tan amable de disculparnos, señora, hasta mañana — dijo mi hermano besándole la mano.

— Hasta otro rato — añadió el Alcalde haciendo lo mismo.

Y les vimos desaparecer. Subimos nosotras al coche indecisas de qué partido tomar.

— Puesto que no habéis hecho hoy plan con los chicos, podéis aprovechar la tarde yéndoos al cine.

— Tienes razón, tía — terció Amparo.

Yo también estaba de acuerdo, así es que fuimos al cine, cosa que me distrajo mucho de mis pensamientos.

Pero por la noche, estando cenando, la señora de la casa me preguntó si había visto de cerca la peina de María Lidón, y si había reparado en la esmeralda. Se notaba que toda la familia estaba orgullosa de la piedra. Yo, que había conseguido olvidarla por completo, sentí un nudo en la garganta. ¿Por qué no se lo había dicho a mi hermano? Miré la carita inocente de María Lidón. ¿Cómo había ido a parar a sus manos? Recordé en aquel momento que se la había regalado el Sr. Royán, así su responsabilidad estaba a salvo, pero de todas formas, qué desagradable. Porque..., si era imposible, según Alberto, que hubiera otra igual, ésta debía ser sin duda, la Gran Esmeralda, el premio y galardón creado por los árabes para sus héroes... Me estremecí. ¿Y si no hablara nada y dejara que mi hermano la descubriera al verle la peina puesta...? ¿Y si le pasaba inadvertida...?

Estos pensamientos y otros parecidos, me robaron el sueño. Me decía a mí misma que era tonta preocupándome de estas cosas, pero al mismo tiempo, pensaba que no podía callar.

A la mañana siguiente, me levanté temprano con idea de ir a la iglesia; necesitaba aclarar mi conciencia que, a fuerza de darle vueltas al asunto, se había embrollado de tal manera, que ya no sabía si estaba o no obligada a declarar lo visto.

Por fortuna nadie en la casa se dio cuenta de mi salida. Me alegré de ello, pues no hubiera sabido dominar mis nervios.

El corazón me latía con violencia cuando, segundos después, me arrodillaba ante un confesionario.

— Padre — dije algo vacilante — necesito su consejo para un asunto delicado que me preocupa.

— Hable sin miedo, hija mía.

Aquellas palabras del sacerdote, me infundieron valor, y en un momento le expuse el caso de la esmeralda.

El confesor escuchaba atento.

— Padre — pregunté al final —. ¿Usted cree que en conciencia estoy obligada a decir dónde está la joya?

— Sí, hija mía, porque si usted calla, sea cual fuere el motivo que la induzca a guardar silencio, en cierto modo, se hace cómplice, porque anula la única posibilidad de dar con el autor del robo. ¿No acaba de decir que su hermano es Fiscal de la Audiencia Territorial de Madrid?

— Sí — respondí.

— Pues comuníquesele y que él obre, ya que la esmeralda constituye por sí sola, una magnífica pista. Fíjese, tenemos por lo pronto la piedra, cuyo valor es grande y ha de restituirse a la iglesia. No olvide que se trata de un robo sacrílego. Además sabemos que a la señorita

se la regaló un conocido suyo. Este señor nos descubrirá dónde la adquirió, y así se facilita la causa, pudiendo llegar hasta el momento mismo en que fue sustraída de la cabeza de la Virgen. ¿Comprende?

— Comprendo perfectamente, Padre, pero en vez de tranquilizarme, cada vez siento más angustia en mi corazón. ¿Por qué aceptaría yo su invitación...?

— La Providencia Divina la trajo, no le quepa duda.

— ¿Se da cuenta de mi situación violenta? — me atreví a lanzar mi última y débil protesta.

— Yo me hago cargo de todo, pero está claro que Dios quiere servirse de usted, para desenmascarar al autor del hurto. ¡Quién sabe el gran beneficio que puede reportar cumpliendo con su deber! No sea cobarde. ¿Ha comulgado? — preguntó seguidamente.

— No — dije desalentada.

— Voy a darle la Comunión; verá cómo después se encuentra con más ánimos. Yo pediré para que Dios le infunda valor.

— Gracias, Padre — me rendí al fin.

Cuando salí de la iglesia, me sentía mucho mejor. Estaba decidida a cumplir con mi deber y, para no dar lugar a nuevas cobardías, fui inmediatamente en busca de mi hermano.

Llamé con los nudillos en la puerta de su habitación.

— Adelante — se oyó su voz al otro lado.

Entré. Estaba completamente arreglado, sentado ante la mesa escribiendo. Al verme se levantó extrañado.

— ¿Qué te trae tan temprano?

— Necesito decirte algo que te interesa en gran manera.

— Elena, a ti te pasa algo que desde ayer te tiene nerviosa. ¿Me equivoco?

— Solamente en la fecha, pues que mi nerviosismo proviene del día que puse mis pies en Castellón, mejor dicho, del día siguiente. Ayer solamente se aumentó con la conversación que sostuvimos.

— Ven, siéntate y sepamos de una vez todo eso.

— Alberto..., la esmeralda está en casa de María Lidón — solté como un escopetazo.

— ¡Calla! No puede ser, Elena — se puso en pie lleno de estupor.

— Vaya si lo es; yo la he tenido en mis manos.

Dio un paseo por la habitación, después parándose ante mí, apoyó sus manos en mis hombros para decirme:

— ¿Por qué no me lo dijiste ayer mismo? — mis ojos debían reflejar tal angustia que, mi hermano, dándome una palmadita en la mejilla, me animó cambiando el tono de su voz —. Bueno, no te asustes, y dime exactamente cómo la has descubierto — se había sentado frente a mí, otra vez. Yo tragué saliva y dije monótonamente, como una autómata:

— Fue al día siguiente de llegar. Después de comer, María Lidón me llevó a su cuarto, donde tenía el traje típico que había de ponerse. Me lo enseñó, cosa natural; después le llegó el turno a las alhajas y allí estaba. Como yo mostré asombro, ella, muy satisfecha de la impresión que causaba en mí su rara piedra, me dijo que se la había regalado un íntimo amigo de su padre; dentista; reside en Valencia. Según ella, el regalo se lo hizo al poco de ser elegida Reina, es decir, a primeros de enero.

Mientras yo hablaba, mi hermano tomaba notas en un cuaderno. Cuando terminé, levantó la cabeza y mirándome con agradecimiento, exclamó:

— Gracias, pequeña. Acabas de prestar un gran favor a la justicia. Nos has puesto en línea recta para descubrir

al autor de este misterioso y sacrílego robo. Esto aclara muchos puntos que, hasta ahora, los veía completamente oscuros — se levantó y se dirigió a una cartera que tenía sobre la cama.

— ¿Qué piensas hacer ahora? — pregunté sin disimular mi inquietud.

— Seguir mis investigaciones hasta dar con la procedencia de esa esmeralda. Creo que esto es exactamente lo que debo hacer.

— ¿Qué pensará María Lidón de mí?

— No tiene por qué pensar nada — dijo rápido volviéndose — porque yo te prohíbo terminantemente, que hables de esto a María Lidón, ni a su familia; a nadie, ni siquiera a Guillermo. ¿Me has entendido bien? A nadie. Por otra parte, ellas nunca sabrán que fuiste tú quien descubrió la piedra; de eso ya me encargaré yo. ¿De acuerdo?

— Sí — contesté todavía intranquila.

— ¿Me acompañas a poner un telegrama?

— No, me voy corriendo. Hace muchísimo rato que salí de casa, y temo estén alarmados por mi ausencia. Me llevo la caja de Guillermo para disimular si me preguntan dónde estuve.

— Entonces, hasta las doce que iré a recogeros para dar un paseo. Y, no lo olvides, ni una palabra a nadie de todo esto. ¿Me lo prometes?

— Te lo prometo. Adiós — dije al tiempo que depositaba un beso en su mejilla. Y salí apresurada del hotel. Parecía que todo me daba vueltas, como si el suelo vacilara bajo de mis pies. Ahora ya no me podía volver atrás, el bien o el mal, estaba hecho.

VII

LOS PASTELILLOS DE AMPARO

Entré en casa como si viniera de hacer un crimen. En el pasillo me crucé con la mamá de María Lidón.

— Buenos días — dije ensayando una sonrisa.

— Buenos días, hijita. ¿Fuiste a ver a tu hermano al salir de misa?

Un sudor frío corrió por mi espalda al oír aquella pregunta tan inesperada.

— Sí... — dije con vacilación.

— En el momento de entrar en la iglesia, salías tú, por eso me lo he supuesto cuando he llegado a casa y aún no habías vuelto.

Di un suspiro y añadí más segura, mostrándole la arqueta.

— Mi hermano me trajo ayer este obsequio de mi prometido, y yo sentía impaciencia por tenerlo, así es que he ido a buscarlo — dije satisfecha soslayando una mentira.

— Me parece muy natural.

— ¡Tía! — gritó la voz de Amparo desde la habitación — ¿Es María Lidón o Elena?

— Elena — contestó la señora.

— Que entre.

— Ve, que te reclaman.

— ¿Y María Lidón? — pregunté antes de dejarla.

— Ha ido a casa de unas amigas que tienen negocio de encajes de Granada, a recoger una mantilla blanca que les encargamos. Como el día de la Ofrenda de Flores a la Virgen en su ermitorio, han de llevar cubierta la cabeza, el traje de castellanera no admite otra cosa.

— ¡Elena! — se oyó de nuevo la voz de Amparo.

— Ya voy — contesté —. ¿No quiere probarlos? — dije a la señora, alargándole la arqueta.

— Gracias, hija mía, pero no soy golosa.

— Pues su sobrina sí que lo es. Voy a darle una sorpresa — cruzando el pasillo, asomé la cabeza por la puerta de su habitación. Amparo, sentada ante el tocador, se peinaba.

— ¿De dónde sales? — preguntó al verme.

— Es un secreto, pero si quieres, te lo dejaré probar. Anda, cierra los ojos y abre la boca.

Mi amiga, ni corta ni perezosa, obedeció mi indicación, y yo, llena de travesura, introduje en su boca uno de aquellos gruesos bombones, con plata y todo. Como era de licor, al cerrarla, se hizo añicos.

— ¿Qué me has dado, grandísima pícara? Una cosa muy buena junto con otra mala — se contestó ella misma, tirándolo desconfiada —. ¡Ah, ruín! Si me lo diste con plata. ¿Querías envenenarme?

Yo no le podía contestar, pues me ahogaba la risa. Entre tanto conservaba la arqueta en mi mano izquierda, escondida tras de mi espalda.

— Eso es en castigo a que eres tan golosa; pero no quiero que guardes un mal recuerdo de mí, y repararé mi falta.

Saqué la arqueta y se la presenté abierta.

— Oye — dijo asombrada —. ¿Tú eres una mujer o una mina de bombones? ¿De dónde has sacado esto?

— Viene de Madrid. Me la trajo mi hermano de parte de un caballero...

— No digas más, tu novio — contestó Amparo, y añadió —: ¡Qué suerte, chica!

— Ahora puedes comerlos sin plata y a docenas.

— Me pones mala fama.

— No, porque a mí me gustan tanto como a ti. Guillermo lo sabe y nunca me faltan.

Nos sentamos amigablemente y comenzamos a comer.

— Si son todos de licor — exclamé al apercibirme de ello.

— Pues, cuidado, no nos vayamos a poner demasiado contentas.

— ¡Qué exagerada eres!

— Oye, había pensado cambiarme de peinado y dejármelo suelto. ¿Qué te parece?

— ¡A ver? Estás mejor así, pareces más angelical.

— No te burles.

— Si no me burlo. En serio, estás mejor y más «ye-yé» con el pelo suelto.

— Pues entonces no hay más que hablar. Bueno, ahora acompáñame a la cocina y haré unos pastelillos para los entremeses.

— Vamos — accedí, pero al llegar al comedor, entraba en aquellos momentos su prima con la mantilla envuelta, debajo del brazo.

— ¿Queréis verla? — nos dijo.

— Enséñasela a Elena. Yo la veré luego, que se me hace tarde para los pastelillos, y el Sr. Fiscal vendrá a las doce en punto a recogerlos ¿no es eso? — terminó dirigiéndose a mí.

Asentí con la cabeza, sin poder evitar el vuelco que me daba el corazón, cada vez que oía nombrar a mi hermano en aquella casa.

Amparo desapareció por el pasillo que comunicaba con la cocina, y yo me quedé con María Lidón y con su madre, admirando la mantilla que era un verdadero primor.

— ¿Te gusta? Déjame que te la pruebe — dijo mi amiga, satisfecha de su compra. Me la dejé colocar. Desde luego, me parecía bonita. En el gran espejo del aparador, me contemplé y con mi eterna manía de soñar, entornando los ojos un poco, me creí ver del brazo de Guillermo, al pie del altar.

Di media vuelta y, retornando de mi repentino sueño, comenté:

— Me parece preciosa.

— Bueno, guárdala en el armario, no se vaya a rozar. Yo os dejo porque quiero que Juliana me haga una tarta y he de ayudarla, ¿no te importa, Elena? — dijo la señora.

— Desde luego que no, y si necesita nuestra ayuda...

— Mamá no te necesita — se apresuró a decir María Lidón —, porque justo es que estemos tú y yo, alguna vez, juntas.

La señora se fue sonriendo y su hija y yo nos marchamos a su habitación para guardar la mantilla.

Abrió el cajón del armario y la colocó con mucho cuidado, junto al estuche de terciopelo rojo que guardaba celoso, mi pesadilla.

— Voy a enseñarte fotografías mías vestida de Reina — dijo cerrando aquel cajón y abriendo otro —. Me he hecho varias, algunas en color. ¿Quieres que te dé una?

— Me encantaría — contesté contemplando aquella obra de arte.

— ¿Te gusta ver fotografías? — preguntó alargándome la suya dedicada.

— Ya lo creo.

— Pues ahora verás las que me he hecho desde que

salí del Colegio — sacó una caja de madera, nos sentamos sobre la cama y comenzó a mostrármelas de una en una.

— Mira, ésta me la hice al año de morir mi padre; todavía voy de luto. Esta otra está hecha en el jardín de casa. Esta del mismo año, en la playa, los que ves aquí son Margarita, Luisa y Manolo. Oye — añadió de pronto —, ¿cuándo saliste del Colegio?

— Al año siguiente que tú.

— ¿Sabes algo de Conchita León y Rosita Martínez? Eran muy simpáticas. Conchita un poco loca — dijo dándome otra fotografía.

— Vaya. Se casó.

— ¿Conchita?

— Sí. ¡Qué fotografía más bonita!

— Está hecha a contraluz, en una barca, ¿ves que estoy de perfil sentada en la popa? Mira qué bien se recorta la vela sobre el cielo.

— ¿Y desde dónde la sacasteis?

— Desde otra barca. ¿Has dicho que se casó Conchita? ¿Con quién?

— No sé... Creo que con un muchacho andaluz, dueño de muchos cortijos.

— ¿Aquel que le escribía al Colegio?

— Sí. Yo fui a la boda. Un derroche de lujo ¿sabes? En cuanto a Rosita, vive con unos parientes en Madrid. La veo de vez en cuando. Tiene novio también, es farmacéutico.

— ¡Anda! ¿Y el tuyo qué es?

— Médico.

— ¿Cómo lo conociste?

— El mismo verano que salí del Colegio, poco antes de irme con mi padre a Londres. El es íntimo amigo de mi hermano Alberto, y estando veraneando en la finca que

tenemos en la sierra, mi hermano pidió un mes de vacaciones y se vino a descansar acompañado de Guillermo. Yo no lo conocía, pero él, por lo visto, sí. Además, según me ha contado después, había visto una foto mía que solía llevar Alberto siempre encima y, tonterías tuyas, decía que ya le gustaba mucho. Simpatizamos sin llegar a nada. Yo me fui de viaje y a la vuelta se arregló el asunto. El había terminado entonces la carrera, poco después se marchó a América para ampliar estudios especializándose en cirugía.

— ¡Qué suerte, Elena!

— Sí. Es buenísimo. Cuando me vine, le dejé metido en obras. Está terminándose la clínica que piensa montar con todos los adelantos de la ciencia médica — hice una pausa, para terminar —. Para otoño, si Dios quiere, nos casaremos.

— ¿Quién habla de casarse a estas horas? — interrumpió Amparo apareciendo por la puerta —. Anda, guarda eso que es tarde y no es correcto hacer esperar, aunque a alguien le parezca elegante; al fin y al cabo, con el hermano de Elena, ni tú ni yo tenemos confianza.

— Pues suele ser bastante puntual — indiqué.

Efectivamente, dando las doce, mi hermano llamó a la puerta.

Ya estábamos dispuestas, así es que nos marchamos en seguida.

Yo me puse en medio de las dos primas y Alberto alternaba unas vueltas al lado de Amparo y otras al de María Lidón.

La conversación era general y sobre las fiestas, tema obligado en aquellos días. María Lidón le preguntaba por qué no había venido para ver el Pregón. Mi hermano aseguraba que le tenía atado el mucho trabajo que le agobiaba.

— De todas formas — seguía diciendo — he sentido mucho no poderlo contemplar porque ya estoy al corriente de que es único en su género. Allá en Madrid, tienen extraordinario renombre estas fiestas.

Yo miré a Amparo que a mi lado, permanecía callada.

— ¿Qué te pasa hoy tan silenciosa? — le pregunté bajito.

— Escucho calladita porque me impone tu hermano. Es muy serio ¿verdad?

— ¿Serio? No, todo lo contrario. Vamos, no sé, a mí me parece alegre y divertido.

— Podemos sentarnos en el Casino Antiguo — dijo Alberto deteniéndose.

— Sí — contesté yo.

Gracias a que se levantaban unos señores, tuvimos mesa junto a uno de los ventanales, ya que estaba abarrotado. Pedimos unas cervezas y unas tapas, y al poco rato apareció el Alcalde.

— ¡Hombre, qué agradablemente acompañado estás! — dijo galante sentándose en nuestra mesa, no sin antes hacerle una reverencia de cortesía a María Lidón y besarle la mano.

No consintió que mi hermano pagara lo que habíamos consumido y aun pretendía invitarnos de nuevo.

— Ahora estos señores se pondrán a hablar de sus cosas y a nosotras nos relegarán al olvido más completo — susurró Amparo a mi lado.

Yo me reí de su ocurrencia diciéndole:

— Te veo muy formal.

— Lo cual quiere decir que no te lo parezco.

— Eres tremenda. Sí me lo pareces, pero no tanto como lo estás siendo ahora.

No hubo lugar a mucha conversación, porque María Lidón creyó oportuno regresar a casa.

Momentos después, sentada ante aquella larga mesa, cubierta de blanco mantel de encajes, sobre el que descansaba precioso centro de flores, colocado primorosamente tal vez por las manos de la señora de la casa, pasaba revista a todos los comensales: María, mamá de María Lidón; D. Luis, hermano de la señora y dueño de una importante fábrica de pastas. Su mujer y su hija de catorce años. D. Fernando, Director de un Banco y cuñado de la señora. Su mujer, creo que se llamaba Esperanza; no tenían hijos. Amparo, María Lidón, Alberto y yo. En total diez personas.

Estaba admirada del aplomo de mi hermano, yo en cambio, vivía en continuo sobresalto. Pensaba que si aquella familia cariñosa, pudiera sospechar por un momento la conversación que habíamos sostenido el que tanto agasajaban y yo, esta mañana, seguro que todas sus simpatías hacia nosotros desaparecerían de súbito.

— Estoy deseando que sea mañana para oírle — dijo el tío de María Lidón, sentado junto a Alberto. — Conozco casi todas sus obras y he leído varios artículos suyos. Me gusta mucho su forma de enfocar las cosas.

— Pero... ¿Usted además de orador es escritor? — Ahora era la mamá de María Lidón la que intervenía.

— Tengo afición nada más, a escribir. En mi carrera hay materia abundante para desarrollar diversos temas.

— Es una carrera bonita — volvía a hablar el tío de mi amiga.

— No crea, a veces tropieza uno con cosas desagradables y violentas.

A mí, por poco, se me atraganta el pastel que estaba comiendo. Amparo desde enfrente, me hizo señas preguntándome si me gustaban. Le contesté que me parecían exquisitos y que ya le pediría la receta.

María Lidón que estaba sentada junto a mí, me dijo:
— No sé exactamente cómo los hace, pero creo que les pone zumo de naranja en la pasta y luego los rellena de sobrasada.

— Alberto ¿no come más pastelillos? — dijo la señora.

— Ya está mi madre con su manía de empapuzar a todo el mundo — me susurró María Lidón al oído.

Yo sonreí, mas para azarar a Amparo, dije a mi hermano, fuerte, para que ésta lo oyera:

— ¿Verdad que están ricos? Son obra de Amparo.

Alberto, galante, afirmó que tenía razón.

Mi amiga me propinó un soberbio puntapié por debajo de la mesa. En seguida la vi maniobrar en unos platos y dirigiéndome una sonrisa maliciosa, los envió a nosotros, con Juliana.

La conversación era animada y en aquel momento, volviendo la cara hacia mi hermano para hablarle, pude ver que, al morder uno de los pastelillos que enviara Amparo, le salió relleno de algodón. Miré con extrañeza a la autora de la fechoría y la encontré como la grana y a punto de saltársele las lágrimas. Nunca había visto una persona tan apurada. A mi hermano, por el contrario, pareció divertirle mucho el incidente y mirándola con cara de guasa, recogió cuidadosamente el pastelillo, lo envolvió en su pañuelo y se lo guardó.

El apuro de Amparo era cada vez mayor. Afortunadamente fue tan rápido en guardárselo, que nadie en la mesa se dio cuenta.

Yo miré mi plato que juntamente con el de Alberto, mandara la prima de María Lidón para obsequiarnos, al parecer, todos tenían sobrasada; entonces comprendí lo ocurrido, aquel pastel sorpresa iba destinado a mí, y Juliana que nada sabía, equivocó los platos. La travesura

de mi amiga, le había salido mal. Estaba deseando cambiar impresiones con ella.

Terminada la comida, se sirvió el café en el saloncito contiguo.

Mi hermano y María, la señora de la casa, se habían enfrascado en una conversación al parecer, bastante interesante. Hasta mis oídos llegaron algunas frases; hablaban de literatura moderna, concretamente de un libro que yo no pude entender cuál era y que sin duda, Alberto tenía interés en leer.

— ¿Y dice usted que está agotada la edición de esa obra? — preguntó la mamá de María Lidón.

— Desde luego porque tengo sumo interés en leerla y la casa editora, a la que escribí pidiéndola, me contestó que estaba agotada.

— No lo puedo comprender. Por mi parte, si he de serle sincera, le diré que no me gusta.

— ¿La ha leído usted?

— Sí. La tengo y se la puedo dejar, si usted lo desea.

— No sabe cuánto se lo agradezco.

— Ahora mismo llamaré a la doncella para que lo traiga del despacho.

— Deja, tía, yo iré a buscarlo — dijo Amparo con la misma vehemencia con que un náufrago se agarra a la tabla de salvación y añadió volviéndose a mí —: ¿Me acompañas?

Dije que sí y la seguí hasta el despacho. Ya allí volviéndose a mí, exclamó apurada:

— ¡Qué vergüenza tengo, Elena! El pastel no era para él, sino para ti, devolviéndote la broma que me gastaste esta mañana del bombón con plata.

— Me lo he figurado en seguida.

— Pero... ¿tu hermano qué pensará ahora? Va a creer

que he querido llamar torpemente su atención y que soy una loca coqueta.

— ¡Y qué más? Anda, no seas chiquilla; estoy completamente segura que Alberto se ha dado perfecta cuenta de que la broma no iba dirigida a él, sino que el azar te ha puesto en un trance tan apurado.

— ¿Tú crees?

— Estoy convencida de ello, pues no es poco sagaz el mozo.

— ¡Qué vergüenza tengo! — volvió a decir.

— Consecuencia práctica: la venganza es siempre mala. Tú has querido vengarte de mí y has recibido merecido castigo — añadí dándole a mis palabras un tono de broma para animarla aunque no estaba muy segura de ello.

— Si la tía se llega a enterar de esto, se enfadaría muchísimo conmigo.

— Afortunadamente nadie sino mi hermano y yo, nos hemos percatado.

— ¿Estás segura?

— Completamente, pero date prisa en buscar el libro, no sea cosa que les extrañe nuestra tardanza en volver.

— Sí, tienes razón — contestó tomándolo de la biblioteca.

Cuando entramos de nuevo en el saloncito, Alberto se dirigió hacia nosotros con una luz burlona en sus pupilas. Amparo volvió a ponerse como la grana y yo, con disimulo, la dejé, acercándome a María Lidón.

Mi hermano se inclinó ante Amparo para decirle:

— Quería felicitarla por esos pastelillos tan ricos que usted confecciona — su tono era bajito para que nadie más que ella pudiera oírle —. Además, pienso guardármelo como trofeo.

— Por favor, le ruego que me disculpe, ha sido una

enojosa confusión; la broma no iba destinada a usted, sino a su hermana, pero la doncella equivocó los platos.

Alberto disfrutaba con el azoramiento de Amparo por lo que siguió:

— No se moleste en disculparse, los pastelillos, tanto si van rellenos de sobrasada como de algodón, me gustan lo mismo, así es que he decidido pedirle a mi hermana que aprenda a confeccionarlos y me los haga con frecuencia para que, cada vez que los coma, me acuerde de una carita apurada — terminó en tono simpático.

— No se burle de mí.

— ¿Después de haberme dado de comer algodón me hablas de usted? ¿Y si nos tuteáramos?

— No, no, bueno..., como quiera — dijo cada vez más azarada.

— Como quieras — corrigió mi hermano y rió alegremente haciendo reír a su vez a Amparo.

— Muy animada está mi prima con tu hermano — me dijo María Lidón un poquito mosca.

— Es verdad — comenté y cambié de conversación para no descubrir lo ocurrido.

En aquel momento su madre interrumpió el coloquio amistoso preguntando:

— Alberto, ¿le trajeron el libro?

— Sí, mire, aquí lo tengo — contestó mostrándoselo.

— Me va pues a hacer el favor de aceptarlo como regalo.

— Por favor, señora, me parece demasiado.

— No tiene la menor importancia.

Entre tanto, Amparo vino a reunirse con nosotras. En sus ojos brillaba la satisfacción cuando se acercó a mí, para darme un codazo sin que María Lidón lo notara.

La doncella apareció para anunciar:

— Llaman al Sr. Rius de Pradera al teléfono.

— Con permiso de ustedes — dijo mi hermano y desapareció tras la doncella.

A los pocos segundos volvió a entrar diciendo a los tíos de mi amiga:

— Es el Presidente de la Audiencia y llama desde el Casino, así es que, si no tienen inconveniente, podemos reunirnos con él, ya me he anticipado diciéndole que iría con ustedes.

— Vamos pues.

— Señora, a sus pies — se despidió Alberto besando la mano de María. Después repitió la misma operación con las otras dos señoras, y al fin se acercó a nosotras tendiéndole la mano a María Lidón e inclinándose, dijo con empaque:

— ¡Majestad! — María Lidón rió, él siguió —: Mañana tendré que trataros así en público.

Después sus ojos, un poco más risueños, se dirigieron a Amparo, le dio la mano en silencio mientras se coloraban las mejillas de ésta; luego me besó en la frente y salió seguido de los dos señores.

Yo me quedé pensativa, mas en seguida sacudí mi cabeza diciéndome que ya estaba fantaseando. ¿Mi hermano, que tenía pendientes de él a jovencitas que eran, como se suele decir, buenísimos partidos, venirse a enamorar de una muchachita, al parecer, sencilla y discreta?... Seguramente no, me contesté a mí misma. ¿Y si así fuera?... me volví a replicar. ¿No daba Amparo cien vueltas a cualquiera de aquellas mariposas...? Moralmente Amparo era un buenísimo partido. A mí me gustaba, y es posible que en otras circunstancias me hubiera parecido de perlas tenerla por cuñada, pero ahora..., ahora sólo de sospecharlo me ponía a temblar.

¿Por qué tuve que ser yo quien descubriera la Gran Esmeralda? Se me antojaba que se alzaba entre mis amigas y yo como un muro infranqueable. Y sin saber por qué, me volví a sentir desasosegada e inquieta.

Si las cosas se pudieran saber de antemano, es muy probable que hubiera rechazado la invitación sincera de María Lidón; con ello me hubiera ahorrado muchísimas preocupaciones y sobresaltos, sin embargo, y pese a mi irritante contrariedad, en el fondo me alegraba de haber conocido esta nueva faceta de María Lidón, por ella y por mí, y sobre todo, me alegraba de haber intimado con su prima. Su amistad era de esas que nos hacen mucho bien; una amistad que jamás se olvida por años que transcurran, por distancia que nos separe.

Sí, creo que me hubiera gustado tenerla por cuñada de no ser por la maldita esmeralda...

¡Vaya!, me dije enfadada, ¡qué manía tengo de soñar, haciendo novelas a costa de los demás! Si mi hermano se había enamorado de Amparo; si ella le correspondía, no era problema mío, sino de ellos, además, el tiempo diría en definitiva lo que había de ocurrir.

VIII

EL BAILE

Cuando Amparo y yo tomamos asiento junto a María Lidón y su familia, en el Teatro Principal donde iba a tener lugar el Certamen Literario, creo que estábamos las dos más nerviosas que la propia Reina. Esta había correspondido con una graciosa inclinación de cabeza y una simpática y luminosa sonrisa, a la salva de aplausos con que fue acogida su presencia en la platea.

No bien se hubo hecho el silencio, la Banda Municipal atacó los primeros compases de una marcha titulada «Castalia», y se inició el desfile desde el fondo del patio de butacas hasta el escenario artísticamente adornado, en cuyo centro y en lo alto de una pequeña escalinata, dispuesta con sendos cojines a ambos lados, sin duda para la Corte, aparecía un Trono.

Abrían la marcha los Guardias con traje de gala, que se detuvieron al pie mismo del escenario. Seguidamente los Piqueros que tanto habían llamado mi atención en el Pregón, con sus picas bien provistas de flores; éstos fueron a situarse tras el Trono. E inmediatamente después, aparecieron las Madriñas de las Gayatas números 1 y 2, gentiles y garbosas en su andar. Los aplausos se multiplicaron a su paso y no decayeron hasta que ocuparon los dos almohadones colocados en el primer escalón a la derecha del Trono.

Entretenida mirando cómo se sentaban, casi me sobre-

saltó la atronadora ovación que sonaba de nuevo, y es que por el pasillo central avanzaban ya las Madrinas de las Gayatas 3 y 4. Me llamó la atención las magníficas faldas que llevaban; una era lisa y la otra rayada. Debían ser antiquísimas, por lo menos la rayada. Así se lo hice notar a Amparo cuando tomaban asiento en los cojines del primer escalón pero a la izquierda; mas no pude oír su comentario porque ahogó su voz el cariñoso saludo brindado a las Madrinas números 5 y 6. La sonrisa iluminó sus rostros y al unísono, levantaron su mano para saludar en un espontáneo gesto lleno de simpatía. Su sitio fueron los almohadones del segundo escalón a la derecha.

Las palmas volvieron a sonar al paso de las Madrinas 7 y 8. El brillo de sus joyas se acentuó con la exagerada luz que alumbraba la sala. No podría asegurar cuál de las dos peinas me gustaba más. María Lidón me dijo que la mayoría de aquellos aderezos pertenecían a las abuelas o bisabuelas de las muchachas. Como siempre he sentido pasión por las alhajas, me hubiera gustado enormemente nacer en esta hermosa tierra y heredar de mis antepasados uno de aquellos fabulosos aderezos que estaba contemplando, cuyas portadoras ocuparon el segundo escalón a la izquierda.

En medio de mis divagaciones, tuve que batir nuevamente palmas uniéndome al resto del público para recibir a las Madrinas de las Gayatas números 9 y 10, tan esbeltas y espigadas, que más bien parecían dos figuritas de porcelana vestidas de castellanera. Su sitio fue el tercer escalón a la derecha; ocupando la parte izquierda, las Madrinas 11 y 12. Pensé que debían tener mucha simpatía estas graciosas muchachas, porque en medio de los aplausos, se oyeron también ahora, algunos vivas.

Ya nada más quedaban libres las seis banquetas que

formaban semicírculo con el Trono. Pregunté a Amparo y me dijo que estaban destinadas a las Damas de la Ciudad, y efectivamente, emparejadas como las anteriores, aparecieron la Madrina dels Cavallers de la Conquesta y Dama del Mar. Dama Popular y Dama de Abolengo y por último, Dama de representación Militar y Dama del Ayuntamiento. Los aplausos no tuvieron interrupción esta vez, al paso de estas gentiles castelloneras que rivalizaban todas ellas en gracia y simpatía, y continuaron sonando hasta que ocuparon sus puestos.

Pero la Comitiva no tenía fin, porque a las Damas siguieron los Presidentes de Sector, La Junta Central, Ayuntamiento bajo Mazas y Autoridades.

Inmediatamente después de leída el acta y abierta la plica, el poeta premiado con la Flor Natural, acompañado de un Concejal del Ayuntamiento y un miembro de la Junta Central, llegó hasta la platea para ofrendar el galardón recibido a la Reina. María Lidón tomó la rosa y la prendió en su pecho. Estaba emocionada, se le notaba, pero debo confesar que Amparo y yo lo estábamos también, y no digamos su madre. Los aplausos dedicados a su hija la conmovían; aplausos y vivas que no cesaron hasta que el Alcalde la dejó en su Trono o «Cadeira d'Or», como se llama en esta tierra.

Se hizo el silencio para que el poeta premiado leyera su poesía y el Madrigal dedicado a la Reina.

Después le tocaría el turno a Alberto, y quiero señalar, aunque sea mi hermano, que el discurso que pronunció fue un rotundo éxito.

El tema obligado de Amor, Patria y Fe, hábilmente encauzado y desarrollado, hizo vibrar al público, así como las palabras rendidas que dirigiera a las Madrinas y Damas, sorprendente plantel de muchachas bonitas. Luego pasó

a ensalzar la delicada belleza de María Lidón, encomiando también el significado de su reinado, en el cual encajaban maravillosamente los conceptos de Fe, Patria y Amor..., para terminar diciendo:

«Sí, Majestad, Vos lo representáis ampliamente, por eso Castellón os aclama por Reina, porque ve reflejado en vuestra graciosa persona, lo más grande de su vida: su mujer..., su hija..., su novia... Es el justo homenaje rendido a la mujer española, a la mujer castellanense, a la mujer cristiana; tanto a aquellas heroínas que supieron con su laudable actuación, escribir gloriosas páginas de nuestra historia, como a esas otras que, en el silencio de su hogar, desconocidas de todos, van quemando uno a uno los días de su existencia en holocausto al más noble ideal... Tal vez la madre de un héroe..., tal vez la de un santo..., tal vez la de un desgraciado, ¿quién sabe? Vida callada, no por más callada y sufrida, menos heroica. Este es el significado de vuestro reinado. Este es el peso que gravita sobre vuestra corona; el mejor cetro que puede ostentar una mujer. Y aunque vuestro reinado de ahora es efímero, es, como bien pudiera llamarse, un reinado de ilusión, un reinado que acaba cuando apenas comienza, Vos lo acabaréis del modo más sublime, ofreciendo corona y trono a vuestra Patrona, la Virgen de Lidón.»

Amparo y yo, aplaudimos entusiasmadas.

Parecía que todo contribuía a aumentar el esplendor de aquella fiesta de los Juegos Florales. El patio de butacas, donde solamente podían estar sentadas las señoras, era un derroche de lujo, trajes de noche, encajes, pieles, joyas. Los caballeros, vestidos de etiqueta, permanecían en pie en los pasillos laterales.

De los palcos y plateas pendían ricos reposteros y guirnaldas de flores.

La velada había sido maravillosa, pero ahora, sentada en uno de los divanes del salón de baile del Casino Antiguo, me sentía un poco aturdida. Habían sido demasiados festejos... Castillos de Fuegos Artificiales por las noches, de los que no nos perdimos ni uno... La Gran Gala de la Junta Central en el «Hostal de la Llum», precioso pabellón instalado para las fiestas, en donde se celebró la noche dedicada a la Reina y a las Damas de la Ciudad, con importantes y escogidas actuaciones, y entrega de premios a «Los Mejores». No había sido ésta la única vez que visitáramos el «Hostal de la Llum», otras noches fuimos también, lo que suponía trasnochar, y luego madrugar para presenciar el desfile de la Cabalgata Infantil, preciosa, preciosísima; un auténtico museo de trajes y rememoración de costumbres y personajes... Y más corridas de toros... Sí, habían sido multitud de actos para tan pocos días, sin olvidar las inesperadas emociones recibidas con el descubrimiento de la esmeralda, que yo creo era lo que más me fatigaba por la ansiedad que había dentro de mí.

Amparo, sentada a mi lado, me contempló curiosa.

— ¿Te ocurre algo, Elena? — preguntó inquieta.

— No, nada — sonreí al responderle, para tranquilizarla.

— Si estás cansada podemos decírselo a la tía y nos vamos a dormir.

— De ninguna manera, no me pierdo esta bonita noche por nada del mundo.

— Yo tampoco, mas hace un momento me pareció ver reflejado el cansancio en tu rostro y temí... Los festejos se han sucedido uno tras otro, y..., la verdad, desde que llegaste no te hemos dejado descansar.

— ¿Quién habla de descansar? — dije rápida y añadí sonriendo —: Descansar significaría perderse quizás lo

mejor, y para eso no he venido a Castellón. Ya lo haré cuando vuelva a casa.

— Tienes razón — llamó un momento para decir casi en seguida —: La que no sé cómo lo resiste es María Lidón, porque ésa lleva ya mucho tiempo en continuo ajeteo desde que la nombraron Reina.

— Yo sí que lo sé — dije meditativa —. María Lidón está viviendo unos momentos de su vida que no olvidará jamás. Cada segundo del día es un regalo para ella, una ilusión, y esa ilusión la mantiene fresca, ágil, casi ingrátida. No se cansa porque materialmente no vive, sueña... Un sueño fantástico en verdad.

— Es cierto.

Callamos las dos, unidas nuestras mentes tal vez por un mismo pensamiento, puesto que nuestros ojos, sin ponerse de acuerdo, se habían posado sobre la figura sonriente, feliz de María Lidón que en aquellos momentos abría el baile en compañía del Alcalde, no con el clásico vals, sino con un castizo y singular pasodoble. Inmediatamente se unieron a él las Damas y Madrinas con las Autoridades, Concejales y miembros de la Junta Central. Y a partir de entonces, ninguna de estas muchachas gratamente agasajadas, se perdió baile. Precisamente nuestra posición era estratégica. Estábamos en el salón central, donde se bailaba; frente a nosotras y en un pequeño anfiteatro, la orquesta interpretaba una tras otra, las últimas y más modernas creaciones musicales de las orquestinas y conjuntos en boga.

— ¿Qué os pasa tan serias? — preguntó risueño mi hermano e hizo ademán de sentarse entre nosotras al tiempo que decía —: ¿Me dejáis que me siente aquí?

Amparo rió alegre y se corrió al extremo del diván, dejándole sitio.

— No te hemos visto llegar — le dije yo.

— Estabais tan absortas contemplando no sé qué.

— A la Reina, por lo menos yo — exclamó Amparo.

— Y yo — reí de la coincidencia.

— Apuesto cualquier cosa a que sé... — se interrumpió para seguir, cambiando de tono—. No, no sé lo que estabais pensando. Cualquiera sabe lo que anida en vuestras mentes cuando contempláis a otra mujer.

Amparo y yo reímos divertidas.

— No he bailado todavía y ardo en deseos de hacerlo. ¿Me concedes este baile, Amparo?

— Encantada — contestó ésta, sin poder evitar que se le colorearan las mejillas. Alberto la enlazó y desaparecieron en medio de las parejas.

Yo cerré los ojos un momento con cansancio. Todo eran luces, espejos y un incesante revolotear de trajes diversos de variado colorido, unos de castellanera y otros de noche, dando vueltas, y alhajas ostentosas, y sobresaliendo de todas ellas con inaudita osadía, la esmeralda de María Lidón, la «Gran Esmeralda»; allí estaba, desafiando al mundo con sus hermosos destellos sobre las trenzas de su dueña. Me constaba que mi hermano se la había estudiado con disimulo, a su sabor. Yo misma le indiqué dónde la llevaba.

¿Qué habría decidido hacer? Tenía miedo de preguntarle y sin embargo, me moría de curiosidad por saber.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por Amparo y Alberto que volvían. Les acogí con una sonrisa. Y como en aquellos momentos sonara de nuevo la orquesta, Alberto me invitó a bailar.

— Acabo de decir que no a dos muchachos porque no me gusta bailar si no está Guillermo. Ahora, si me

ven que lo hago contigo, podrían pensar que les desprecié, y eso me disgustaría mucho.

— Me parece muy bien — dijo mi hermano.

La llegada del Alcalde impidió que lo volviera hacer con Amparo, puesto que venía en su busca. Mi hermano se excusó diciendo:

— Tengo este baile comprometido con la Reina y en cuanto termine, me reuniré con vosotros. Decidme dónde estaréis e iré a buscaros.

— Junto a la puerta de la derecha — señaló, y se marchó en aquella dirección.

Alberto se llevó el cigarrillo a la boca y de sus labios entreabiertos, dejó escapar lentamente una bocanada de humo, después aplastó la punta del cigarro en un cenicero y se volvió hacia Amparo para decirle:

— Tenía ofrecido a tu prima el próximo baile y éste ha terminado ya. ¿Me disculpáis?

— Ve tranquilo — le contestó mi amiga. Yo me limité tan sólo a sonreírle.

Se alejó con paso elástico hacia el lugar donde se encontraba María Lidón, acaparada por un grupo de jóvenes que se disputaban su compañía y sus bailes.

Me corrí al lado de Amparo para comentar, y su expresión me llenó de alarma como la tarde anterior. ¿Se habría enamorado de mi hermano? Nada más faltaba esto para enredar más la madeja. Después de todo pensé que no tenía nada de particular, si él le había hecho cuatro gracias.

Seguí la dirección de sus ojos y tropecé con la pareja que lentamente se deslizaba por el salón al compás de la música. La elevada estatura de Alberto enfundado en su frac y bailando con cierta elegancia, su cabeza morena, meticulosamente recortado su pelo a navaja. Su frente amplia, inteligente. Aquellos ojos grises, tan claros que

cuando se hallaba jovial se volvían casi transparentes y en cambio, si se enfadaba o le dominaba alguna preocupación honda, se tornaban oscuros, casi negros. La boca era de labios finos, y sobre ella un discreto bigote bien dibujado, que daba carácter a sus facciones. No era pues de extrañar que hubiera llegado a interesar a Amparo.

Completamente ajena a mis pensamientos y a los sentimientos que yo le achacaba a su prima, María Lidón, apoyando ligeramente la mano en el hombro de mi hermano, se hallaba, al parecer, llena de felicidad. Era el centro de la fiesta y poseía una belleza nada vulgar. Sus ojos verdes tenían hoy una luz extraña y transparente, como el reflejo de las esmeraldas que la adornaban. El oro de sus cabellos jugaba con el resplandor de las luces. Seguían dando vueltas mientras ella reía mostrando su magnífica dentadura.

Miré a Amparo para comparar la belleza de las dos primas. Desde luego, María Lidón era deslumbrante, pero Amparo, sin ser ni mucho menos, una beldad, a mi gusto, atraía bastante más que su prima. Tenía un encanto y una dulzura en su carita inocente y traviesa a la vez, que cautivaba. Y hoy estaba francamente atractiva con su traje de noche rosa. Su pelo castaño lo recogía en moño alto una guirnalda de menudas florecillas. Un sencillo collar de perlas completaba su atavío. En otras circunstancias me hubiera parecido admirable que Amparo y mi hermano llegaran a un acuerdo, pero ahora...

Me reí de mis injustificados temores. Seguramente por la mente de Alberto no había pasado semejante pensamiento, ni por la de mi amiga tampoco, todo debían ser imaginaciones mías.

— Mira quién viene por ahí — me dijo ella volviéndose.
Eran Manolo con dos o tres más del grupo.

— Pero ¿dónde os habéis metido? — preguntó uno de ellos.

— No nos hemos movido de aquí desde que llegamos — contestó Amparo.

— Nosotros estábamos allá, al otro extremo, y cuando hemos visto pasar a María Lidón, le hemos preguntado dónde estabais y ella nos lo ha dicho — aclaró Manolo.

— ¿Y el resto? — quiso saber Amparo.

— Por ahí están bailando — dijo Luisita y añadió —: Creo que este sitio es mejor que el que nosotros hemos dejado.

— Acomodaos como podáis — dije yo.

Unos en el diván y otros en butacas, pronto formamos un semicírculo alegre. Con disimulo y siguiendo mi costumbre, los examiné a mi gusto, empezando por el que tenía a mi lado, un muchacho regordete y bajito; según me dijo Amparo, era farmacéutico; yo dudaba de su éxito en cuestión de clientela, porque era muy tímido. A su lado Luisita, con un traje largo muy gracioso, blanco estampado en rojo, y junto a ella, Manolo, que desde el día de la Magdalena en que se enterara de mi noviazgo, se había dedicado a acompañar asiduamente a Luisita, con hartío sentimiento de Laura, una muchacha rubia, alta, delgaducha, de ojos azules y lánguidos, y de modales desenvueltos, que llevaba un traje de encaje negro sobre fondo gris plata, muy exagerado.

Otro muchacho más había en la reunión, abogado, muy simpático, hablador, que se sentó junto a Amparo.

Laura, adoptando una postura un tanto afectada, se recostó en la butaca para preguntar a mi amiga:

— Me han dicho que tenéis cerca de doscientos invitados para la comida que mañana da María Lidón al poeta premiado con la Flor Natural, ¿es verdad?

— No sé... — dijo soslayando la respuesta —. Mi tía se encarga de ello, pero vamos, no creo que sean tantos.

— Pues yo he oído decir que además del poeta va el Mantenedor, las Autoridades, Junta Central y la familia — siguió con afán de enterarse.

— Supongo que eso será — respondió la aludida con desgana.

— ¿Tú vas, Elena? — en su pregunta había un mucho de impertinencia, yo estaba violenta.

Luisa, lanzándole una mirada como para pulverizarla, le reconvino:

— Qué tonterías preguntas, mujer, pues claro que va.

— ¿Y en calidad de qué?

Aquella pregunta ya no tenía calificativo. Gracias a que en aquel momento se acercó un desconocido, la invitó a bailar y ella aceptó llena de sonrisas y coqueterías.

Yo estaba abochornada y además roja como la grana, porque sentía un calor intenso en las mejillas.

Discretamente nadie hizo comentario cuando ella se fue, para no apurar a Amparo más, pero ésta quiso dar una explicación.

— Aparte de los compromisos con las Autoridades y Junta Central, no asistiré más que la familia y no toda — y añadió mirándome —: Elena, estando en casa, debe ser la primera en asistir.

— Muy natural — corroboró Manolo.

— No hagas caso de las tonterías de Laurita — añadió Luisa —. Tú ya la conoces y Elena me parece que ahora también.

— Claro mujer, tiene razón Luisa — era el abogado el que hablaba.

— Se celebrará aquí en el Casino — siguió —. Pero hay una buena noticia para vosotros, puesto que el día

que María Lidón invita a las Madrinas a merendar, piensa invitaros a vosotros también, máxime cuando una de ellas es nuestra amiga Loles.

— ¡Hombre! Eso me parece fenomenal — aplaudió el abogado.

— Esto es un extraordinario de las fiestas muy simpático ¿verdad? — me preguntó Luisita.

Yo asentí y me volví a responder al farmacéutico que me preguntaba con voz apagada:

— ¿Aún estarás muchos días aquí?

— No, me voy una vez terminen las fiestas, es decir, el lunes o martes.

— ¿No te parece un poco pronto? — aventuró el abogado.

— Me reclaman otros deberes — contesté yo mirando a Amparo que se ponía de malhumor en cuanto hablaba de mi marcha.

— Qué reunión tan simpática — dijo Margarita acercándose en compañía de Pedro, otro componente de la panda.

— Faltabas tú — la galantería partió del abogado, que le dejó sitio a su lado.

Detrás de Margarita apareció Laura sola y fumando. Cogió su butaca y la corrió un poco más hacia Manolo. Se sentó, echó una bocanada de humo y comentó en tono de estudiada fatiga, haciéndose la interesante.

— Por Dios, que aburrida está la noche.

— ¿Aburrida? — replicaron varios a la vez.

— Pues yo lo paso fenómeno aquí charlando amigablemente — dijo Manolo.

— Yo no, porque el baile se ha hecho para bailar, no para charlar. Y no digamos nada de lo del Teatro. ¡Qué tostón! Y luego aquel señor tan... cursi. ¿No te ha pare-

cido a ti cursi e insulso el Mantenedor? — preguntó con aires de entendida y mirando lánguidamente a Manolo con clara intención de conquistarlo.

Este le dio disimuladamente un codazo.

Yo creí que me daba una apoplejía, pero no debía estar menos violenta Amparo, a quien tuve que tirar de un brazo, antes de que descubriera que era mi hermano. Pero estaba de Dios que se enterara, porque Alberto se acercaba a nosotros. Con malsana satisfacción, me dispuse a presentárselo, pensando que había llegado el momento de castigar de una vez por todas, las impertinencias de Laurita, pero me equivoqué de medio a medio porque ella, risueña, desplegaba toda su coquetería.

— Alberto Rius de Pradera, tiene usted nombre de artista y espíritu también; he tenido ocasión de comprobarlo esta noche en el Teatro, cuando nos deleitaba con sus admirables palabras. No hace mucho lo estábamos comentando aquí ¿verdad? — dijo con la mayor desfachatez del mundo.

— Gracias por su opinión — respondió mi hermano sin ningún entusiasmo. Odiaba los elogios exagerados y oficiosos, porque, según él, casi nunca son sinceros, sino más bien un deseo frívolo e innecesario de halagar la vanidad del elogiado o en último caso, un cumplido galante que uno se siente obligado a formular.

Ella siguió su trabajo de conquista y con mucho disimulo, fue a colocarse junto a mí, so pretexto de admirar no sé qué detalle de mi traje que de pronto, le había gustado mucho. Yo sentía que la indignación se apoderaba de mí por momentos. ¿Cómo podría existir hipocresía tan grande y tan estudiada? Pero mi asombro subió de punto cuando le oí decir abiertamente:

— Resultaría maravilloso sostener una larga conversa-

ción con un hombre tan interesante como usted. ¿No baila? Tiene que ser graciosísimo bailar con usted, Alberto.

Mi hermano, que se había dado cuenta de su juego, con una sonrisa de fina ironía, contestó, sin perder su aplomo:

— Siento no tener tiempo para demostrarle mi gracia bailando, señorita, pero la señora de Ramos, me ha rogado que viniera a recoger a estas jovencitas — dijo al tiempo que nos tomaba del brazo a Amparo y a mí — porque ya es demasiado tarde y desea retirarse... Yo, claro está, no puedo desairarla demorando su demanda — e inclinando ligeramente su cabeza ante ella, se despidió del resto del grupo.

Amparo y yo hicimos lo propio.

IX

LA MERIENDA

Cuidadosamente doblé los plieguecillos que había escrito a Guillermo; los metí en el sobre, humedecí la goma con la lengua y deslicé mi dedo por encima con idea de que quedara bien pegado.

Había recibido carta suya aquella misma mañana dándome cuenta de las obras. La clínica que estaba levantando era francamente hermosa. Junto a ella, en un pabellón que habíamos diseñado nosotros mismos, instalaríamos nuestro hogar. Y Guillermo contaba los días que nos faltaban para reunirnos. Deseaba que todo fuera a mi gusto y no quería comenzar el decorado de la clínica sin consultar a cada momento mi opinión. Después seguiría el de nuestra casa.

Yo le contestaba que en cuanto llegara a Madrid, iría a visitar su importante clínica y acordaríamos juntos todo aquello que él deseaba fuera dispuesto por mí.

¡Qué ilusión sentía al pensar en todo esto! ¡Cuántos planes íbamos a hacer Guillermo y yo en cuanto nos reuniéramos!

Dejé la carta sobre la mesa y miré mi relojito de pulsera; eran las cinco y media y a las seis se esperaban los invitados para la merienda. Debía darme prisa si quería estar dispuesta a esa hora.

Sería una tarde simpática, no había más que un detalle

molesto, la presencia de Laurita. María Lidón tenía mucha amistad con su familia y no podía dejar de invitarla.

Me dirigí al armario para sacar un vestido, y en mi interior me iba diciendo que la tal Laurita me resultaba francamente insoportable y fuera de lugar, con aquellos aires de mujer fatal que había adoptado tan espantosamente ridículos. ¡Señor, con lo hermosa que es la sencillez y la naturalidad!

Abrí el armario buscando traje que ponerme. Escogí el azul pastel de lana, que aún no me había puesto en Castellón; era completamente liso, con manga corta. Zapatos negros componían mi conjunto.

Peiné con esmero mi melena, ligeramente ondulada, y coloqué sobre mi muñeca, una pulsera de oro que me regalara Guillermo el día de mi santo.

Dejé un poco en orden la habitación y me dirigí al espejo para darme una última mirada de aprobación.

En aquel momento sonó el timbre.

Pensé que se trataba de los primeros invitados y me dispuse a salir de la habitación para preguntar quiénes eran los puntuales, ya que faltaban quince minutos justos para las seis, hora señalada para la merienda.

Encontré a Amparo vestida de rojo. Me gustó su traje porque era sencillo y daba colorido a su carita.

— ¡Ya estás arreglada? — se asombró de mi rapidez —. Vaya, y qué bonita te has puesto.

— La fiesta lo merece; pero no sé quién habla de ponerse bonita. A ver, date la vuelta que te vea bien. Me gusta, me gusta machísimo.

— Es un modelo. Lo compré en Valencia.

— Muy elegante. Y dime ¿ha llegado ya alguno de los invitados?

— No.

— Como sonó el timbre antes — objeté.

— Eso mismo pensé yo cuando lo oí, pero resultó que eran dos señores que venían a visitar a María Lidón y a su mamá. No sé qué puedan querer; creo que son policía secreta o cosa por el estilo — terminó con la mayor naturalidad.

A mí se me pusieron los pelos de punta. ¡La policía estaba en casa! El momento angustiosamente esperado había llegado.

Admiré la tranquilidad de Amparo. Como era absolutamente inocente, no temía nada, de ahí su serenidad. A mí me ocurría lo contrario.

Quise ayudar a mi amiga a colocar las bandejas, para ocultar mi nerviosismo.

— ¿La serviremos aquí en el comedor? — pregunté por decir algo.

— No. Somos muchos y resulta materialmente imposible preparar mesa para todos. La serviremos en bandejas en el salón. Juliana y Felisa se encargarán de todo. ¿Verdad, Juliana? — terminó dirigiéndose a la doncella.

— Sí, señorita.

— Ahora nada más falta que se vayan esos señores — siguió habladora Amparo —. ¿Dónde los pasó, al salón?

— No, señorita, los pasé al despacho, así quedaba el salón libre para ustedes.

— Ha tenido una magnífica idea.

Seguimos preparando la merienda sin proferir palabra.

A mí se me habían quitado las ganas de hablar por completo.

Al cabo de un rato, se abrió la puerta del despacho. Pensamos que se marchaban ya, pero no, a través del pasillo vimos a María Lidón que se dirigía a su habitación para volver inmediatamente con algo en las manos. Entró

otra vez en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

Amparo estaba intrigadísima con la tardanza en irse de aquellos señores y la salida misteriosa de su prima. Yo en cambio, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo allí dentro. Podía asegurar sin temor a equivocarme, que los agentes habían puesto al corriente a madre e hija del caso de la esmeralda, y María Lidón había ido en busca del estuche para mostrársela.

¿Por qué se habría ido mi hermano tan pronto a Madrid? El me recordaba que había cumplido con mi deber y yo me tranquilizaba. Ahora no tenía más miedo que de un momento a otro me lo descubrieran en la cara y me lo reprocharan. Con disimulo me miré en el espejo del aparador. Mi cara no decía nada, estaba inexpresiva, quizás un poco pálida...

Un timbrazo fuerte sonó en la puerta sobresaltándome.

— Te has asustado — rió Amparo —. ¿En qué estabas pensando?

Me puse como la grana.

— Vaya, mujer — siguió sin dejarme responder — perdona mi indiscreción. Pero no tiene nada de particular que te vayas al séptimo cielo pensando en... él.

Sonreí para ocultar mi azaro.

Juliana entró diciéndonos que en el salón nos esperaban ya algunos invitados.

Abandonamos nuestra tarea y Amparo se volvió para decirme:

— Como dicen los supersticiosos, voy a tener que colocar una escoba boca arriba, a ver si así se marchan esos señores que han venido a visitar a María Lidón.

— Qué ocurrencias tienes. Mira que una escoba — dije intentando reír.

— Si te parece poco elegante, colocaré cualquier otro

objeto, el caso es que se vayan. Figúrate que les dé por estarse horas y horas charlando. Y nosotros... esperando.

— Tienes razón — dije y no añadí más porque entrábamos ya en el salón.

Allí estaban ya varias señoritas desconocidas para mí, en compañía de Luisita, Margarita, el abogado, Manolo y Loles; esta última también íntima amiga de María Lidón y de Amparo, aunque por ser Madrina de la Gayata núm. 5, yo no había tenido oportunidad de tratar con ella más que la noche del baile y me pareció muy simpática además de bonita.

— Creíamos que llegábamos tarde y resulta que somos los primeros — dijo Manolo al vernos aparecer por la puerta.

Los saludamos y Amparo les dijo que disculparan a María Lidón pues estaba en el despacho con unos señores que tenían urgencia de verla.

— Supongo que no tardarán ya en marcharse. Entre tanto llegará el resto — terminó.

Entonces Loles, tomándome del brazo, me dijo:

— Ven, Elena, te voy a presentar a estas muchachas que tú no conoces, aunque las has visto ya varias veces en los distintos actos a los que has acudido, pues se trata de las Madrinas, bueno, de algunas, porque todas no han llegado aún — y como lo dijo, lo hizo.

Sus nombres puede que no los retuviera en mi mente por mucho tiempo, pero sus caras asociadas a las Gayatas de las que eran Madrinas, estaba segura que no las olvidaría nunca; soy buena fisonomista. Además, me encantó contemplarlas así, de particular, con su peinado corriente, con su traje de calle. Y pude comprobar eran tan bonitas y atractivas con el peinado y traje típico de castellanera, como sin él. Esto me hizo pensar en lo bien merecidos

que tenían los elogios que les dirigiera mi hermano la noche de los Juegos Florales, todas ellas, sin excluir a ninguna, porque eran francamente guapas.

— Las que faltan — siguió diciéndome Loles —, te las presentaré en cuanto lleguen. Quiero que las conozcas a todas y ellas a ti; puesto que eres íntima amiga e invitada de la Reina, lo eres también nuestra.

— Yo quedaré encantada, te lo aseguro — contesté.

— Bueno, ¿y dónde están las que faltan? pregunto yo ahora. ¿Cómo es que no han venido con vosotras? — quiso saber Amparo dirigiéndose a todas.

— Verás... han ido a recoger el regalo de María Lidón que no estaría grabado hasta esta tarde. Espero que no nos jueguen una mala pasada. ¡Tendría triste gracia!

— ¿Nos puedes decir qué es? — preguntó intrigada mi amiga.

— Imposible. No os enteraréis de qué se trata hasta que lo haya visto la interesada.

— ¡Qué crueldad más fiera la tuya, hacernos padecer este tormento de curiosidad tan... tan... — no le salió la palabra que buscaba y todos reímos divertidos de la mímica de Amparo.

— Bien — dije yo —, supongo que mi curiosidad sí podréis satisfacerla.

— Ah, depende de su naturaleza — contestó rápida Loles.

— Por lo visto, hoy no se puede hacer ninguna pregunta — ahora era Manolo quien habló.

— Capciosa desde luego, no — volvió a insistir.

— ¡Ay, hijas! Me estáis poniendo mala con tanto misterio y tanta intriga. Desembucha de una vez, Elena, que me entere yo de eso que quieres tú saber — apremió la prima de la Reina.

— Por Dios que eres curiosa — le contesté y añadí acto seguido —: Quería saber si es costumbre entre las Reinas dar esta fiesta a sus Madrinas y Damas.

— Ya lo creo — me contestó una muchacha rubia.

La miré sonriente; no podía decir su nombre, pero estaba segura que era la Madrina de la Gayata número 1.

— Tú no sabes el protocolo que lleva esto — contestó Loles —. Invitaciones de unos, invitaciones de otros, intercambios de regalos, en fin, que sé yo.

— Tiene razón Loles — corroboró una morena de grandes y bonitos ojos, era..., sí, la Madrina de la Gayata 8.

— Nosotras también hemos implantado esta costumbre dando una fiesta en honor de nuestras Damas de Sector — añadió la Madrina de la Gayata 6.

— Cierto. Precisamente yo doy la mía mañana y os invito especialmente — dijo la Madrina de la Gayata 11, dirigiéndose a Amparo y a mí —. Os advierto que tenemos incluso baile. Lo pasaremos fenómeno.

— Ah, pues yo no quiero ser menos y os invito a mi fiesta en la que tendremos grandes sorpresas — era la Madrina de la Gayata 3.

A su invitación, se unieron las de otras Madrinas, entre ellas la 10 y la 4.

Amparo y yo sonreímos, y mi amiga fue la que habló:

— No sé si nos va a ser posible asistir a vuestras simpáticas fiestas porque ya tenemos nuestro programa muy apretado, de todas formas os lo agradecemos de corazón.

— Bueno, ahora intervengo yo para pedir os contéis a Elena, cómo la Reina, de una manera oficial, os visita en vuestro propio Sector — dijo Luisita satisfecha de ver mi interés por saber hasta el último detalle de las magníficas Fiestas de la Magdalena.

— Tienes razón — contestó Loles —. Mañana mismo

comienzan estas visitas a los Sectores 2, 1, 3, 4, 5 y 6. Pasado mañana le toca al Sector del Grao, y al día siguiente los de la capital 8, 9, 10, 11 y 7.

— Todas estas visitas tienen un mismo protocolo, no es preciso, por tanto, que lo describamos día por día — comentó la Madrina 4.

— Por favor, no me vayas a quitar el papel de narradora, que me chifla hacerlo — le cortó Loles.

Reímos de su entusiasmo y nos dispusimos a escuchar, pero ella, mirando a su alrededor como si buscara algo, preguntó al cabo a Amparo:

— ¿Me puedes dejar un papel y un lápiz?

— ¿Y para qué quieres eso ahora? — le contestó asombrada ésta.

— Tú déjame lo y ya verás.

— Andamos de misterio esta tarde — refunfuñó mi amiga mientras iba en busca de lo que se le pedía.

— A mí me gustan los misterios y las intrigas — comentó divertida Margarita.

— Pues a mí no, porque prefiero enterarme en seguida de lo que se trata — contestó Amparo apareciendo con el papel y el lápiz y entregándoselo a Loles —. Toma y sepamos de una vez qué nos vas a dibujar.

— Los dibujos van a ser en honor de Elena. Todas vosotras ya conocéis lo que voy a contar. Ella necesitará de esta pequeña ayuda para comprender mejor.

— ¿Y le vas a dibujar la visita de la Reina a nuestras Gayatas? Eres fantástica — apuntó la Madrina 3.

— Bueno, tanto como dibujar no, pero unos simples puntitos y trazos no me negarás que hacen falta.

— Al grano — rogó Manolo —. Ya me tienes intrigado a mí también.

— Va de cuento. La comitiva se inicia en los sopor-

tales del Ayuntamiento por este orden — se dispuso a trazarlo sobre el papel y a un tiempo se apelotonaron nuestras cabezas en torno a la suya. El silencio era absoluto.

Dibujó cuatro rayas pequeñísimas en correcta formación de dos en fondo, y les añadió unos pelitos.

— ¿Qué significa esto? — preguntó Amparo.

— Son los Guardias vestidos con traje de gala; estos pelitos indican las plumas de sus cascos — contestó muy ufana de su obra.

— Dejadme ver — dijo Luisita metiendo la cabeza materialmente encima del papel.

— Aparta, aparta, que sigue dibujando — apremió Margarita.

Efectivamente, detrás de cada Guardia y en doble columna, es decir emparejadas, dibujó unos pequeños trazos, esta vez sin pelitos.

— Yo lo diré — dijo rápida la Madrina de la Gayata 6 — esto son las Damas de los Sectores no visitados ¿verdad?

— Justo — aprobó Loles —. ¿Y estos otros?

Inmediatamente después, en una sola columna de dos en fondo, colocó otros tracios.

— No lo digas — ahora era la Madrina de la Gayata 1 la que habló —. Somos nosotras, bueno, quiero decir las Madrinas de los Sectores no visitados.

— Correcto — volvió a decir Loles.

Yo estaba divertidísima con aquella forma tan original de explicar las cosas.

Seguido de estos tracios dibujó otros exactamente iguales pero en menos cantidad.

— Ahora ya es fácil de adivinar — dijo Luisita satisfecha de haber comprendido al fin —. Son las Damas de la Ciudad.

Premiamos su acierto con nuestros aplausos. Ella saludó

muy seria con varias inclinaciones de cabeza al tiempo que decía:

— Gracias, amado pueblo, gracias.

— ¡Atención que sigue dibujando — gritó alguien y nuestras cabezas volvieron a juntarse.

— Un redondelito, a la derecha PJ y a la izquierda podemos poner una V.

— ¿Qué significa? — preguntó ahora Amparo.

— Muy sencillo — le contestó Loles —. El redondelito es la Reina, a su derecha el Presidente de la Junta Central y a su izquierda un Vocal o Miembro de la misma. Y estos trazos largos que pongo después, uno detrás de otro, representan la Junta Central y Comisiones de Sectores no visitados. Y estos otros igualmente largos, la Banda de Música.

— Fantástico, fantástico — aplaudimos a coro la gracia de Loles.

— No he terminado. Aún falta lo principal — y dibujó un cuadrado en otro extremo del papel al tiempo que decía — esto es la Gayata visitada, y esta línea es el límite del Sector. Hasta aquí mismo salen a recibir a la Reina la Madrina con el Presidente y las Damas. Encuentro de ambos Cortejos, saludos, entrega del consabido ramo de flores a la Reina, y vuelta en torno a la Gayata. Fotografía delante de la misma de la Reina, Madrina y ambos Presidentes, para dejar constancia de este acto tan importante y simpático. Terminada la visita, se une al Cortejo, la Madrina, Damas y Junta de la Gayata que se acaba de visitar, y se parte para otro Sector, así sucesivamente. Una vez finalizada la jornada, se torna al Ayuntamiento y allí, en la Plaza Mayor... — calló para dibujar en el extremo de papel que le quedaba libre, un semicírculo, y en el centro un puntito.

— ¿Qué es? — quiso saber intrigada, Margarita.

— El semicírculo lo forman las Comisiones del Cortejo, Madrinas, Damas, etc., y el puntito del centro es la Reina que entonces y antes de despedirse les dice... — se detuvo en su relato para mirarnos a todos muy seria, después sonrió con cierta travesura y al fin alzando la voz gritó — ¡¡Madalena!!

Me sorprendí a mí misma respondiendo rápida con todos los que estaban a mi alrededor.

— ¡¡Vítol!!

A este grito entusiasta, siguió un aplauso atronador, al que se unieron María Lidón y su mamá, Laurita, el farmacéutico y Pedro que entraban en aquellos momentos, saludando a todos.

— Mira, si se han debido ir ya esos señores, porque están ahí María Lidón y la tía — me dijo Amparo.

— Las acabo de ver — contesté acordándome de que mi vista se había clavado en sus rostros para descubrir en ellos lo ocurrido en el despacho, pero nada pude entrever porque estaban serenas y risueñas como cualquier otro día. Sentí un ligero alivio; tal vez yo me estaba formando montañas sin motivo.

Laurita vino a nuestro encuentro.

— Qué mona estás, Elena — su mano se apoyó en mi hombro, yo le sonreí con algo de desgana —. Y tú, Amparito — siguió en sus elogios — qué trajecito tan elegante llevas.

— No me tomes el pelito, rica — bromeó mi amiga.

— Estoy hablando completamente en serio — protestó Laurita y sin disimulo alguno, me preguntó abiertamente —: ¿Se marchó ya tu hermano o tendremos el gusto de contarle hoy entre nosotros?

— Se fue ayer — dije escuetamente.

Desde aquel momento perdí actualidad para ella; ya estaba de más puesto que no era fácil que volviera a cruzarse con Alberto, y, sin molestarse en decir nada más, se fue en busca de Luisita y Manolo, que se habían acomodado en el diván.

— Buena les ha caído — comentó Amparo.

María Lidón se acercó a nosotras.

— Oye — le preguntó intrigada, su prima — ¿qué querían esos policías?

María Lidón arqueó las cejas con asombro.

— ¿Qué policías?

— ¿Esos señores que se han ido no eran policías secretos?

— Ni menos — aclaró la Reina de las Fiestas. — Eran dos periodistas de ABC que venían a hacerme una interview y me pidieron una fotografía de castellonera, para publicarla.

Di un suspiro de alivio y hubiera reído de buena gana, si no estuviera terriblemente indignada conmigo misma, por mi novelera imaginación. Gracias a ella acababa de pasar el peor rato de mi vida. Claro que Amparo contribuyó, tomándoles equivocadamente por policías.

En esto se abrió la puerta dando paso a las Madrinas de las Gayatas 2, 7, 9 y 12, Madrina dels Cavallers y las cinco Damas de la Ciudad.

— Ya os lo contaré a la noche — dijo y se fue a saludarlas.

Mi amiga me miró sonriente.

Todos los agasajos rendidos a su prima la llenaban de satisfacción como si fueran dirigidos a ella misma. Era encantadora. Mas, como tenía deseos de hacerla rabiar un poquitillo, le dije maliciosa:

— Ten cuidado porque eres muy aficionada a echarte planchas. Recuerda los pastelillos — y sin dejar de sonreír

viendo sus mejillas colorearse por el recuerdo de aquel trance apurado, me dirigí donde estaba Margarita. En realidad, lo que me pasaba es que se me había quitado un enorme peso de encima.

Los invitados aumentaron hasta llegar a sesenta.

Las doncellas sirvieron la merienda. Y la Reina nos obsequió tanto a las Madrinas y Damas como a todos nosotros, con una medallita de oro de la Virgen de Lidón, en cuya parte posterior, aparecía su nombre y la fecha de su reinado.

Por su parte, las Damas y Madrinas, ofrecieron a la Reina un precioso juego de tocador de plata, y en el reverso del espejo, habían grabado sus firmas. El regalo la puso loca de contento.

Y nosotros, todos sus amigos, le ofrecimos una pulsera de oro que no era más que una sencilla cadena de donde pendía un colgante con un grabado magnífico de la ermita de la Magdalena. Por la parte de atrás habíamos mandado grabar su nombre y la fecha. Ni que decir tiene que nuestro regalo la emocionó también mucho.

Se bailó, se rió y se charló por los codos alegremente hasta las diez, hora en que comenzó a desfilar todo el mundo, dejando el salón silencioso y con ese desorden característico que queda donde ha habido mucha gente bulliciosa, reunida.

La señora se retiró a sus quehaceres y María Lidón, cogiéndonos del brazo a su prima y a mí, nos condujo al diván. Allí tomamos asiento las tres.

— Dejadme que os cuente la entrevista. Estaba deseando comentarlo con vosotras.

— Yo también lo deseaba — dijo con vehemencia Amparo.

— Y yo — apoyé también con entusiasmo.

— Dime, María Lidón, ¿qué emoción sentiste al verte asañada por los importantes periodistas? — preguntó Amparo divertida.

— ¿Emoción? Casi sentía miedo.

— ¿Y qué te preguntaron? Desembucha de una vez, hija, ¿no ves que nos estamos muriendo de curiosidad? — volvió a inquirir.

Yo reía contemplando el brillo de travesura que asomaba a sus pupilas.

— Pues lo que se suele preguntar. Mis gustos, mis aficiones, mis lecturas predilectas. Qué hago. Qué pienso hacer. Qué sentí al ser nombrada Reina, en fin, que sé yo cuantas preguntas.

— ¿Y tú qué contestaste?

— Qué torbellino eres — protestó María Lidón.

— Amparo está curiosa y yo también, así es que trata de recordar tus respuestas y ve enumerándolas de una en una — afirmé yo.

— Bueno, trataré de complaceros aunque ni yo misma sé lo que he contestado — se rindió al fin, María Lidón.

Y fue detallando minuciosamente la entrevista. Lo recordaba todo perfectamente, aunque ella dijera momentos antes, que no. Recordaba hasta la dedicatoria que había puesto al pie de la fotografía.

Yo la contemplaba pensativa y, como en la tarde del Pregón, hubiera querido penetrar en su mente y en su corazón, para descubrir todos y cada uno de sus pensamientos y de sus emociones.

¿Qué hubieran dicho nuestras compañeras de Colegio si la vieran en estos momentos, convertida no sólo en el centro de esta capital, de la cual había sido elegida Reina, sino pendiente de ella toda España.

Unos días antes, en una Revista titulada «Festividades»,

aparecía sobre la portada su graciosa figura a todo color. Dentro, entrevistas, fotografías suyas, pormenores y detalles de su vida.

Luego la vi retratada en otros periódicos, no sólo de la localidad, sino de otras regiones.

Ahora saldría en ABC y probablemente, no sería éste el último periódico que hablara de ella.

Aquello era para halagar la vanidad de cualquier joven-cita. Sin embargo, María Lidón, a pesar de lo tontísima que había sido en otros tiempos, ahora no se jactaba de nada, lo admitía todo con sencillez, y disfrutaba con la encantadora alegría con que ríen los niños cuando reciben un juguete que les gusta.

Era asombroso el cambio operado en ella. Y ahora, al contemplarla en estas circunstancias, se convencía uno de la sinceridad de este cambio moral que tanto le favorecía incluso a su belleza física. Sus facciones se habían dulcificado y sus ojos tan verdes y rasgados, eran limpios y serenos.

Estaba contenta de haber aceptado su invitación y de estrechar una amistad que ahora, me complacía.

Además, había tenido oportunidad de conocer a Amparo, la incomparable y simpática Amparo.

No era tan alta como su prima, pero su figura era graciosa y ágil. Y luego, aquella carita color de trigo, donde aparecían unos ojos traviosos y negros, que llamaban poderosamente la atención.

Su temperamento era igual que su figura, fuertemente simpático y atractivo, además, quien llegaba a conocerla a fondo, descubría en ella otra cualidad que atraía todavía más, era profunda, sensata y ecuánime en todo.

Tenía pues motivos para sentirme completamente feliz en aquel ambiente acogedor, tan gratamente acompañada

y tan bien atendida, si una espinita no me punzara constantemente.

Me sentía hipócrita y falsa ante mis dos amigas, disimulando como si nada hubiera hecho, y callando mi terrible secreto que les concernía y que, además, era sumamente desagradable. Pero nada podía hacer, puesto que mi hermano me había prohibido terminantemente que les hablara de la esmeralda.

Sinceramente, en aquellos momentos, comenzaba a arrepentirme de nuevo de haber aceptado la invitación de María Lidón.

X

EL REGRESO

— Daros prisa que se nos hace tarde — dijo la mamá de la Reina, saliendo de su habitación, mientras se colocaba su abrigo de visón negro.

Yo estaba muy atareada embutiendo materialmente mi maleta. Amparo me ayudaba.

— ¿Ha venido María Lidón? — preguntó la señora a su sobrina.

— No — contestó ésta, y acto seguido, sonó el timbre de la puerta —. Ella debe ser.

En efecto, era María Lidón que venía con un paquete, algo sofocadilla, tal vez por la prisa que se dio en llegar.

— Por fin — dijo sonriendo.

— ¿La traes? — le preguntó su madre.

— Sí, sí. Mira.

La señora de Ramos desenvolvió el paquete para examinar su contenido.

— Es preciosa — comentó.

Yo que estaba de espaldas colocando los últimos cachivaches, me volví para contemplar aquella preciosidad, que era una mantilla de encaje de Granada, mucho más bonita y más grande que la de María Lidón.

No me dio tiempo a exteriorizar mi parecer porque la señora, alargándomela, dijo:

— Llévatela como un pequeño recuerdo nuestro.

— De ninguna manera, es suficiente con el pañuelo de encajes que me ha hecho Amparo, la mantilla me parece excesivo.

— Pues no te lo parezca, es un deseo mío y te ruego que la aceptes — insistió.

— Muy agradecida. No sé qué dirá mi madre cuando la vea. De verdad que me parece demasiado regalo.

— A tu madre le parecerá maravillosa — contestó Amparo —. Anda, métela en la maleta que yo te ayudo a cerrarla.

Desde luego, tuvo que ayudarme porque iba demasiado repleta, entre las cosas que traje de Madrid, las que había comprado y los regalos recibidos. Di vuelta a la llave y la doncella se la llevó consigo para acomodarla en el coche.

Me puse apresuradamente el abrigo, despidiéndome in mente de aquellas paredes y muebles que ya me eran tan familiares.

María Lidón, volviéndose, me preguntó:

— ¿Qué buscas?

— Nada. Miraba por si me había dejado algo olvidado — dije sonriendo y salí tras ella.

Ya en el coche nos sentamos, María Lidón junto al chófer que previamente, había bajado el cristal divisorio, y detrás, su madre, Amparo y yo.

— Has tenido una idea magnífica, tía, al decidir que acompañáramos a Elena hasta Valencia. Así estaremos más tiempo con ella.

— No creas que será mucho más, porque me parece que nos vendrá un poco justo.

— No seas exagerada, mamá — exclamó María Lidón desde su asiento, y se ladeó para preguntar al chófer —: ¿verdad, Miguel, que aún nos queda suficiente?

Miguel consultó su reloj antes de contestar, después afirmó:

— Creo que sí, señorita.

— ¿Tú no has estado nunca en Valencia? — me dijo Amparo.

— No. Esta es la primera vez que viajo por estas tierras.

— Ya verás qué bonita y alegre es — siguió informándome y, como si le hubieran dado cuerda, no cesó de hablarme en todo el viaje. Me hacía preguntas, recomendaciones —. Supongo que no te olvidarás de nosotras y nos escribirás. Yo estaré aún unos días con la tía después, para las Fallas, nos iremos María Lidón y yo a Valencia, y ya me quedaré allí. En un papelito te he puesto mi dirección.

— Sí. Lo metí en el bolso. Estoy pensando una cosa, María Lidón me dio una fotografía suya, pero tú no, y yo desearía tener una tuya también.

— Ya te mandaré en la primera carta que te escriba, la que me hice hace poco, o si nos da tiempo de subir a mi casa, te la llevas ahora.

— No confíes mucho, Amparo — le dijo su tía.

Llegamos a Valencia y como Amparo era una entusiasmada, paramos en su casa el tiempo justo para presentarme a su madre y recoger una bonita fotografía de busto, en la que aparecía riéndose con esa risa suya tan simpática. Después, sin detenernos, llegamos a la Estación, para tomar el automotor.

Desde el andén me despidieron las tres. Yo, asomada a la ventanilla las contemplé hasta perderlas de vista.

Luego me dejé caer en el asiento un poco cansada.

Todo había sido como una aventura inesperada.

Cerré los ojos dispuesta a soñar a mis anchas.

Sentía una tremenda nostalgia al marcharme. Me daba

pena todo lo que dejaba atrás, por eso quería evocar las últimas horas vividas en Castellón, donde quizás, no volviera más...

Es, pensé, una ciudad bonita y llena de simpatía, que cala muy hondo dentro de uno. Una ciudad que, cuando se la conoce a fondo, no se puede olvidar, porque gusta su manera de vivir y el temperamento de sus gentes...

Amparo me dijo un día:

— Yo le llamo «La Ciudad Perfumada».

Y ante mi cara de asombro, aclaró que la cantidad de naranjos que llenan sus huertos desde el mar a la montaña, rodeando la población por completo, hacen que en las épocas de su floración, un perfume intenso a azahar, invada la ciudad.

No es preciso ir al campo para aspirarlo. Basta simplemente con salir a la calle, o asomarse a los balcones, para sentirse embriagado. Particularmente por la mañana y anocheado. Y de una manera extraordinaria, cuando mueve la brisa.

Su tía, en esta época de primavera, tiene la costumbre, al caer la tarde, de salir al balcón para aspirar este aroma. Su teoría es que se trata de un don de Dios que no debe desperdiciarse.

¡Hermosa definición!: «La Ciudad Perfumada»... Tenía razón Amparo, una ciudad perfumada y además, altamente elegante, donde sus mujeres visten con un gusto exquisito. Este es un detalle que difícilmente, escapa a una mujer, sobre todo si es observadora como yo.

Luego, su proximidad al mar, le da un encanto y un atractivo especial. Esto lo sabemos apreciar muy bien los que carecemos de él.

O como decía también Amparo:

— Cuando los de la costa se meten tierra adentro,

parece que se asfixian, pues les falta ese airecillo con olor a yodo, ese saborcito a marisco de que se impregna el ambiente, cuando se tiene cerca el murmullo de sus olas.

Me hizo sonreír esta apreciación de mi amiga, con la que me identificaba totalmente.

A ella le ocurría lo que a mí, le entusiasmaba abstraerse y soñar, dejando pasar por nuestra mente, como una película, todos aquellos momentos vividos, que nos gustaba recordar...

Como yo ahora que estaba viendo materialmente, con una claridad diáfana, las noches luminosas de Castellón... ¡Qué bonita estaba la ciudad cuando se iluminaban las miles y miles de bombillas de diversos colores que, formando caprichosos y policromados arcos, entoldaban por completo las calles! Era un espectáculo como para no olvidarlo...

Yo me sentía feliz de haber vivido todo esto. Y disfrutaba envuelta en aquellos recuerdos...

A mi mente acudían escenas y más escenas...

No podía detallar mucho porque aún me sentía aturrida por el ajetreo de los días pasados... Concursos Hípicos de los que no perdí ninguno... Operas... Castillos de Fuegos monumentales y maravillosos... Tracas extraordinariamente largas que daban la vuelta a la capital por sus principales calles, en un ininterrumpido y divertido recorrido, sobre todo, para los que corrían bajo ella...

En fin, qué sé yo.

Pero el que con más claridad acudía a mi mente era aquel momento sencillo y emocionante: ¡La Ofrenda de Flores a su Patrona en el ermitorio de Lidón!

Sin esfuerzo veía tomar cuerpo, adquirir realidad las figuras evocadas por mí, y así imaginé pasar, envuelta en el colorido de una espléndida mañana de sol, por la avenida

que conduce al blanco ermitorio, una hilera interminable de carruajes descubiertos, en los que se veían acomodadas innumerables muchachas, ataviadas con el traje típico de la ciudad y tocadas de mantilla blanca.

Todas ellas eran portadoras de magníficos ramos de flores.

Nunca había visto un cortejo semejante, y parecía como si la Naturaleza quisiera sumarse también, a esta sencilla y emotiva ofrenda, vistiendo sus huertos de color y llenando el ambiente de mágico embrujo... Perfumes de azahar prematuro en los campos, perfumes de rosas y claveles en los brazos de las gentiles castelloneras, y perfumes de juventud y felicidad en sus labios que sonreían incesantemente a los transeúntes, los cuales apresuraban su marcha, con el fin de ver la entrada del cortejo en la ermita.

La grande explanada que se extiende ante el ermitorio, se veía abarrotada de coches, autobuses y un enorme gentío que, abriendo callejón frente a la puerta del templo, esperaba impaciente la entrada del hermoso desfile.

Fueron llegando los carruajes y, tras ellos, en un landó tirado por un tronco de cuatro caballos blancos, tocados cada uno de ellos de magnífica diadema de plumas verdes, venía la Reina de las Fiestas, con sus Damas.

La amplia nave se iluminó, y a los compases del órgano, avanzaron reverentes, hacia el altar.

Rojos sitiales para la Reina, Damas y Madrinas, mientras el resto de la comitiva, llenas de gracia y sencillez, inclinaban su cabeza ante la Señora y depositaban su ramo a los pies del altar.

Una a una, iban pasando y recogiendo a su vez, el cúmulo de Gracias que la Señora les ofrendaba desde su Trono, con su carita pálida de emoción.



*Todas ellas eran portadoras de magníficos
ramos de flores...*

Las notas del órgano llenaban ahora los ámbitos del sagrado recinto con los Gozos a la Virgen de Lidón.

Y en un momento, con la misma naturalidad con que un niño estampa un cariñoso beso en la mejilla de su madre, las devotas castelloneras, un poco trémulas las manos, habían convertido la alfombra en un fragante tapiz de flores.

La última fue María Lidón. Como estaba relativamente cerca, pude contemplarla a mi sabor, y vi que su rostro precioso, adornado con el marco de su mantilla, se levantaba hacia la Madre en una devota súplica, tal vez en una emocionada y fervorosa acción de gracias...

En aquel momento las voces de todos los presentes, se elevaron al unísono entonando la Salve a su Patrona; cálida la plegaria... Penetrante... Con una fuerza de expresión indescriptible que llenaba a todos de honda e íntima emoción... ¡Es verdad! La Salve rezaba así:

*«Salve, Virgen del Lidón,
del mortal corredentora,
Nuestra Patrona y Señora,
égida de Castellón.
Con viva fe y efusión
te invocamos, Virgen pía,
pues eres nuestra alegría,
nuestra esperanza y consuelo.
Oye siempre con anhelo
nuestras paces, Madre mía.»*

Una ola de ternura invadió mi corazón y puso lágrimas en mis ojos.

Me dije a mí misma que no podría olvidar nunca este acto...

Tampoco olvidaría el que tuvo lugar el domingo por la noche, sencillo y singular como ninguno.

Todo el mundo reunido en la Plaza Mayor y calles adyacentes, soportando sobre nuestras cabezas en un inútil intento de ocultarlas, el terrible granizado de chispas y pólvora de un fenomenal Castillo. Al final y en letras de fuego se escribía sobre la fachada de la Catedral, las palabras de «MADALENA VITOL», que un momento antes y coreada por todos los presentes, pronunciara la Reina desde el balcón del Ayuntamiento, cerrando así de una manera oficial, las Fiestas.

Aplaudimos con entusiasmo.

Amparo que conmigo, había aguantado estoicamente, bajo los soportales, la lluvia de fuego y los tremendos zambombazos, se volvió para decirme:

— Es un acto muy simpático ¿verdad? Esto es como la promesa de volvernos a reunir al año que viene.

Sonreí con algo de pena pensando que para mí no rezaba aquella promesa. Quién sabe... Da tantas vueltas la vida...

Sentí un poco de frío y me arrebujé en el asiento del automotor; mis evocaciones desaparecieron volviendo bruscamente a la realidad.

¿Qué hora sería? Miré por la ventanilla. Era de noche y pude darme cuenta de que entrábamos ya en Madrid.

Unos minutos más y ya estábamos en la estación. En seguida localicé tres figuras muy queridas, mi padre, mi hermano y Guillermo.

Los contemplé con cariño.

Mi padre de elevada estatura, más bien delgado, pero no en extremo; tenía la cabeza totalmente blanca; sus ojos eran oscuros bajo unas cejas bien pobladas. En estos dos últimos detalles nos parecíamos mi padre y yo. Sus

facciones eran correctas; debió ser un real mozo en su juventud. Era enérgico e inflexible, pero con suma delicadeza en el trato.

Mi hermano se le parecía en todo, incluso en el temperamento; únicamente los ojos grises y transparentes eran de mi madre.

Guillermo difería de los dos hombres. Su estatura era corriente y poseía un cuerpo atlético. Tenía el pelo negro y ligeramente ondulado, y los ojos completamente negros, vivos y penetrantes como dos ascuas encendidas. Su boca bien dibujada, dejaba ver una doble fila de blanquísimos dientes cuando sonreía, dando un atractivo especial a su rostro.

Su temperamento era serio; no se solía turbar por nada. Era muy ecuánime; jamás obraba a ciegas, sabía lo que quería y lo buscaba a conciencia. En el trato con sus enfermos era afable y cariñoso. Comprensivo para con la flaqueza ajena, inflexible para con la propia.

Era maravilloso y me gustaba dejarme dominar por la mirada penetrante de aquellos ojos negros que yo tanto amaba.

Alcancé el estribo y salté al andén.

Rodeé con mis brazos el cuello de mi padre estampándole dos sonoros besos. Soltándome de él, repetí la acción con mi hermano y..., tuve que dominarme para no repetirlo con Guillermo, el cual sonrió malicioso ante mi repentina cortedad.

— Creí que para mí también había dos besos.

Mi padre y mi hermano rieron de buena gana y yo tuve que hacerlo con ellos.

— ¿Y mamá? — pregunté en seguida, temerosa de que no se encontrara buena, puesto que no había venido a esperarme.

— No se ha atrevido a venir porque llueve muchísimo y está la noche muy fría, pero está perfectamente de salud — fue mi padre el que contestó tranquilizándome.

— Entonces, démonos prisa porque tengo unos deseos locos de verla.

— Salgamos pues — dijo mi hermano.

Fuera nos esperaba su coche, y en un abrir y cerrar de ojos, llegamos a casa.

Corrí hacia el comedor en busca de mi madre, para comérmela a besos.

— ¿Has disfrutado, hija? — me preguntó cuando al fin pudo hablar.

— Ya lo creo, pero os echaba mucho de menos a los cuatro. No te puedes dar idea de cuánto me he acordado de vosotros.

— Bueno, tu hermano estuvo allá contigo, así es que a él no le echarías de menos — dijo mi madre.

— Sí, pero fue tan corta su estancia en Castellón, que casi no pude darme cuenta.

— ¿Y en qué han consistido las fiestas; qué has hecho? — preguntó mi padre y añadió sin esperar mi contestación —. Anda, cuéntanos todo.

— ¡Ah! imposible explicarlo así de momento, porque he danzado de fiesta en fiesta mañana, tarde y noche. Me han atendido como no tenéis idea. Y obsequios... Luego cuando abra la maleta, ya os enseñaré todo lo que me han regalado. Además, os traigo algo para vosotros cuatro — dije disfrutando ya de antemano pensando lo mucho que les iba a gustar mis regalos.

— Sácalos rápidamente, pues ya estamos impacientes — se frotó las manos riendo, Guillermo.

— Espérate un poco, porque ahora tengo que contarle a mamá muchas cosas — respondí haciéndome la remolona.

— Pregúntale, pregúntale tú a él, que también tiene para ti una sorpresa — me dijo mamá.

— ¿Sí? Dímela — quise saber, olvidándome de pronto de todo lo que pensaba contar.

— No es para dicha, sino para verla — reía malicioso — así es que si mañana vienes a dar un paseíto conmigo, lo verás.

— Eres malísimo intrigándome de esa manera, pero para que veas que no te guardo rencor, voy a sacar ahora mismo los obsequios — y me dispuse a ir a mi habitación cuando mi hermano me detuvo para decirme:

— Espera, como te conozco bien, supongo que vienes cargada como un Rey Mago y voy a ayudarte.

— Como quieras — dije y seguí andando.

Ya en mi cuarto, coloqué la maleta sobre la cama y comencé a sacar paquetes.

— Toma, ya que te has prestado a ello.

— No decía yo... — hizo una pausa para añadir acto seguido —: Recibí tu carta donde me anunciabas que tratarías de conseguir la dirección del dentista.

— Sí, sí. La conseguí, pero no me pidas que te la dé en estos momentos porque no tengo ni idea de dónde la guardé — respondí un poco nerviosa. El solo hecho de nombrar aquel asunto, tenía el poder de sacarme de quicio.

— No la necesito tampoco ahora mismo. Sólo me interesaba saber si la tenías — sonrió mi hermano al comprobar mi nerviosismo.

— No sé por qué te divierten mis malos ratos; tengo que decirte que la maldita piedra no me ha dejado disfrutar en paz de las fiestas. Siempre temía hallar alguna sorpresa desagradable — respondí en el mismo tono que antes —. Y María Lidón nada tiene que ver en esto aunque

tenga la esmeralda — insistí temerosa por su suerte.

— Nada, es verdad, si se comprueba que en realidad se la regaló el dentista — contestó mi hermano.

Me sobresalté.

— ¿Piensas que haya mentido?

— No pienso nada. Sólo deseo llegar pronto al esclarecimiento de todo. Y recuerda lo que te dije, ni una palabra a nadie.

— Descuida — dije pensativa.

Seguí sacando mis regalos y cargándolos sobre los brazos extendidos de mi hermano.

— Esto lo llevaré yo, que tú ya no puedes — sonreí —. Espera, que en el bolso traigo algo más.

Lo abrí y como quise hacerlo con una sola mano, se me cayó sobre la cama, saliéndose entre varias cosas que llevaba dentro, una fotografía de Amparo. Noté que Alberto la curioseaba con disimulo, pero nada dijo, y yo tampoco.

— Bueno, ya podemos salir. Todo está aquí.

En el comedor sonaron risas y aplausos.

Con cuidado dejé los paquetes sobre la mesa, y abarqué con cariño aquel cuadro familiar. Me sentía feliz en mi casa, rodeada de los míos, y me parece que nunca hasta entonces, me había dado cuenta de la atracción que hacia ellos sentía.

Fui repartiendo los regalos, pequeños obsequios y chucherías; cosas típicas de Castellón y su provincia, que ellos agradecieron como si se tratara de preciosos tesoros.

Luego les mostré los obsequios que me habían hecho en mi estancia en la ciudad levantina, contando toda suerte de atenciones.

Los tenía a todos pendientes de mis labios, y mamá dedujo la consecuencia de que yo debía corresponder, invitándolas a pasar unos días en nuestra finca de verano.

Por supuesto la invitación se hacía extensiva a ambas primas, Amparo y María Lidón.

Instintivamente miré a mi hermano, pero no hallé en él alteración alguna. ¿Me había equivocado cuando momentos antes creí ver interés en sus ojos al contemplar la fotografía de Amparo? ¿O es que sabía disimular ahora muy bien?

La conversación se extendió bastante, y al fin tuvimos que despedirnos de Guillermo.

Le prometí dedicarle al día siguiente cuanto tiempo quisiera, con el fin de charlar de nuestras cosas, ya que con el jaleo de la llegada, no habíamos tenido ocasión de hablar entre nosotros.

Estaba cansada pero tenía pereza de acostarme, por lo que me instalé cómodamente en la camillita junto a mi madre. Ella, llena de ilusión, trataba de hacer proyectos para el próximo verano, durante la estancia en nuestra finca, de mis dos anfitrionas. Yo, la verdad, aunque les había cobrado gran afecto, no tenía ni pizca de ganas de que vinieran.

Sentía un ligero malestar que iba aumentando según mi madre se entusiasmaba haciendo planes; nada dije, pero de pronto se me puso un nudo en la garganta y me invadieron unas irresistibles ganas de llorar.

Casi sin despedirme huí a mi cuarto para que no me notaran nada, pretextando un sueño tremendo.

Nunca me había pasado una cosa semejante. Sin duda debía ser una crisis nerviosa provocada por las zozobras y la tensión que había mantenido durante aquellos días en Castellón, por el hallazgo de la dichosa esmeralda.

XI

CONFESION DEL DENTISTA

Un rayo de sol quebrado sobre los cristales del balcón, vino a dar en mi rostro, despertándome.

Posé mis manos sobre la cara, protegiendo así mis ojos de la hiriente luz.

— ¿Qué hora debe ser? — me pregunté buscando con la mirada el diminuto y precioso despertador suizo, que tenía sobre la mesilla —. ¡Las diez ya...! — me dije con sobresalto —. ¿Cómo no ha sonado el despertador? — seguí preguntándome atónita, pero en seguida pensé que la noche anterior me acosté muy nerviosa, por lo que se me debió olvidar ponerlo en marcha. Y claro, creyéndome fatigada del viaje, no habían querido despertarme.

Me senté en la cama y paseé mi mirada por la habitación. Era sencilla, en tonos claros muy alegres, y acogedora. Por más que aquel día reinaba en ella un completo desorden.

Encima de la butaquita aparecía la maleta abierta y a medio vaciar, de ella salían dos trajes que descansaban sobre la tapa.

La mesilla de noche se hallaba abarrotada de paquetes, bolsos, guantes y una mantilla.

Sobre el tocador también había varios bultos, y, en una esquina del mismo, aparecían mis zapatillas muy bien

puestecitas. Las contemplé asombrada... Al fin reí divertida porque no recordaba haberlas colocado en semejante lugar.

Pensé que debía poner todo aquello en orden, pero primero decidí darme un buen baño para tonificar un poco mis nervios.

Salté rápida de la cama, dispuesta a terminar cuanto antes.

Cuando ya estuve arreglada y todos mis trajes colgados en sus respectivas palomillas, sonaron unos golpecitos en la puerta al tiempo que la voz de Alberto preguntaba desde el pasillo:

— ¿Estás despierta, Elena?

— Sí. Pasa — contesté.

— Creí que aún estabas en la cama — dijo mi hermano cerrando la puerta tras de sí.

— No, ya hace rato que me levanté. ¿Querías algo?

— Inquirí buscando su mirada.

— Quería la dirección del dentista amigo de María Lidón — respondió.

— ¿Qué pretendes hacer? — pregunté poniéndome en guardia.

— Sencillamente visitarlo. Tengo oportunidad de ir hoy a Valencia y no quiero desaprovecharla. ¿Cómo la conseguiste? — en la frente de Alberto había un pliegue de preocupación.

— Se la sonsaqué a la propia María Lidón con un poco de habilidad.

La busqué y se la alargué.

Alberto la cogió y sin mirarla, la guardó en su cartera; después, apoyando sus manos en mis hombros, añadió:

— Confía en mí — abrió la puerta y se marchó.

Sí, debía confiar en él, pero la realidad era que había

vuelto a mi antigua inquietud. Inquietud que me duró hasta el regreso de mi hermano.

Dos días estuvo ausente nada más, pero a mí se me antojaron siglos.

Procuré disimular para que ni en casa ni Guillermo notaran nada de particular en mí.

Y así visité la clínica de este último, y lo que debía ser nuestro hogar e intenté aturdirme ideando proyectos y más proyectos para el porvenir, que Guillermo acogía satisfecho. Una tarde al volver de unas compras, encontré en casa a Alberto. Estaba solo. Mis padres no habían regresado todavía de su habitual paseo. Esto me alegró porque me moría de ganas por saber el resultado de la gestión. Deseaba que fuera aquélla la esmeralda robada, y al mismo tiempo, lo temía con toda mi alma.

Alberto salió a mi encuentro y me abrazó cariñoso.

— Eres un magnífico detective, hermanita. Me has colocado en la auténtica pista para desentrañar el misterioso robo de la corona de la Virgen.

— ¿Luego es ésa la esmeralda? — pregunté sintiéndome desfallecer.

— No cabe duda — contestó mi hermano empujándome suavemente por un brazo —. Pasemos al despacho y te explicaré.

Entré, dejé el bolso y los guantes que llevaba en la mano, sobre la mesa, y me senté fatigada, en uno de los butacones.

Alberto ocupó otro, frente a mí, y se quedó pensativo con la mirada fija en la alfombra, como si esperara ver surgir de ella las palabras que necesitaba para comenzar su relato. Al fin levantó la cabeza y dijo:

— Te sorprenderá conocer cómo adquirió el dentista la famosa esmeralda — hizo una pausa. Yo permanecí

callada, llena de expectación... Alberto siguió —. Comenzaré por el principio. Llegué a Valencia y lo primero que hice fue buscar informes de mi personaje, cosa que no me fue difícil dado el renombre de que goza. Y así pude averiguar que se llama Jesús Royán Casares, que tiene sesenta y dos años, que lleva cuarenta de profesión, que es persona de gran prestigio, que vive sólo con su mujer porque la única hija que tiene se les casó hace un año, y que posee una gran fortuna heredada de sus padres y aumentada con su trabajo. Al día siguiente, enterado ya de cuanto deseaba, me encaminé hacia su casa con el propósito de conocerlo y de hablarle francamente del asunto, puesto que, según me habían dicho, se trataba de una persona honorable a carta cabal. Me pasaron a un saloncito recibidor lujosamente amueblado. Ya supondrás que pasé revista a cuanto allí había. Por lo que se podía apreciar, vive bien este señor y tiene buen gusto.

Mi hermano se levantó un momento para encender la luz; comenzaba a anochecer y nos estábamos quedando a oscuras.

Yo le seguí con la mirada. El, volviendo sobre sus pasos, tomó asiento de nuevo y continuó su relato:

— No se hizo esperar mucho. Cuando apareció por la puerta, me resultó una figura simpática. De mediana estatura, más bien grueso; el pelo completamente blanco y con cara bonachona en la que destacaban unos enormes ojos azules, por los que parecía asomarse su alma de niño. A pesar de haberle presentado mi tarjeta por mediación de la doncella que me abriera la puerta, volví a darle mi nombre y mi cargo. Nos estrechamos las manos y me hizo pasar a su despacho — Alberto sonrió al decirme —. No quiero detallarte su magnífico despacho estilo rena-

cimiento, porque supongo estás impaciente por llegar al final de esta historia.

Asentí con la cabeza y él continuó:

— Nos sentamos y me preguntó con afectuosa simpatía como si se dirigiera a uno de sus clientes:

— «¿A qué debo el honor de su visita?» — no creas que era fácil mi cometido y traté de escoger mis palabras para no herirle; por lo que le dije:

— Antes de exponerle el objeto de mi visita, deberé contarle una pequeña historia, con el fin de que me comprenda mejor — así lo hice y cuando llegué al robo de la corona y de la esmeralda en forma de media luna, le vi palidecer intensamente, tanto que temí se pusiera malo.

Mi hermano hizo una pausa, sacó la pitillera del bolsillo y me la alargó al tiempo que me preguntaba:

— ¿Quieres fumar?

— Sí. Gracias. Estoy muy nerviosa — tomé un cigarrillo y Alberto me ofreció fuego. Luego encendió el suyo, sacudiendo la cerilla para apagarla y la dejó en el cenicero. Echó una bocanada de humo y prosiguió:

— Aquel incidente me desconcertó por completo. Me detuve en mi relato sin saber qué pensar. Mi interlocutor recobró pronto su aplomo y me dijo esforzándose por conservar su bondadosa sonrisa:

— «Continúe, por favor.»

— Obedecí, y cuando hube terminado, a mis palabras siguió un embarazoso silencio. Yo esperaba algún comentario por su parte que me permitiera enlazar la esmeralda regalada por él a María Lidón con la corona, sin embargo, permanecía mudo, luchando interiormente. Se pasó la mano por la frente y murmuró al fin en un susurro:

— «Sería tonto ocultarlo» — levantando entonces la voz, añadió —: «Bien. Le voy a contar yo ahora otra

historia. Le ruego trate de disculpar cuanto de malo crea ver en mi proceder. ¡Si yo hubiera sospechado...!»

— Aquel preámbulo me tenía suspenso — dijo mi hermano sacudiendo la ceniza de su cigarro.

Yo contemplaba pensativa las espirales de humo del mío.

— Comprendí la violencia que le costaba al Sr. Royán su confesión e intenté animarlo con una sonrisa que recogió en seguida y me agradeció — continuó Alberto —. El, más sereno, empezó su relato:

— «Comienza mi historia hará unos tres años en Madrid... Había ido por asuntos de mi profesión. Y como siempre me he perecido por las cosas antiguas...»

— Ya he podido observar varias de ellas. ¡Verdaderas joyas! — le interrumpí deslizando mi vista por el despacho.

— «Sí. Es una afición que me cuesta mucho dinero pero que no quiero abandonar mientras pueda» — me contestó en tono más animado y siguió —. «Pues con idea de aumentar mi bonita colección, que ya le enseñaré luego, si a usted le gustan estas cosas» — asentí sin interrumpirle — «me introduje en un anticuario. Y estando curioseando entre lo que allí tenía, descubrí un pedazo informe de plata, lo tomé y pude darme cuenta de que se trataba de una aleación de oro y plata. Por mi profesión gasto mucho de estos dos metales y, pensando que del anticuario los podría adquirir a un precio apetecible, compré aquella amalgama, sin preocuparme de dónde podía proceder» — hizo una pausa el dentista para continuar de nuevo —. «Tardé casi un año en separar el oro de la plata porque tenía aún existencias. Cuando lo hice...» — volvió a interrumpirse para pasar la lengua por sus labios resecos y continuó —. «Yo soy extraordinariamente

meticuloso para mi trabajo. No suelo hacer las cosas con prisas. De ahí que antes de fundir aquella amalgama, le diera algunas vueltas examinándola detalladamente y pude darme cuenta de que la masa en cuestión, presentaba, muy disimulada, aunque no tanto como para escapar a mi inquisitiva observación, una pequeña chapita, cuidadosamente colocada. Este detalle me dejó muy pensativo. No comprendía qué era ni por qué estaba hecho, e intenté averiguarlo. Un sexto sentido me advirtió de que debía tratar aquello con suma delicadeza. Dos días me costó levantar a golpe de cincel la pequeña puertecilla» — se detuvo nuevamente. Tenía la frente perlada de sudor y la secó con su pañuelo. Yo, consciente de que estábamos llegando al momento cumbre, no osé interrumpirle en su relato. El, continuó —. «Cuando al fin lo logré, observé que bajo la planchita había una oquedad bastante regular y allí, depositada, la esmeralda de que usted me acaba de hablar.»

Mi hermano calló escrutando mi rostro para descubrir en él el efecto que sus palabras habían causado. Le miré en silencio no sabiendo qué comentario hacer. Alberto siguió al fin:

— El Sr. Royán bajó la cabeza abatido y dijo, preocupado:

— «Sin duda quien lo hizo tenía motivos suficientes para ocultar la piedra de la que, ahora lo comprendo claramente, no podía deshacerse vendiéndola, por temor a ser descubierto.» — hizo una nueva pausa como si tratara de encontrar la fórmula que disculpara su modo de proceder; por fin añadió torpemente —: «Sé muy bien que usted se estará preguntando ahora, por qué no lo comuniqué a la policía. No sé... Me entró un miedo absurdo a verme metido en algún jaleo... Yo he sido siempre una persona pacífica..., enemigo por completo de conflictos...

Además... No creo que haya ningún artículo en el Código que prohíba comprar lo que a la clara luz del día, se vende en una tienda garantizada y con visos de legalidad» — hablaba nervioso como si pretendiera defenderse de una supuesta acusación mía.

— En eso tiene razón — afirmé yo para animarlo —. El, un poco más sereno, continuó:

— «Cuando la compré no me preocupó su procedencia porque no supuse que fuera producto de un robo. Y cuando vi la esmeralda quise devolverla al anticuario, pero luego pensé que tampoco debía estar él enterado de la existencia de aquella piedra y, por lo tanto, no le pertenecía. ¿Qué hacer...? Sostuve una lucha con mi conciencia entre quedármela o dar parte a la policía de semejante hallazgo, al final de lo cual, decidí quedármela y no decir nada por miedo a verme mezclado en un lío, que me horrorizaba.»

— Desde luego — comenté espiando sus menores gestos. Quería ver su reacción —, el hecho de aparecer el oro y la plata mezclados, ya era por sí sólo sospechoso, porque forzosamente, había de venderse a peso y el valor de ambos no es el mismo. No es lógico pues, que un legítimo dueño comercie tan al tun tun, con lo suyo, por muy acuciado que se vea por la necesidad, y mucho menos, esconder en la aleación que ha formado para vender, una esmeralda de incalculable valor, como lo es la que usted encontró, cuando ella sola, le hubiera proporcionado una fuerte suma.

Alberto, mientras hablaba, aplastó la punta de su cigarrillo en el cenicero, poniendo, al parecer, toda su atención en ello.

— «Está usted cargado de razón» — me dijo el Sr. Royán preocupado —, «pero no puedo darle otra explicación de

mi manera de obrar. Sólo cuando vi la esmeralda se hizo luz en mi mente y comprendí, instantáneamente mi equívoco. Mas... me faltó el valor para afrontar la situación y, temeroso, la escondí como esconde el niño lo que ha roto, por miedo al castigo.»

— ¿No llegó entonces a sus manos ningún periódico que hablara del robo? — quise saber, interrumpiendo a mi hermano.

— Esa misma pregunta le hice yo — dijo Alberto — y me contestó que no suele leer más que la prensa local y ésta no todos los días a causa de su muchísimo trabajo. Luego me comunicó que la esmeralda la tuvo guardada hasta este año que la regaló. Yo le salí al paso diciéndole:

— La regaló usted a la Reina de las Fiestas de Castellón.

— «¿Cómo lo sabe?» — preguntó lleno de asombro.

— Porque se la vi engarzada en su peina cuando la lució, vestida de castellanera — le contesté.

Y al decir esto, mi hermano escrutaba mi rostro.

Yo sonreí aliviada mientras él me decía:

— ¿Creías que te iba a descubrir?

— No, no — me apresuré a responderle.

Alberto siguió contándome su entrevista:

— «¿Y esa señorita sabe...?» — inquirió el dentista.

— Ni media palabra — le contesté yo y añadí sencillamente. —: Estaba contentísima con su regalo y lo mostraba a todos con la mayor naturalidad del mundo. — El Sr. Royán tuvo que secar de nuevo el sudor de su frente diciendo:

— «Vaya papeleta la mía. Ahora tendré que poner en antecedentes a su actual propietaria y reclamarle la... esmeralda.»

— Creo que eso sería lo más conveniente para usted,

sin embargo, no debe hacerlo hasta que reciba órdenes.
¿Me comprende?

— «Sí, ustedes deben tomar sus precauciones antes
¿no es eso lo que quiere decir?»

— Exactamente.

Preocupada dije tomando entre mis manos la mano
de Alberto:

— ¿Crees que le pasará algo a María Lidón?

— En absoluto. Ella es ajena a toda culpabilidad. Ahora
que, si se puede identificar la esmeralda, se verá obligada
a devolverla. Ese es el único daño que puede recibir, la
pérdida de la piedra.

— ¿Y el Sr. Royán? — volví a preguntar. Me había
resultado simpático a través del relato de mi hermano
y temí por su suerte.

Alberto encogió sus hombros antes de responder:

— Presumo que me ha dicho la verdad. Si es así, la
Ley no puede castigarlo. El anticuario donde adquirió el
oro y la plata, es una tienda garantizada y que se halla
matriculada para esta clase de ventas. El pagó el precio
estipulado por aquella amalgama y se la llevó. Que más
tarde, al separar los metales, tropezó con la esmeralda,
era simplemente un hallazgo.

— Pero él supuso que aquello no podía tener una pro-
cedencia legal. No es normal esconder una piedra dentro
de oro y venderlo por el solo valor de éste, como si la
piedra no existiera — al hablar así, pensaba yo en las
palabras que me dijera el sacerdote cuando, atormentada
por ciertos remordimientos, fui a consultarle si estaba o
no obligada a confesar que había visto la esmeralda y
conocía el lugar donde se encontraba.

— Eso es ya solamente caso de conciencia — contestó
mi hermano, poniéndose en pie.

— Pues a mí, aquel sacerdote, me dijo que si callaba, en cierto modo me hacía cómplice del robo...

— Aquel sacerdote — me interrumpió Alberto, apoyando sus manos en mis hombros — no hizo más que presionarte para obligarte a que me dijeras lo que sabías. Quizás exageró un poco. Pero de todas formas, tu caso no era el mismo que el del dentista. Tú conocías el robo sacrílego de una corona en la que iba engarzada una esmeralda nada común y por lo mismo, fácil de identificar. ¿Recuerdas que me preguntaste si era posible hallar otra igual?

— Sí, y me contestaste que no.

— Luego ésta debía ser sin duda, la robada. En cambio, el Sr. Royán no sabía que se hubiera robado nada, ni tenía tampoco noticias de la existencia de semejante piedra. El hallazgo pudo parecerle en verdad, raro, pero..., ¿se trataba realmente de un robo?... Pudo ser... hasta el capricho de un neurasténico.

— Tienes razón — convine vencida.

Mi hermano sonrió dándome una palmadita cariñosa en la mejilla al tiempo que decía:

— No te atormentes más por aquéllo, sencillamente cumpliste con tu obligación.

Le miré aún con angustia. El todo lo encontraba muy fácil, extremadamente fácil; en cambio, a mí se me hacía una montaña; sobre todo ahora que al parecer, no cabía duda ya sobre la identidad de la esmeralda. Temía por el resultado de los acontecimientos.

Comprendía que mi hermano estaba en lo cierto y que mi miedo era completamente pueril. Además, ante la realidad, no cabía más que una forma de afrontar los hechos, y esta forma era la adoptada por Alberto. Conocía su carácter inflexible y sabía que no antepondría nada al cumplimiento de su deber.

El brillo acerado de su mirada me hizo estremecer. El acostumbraba a llegar en todos sus asuntos hasta el final. Tenía una voluntad de hierro, por eso estaba segura de que llegaría a desentrañar el misterioso robo. Y, si esto ocurría, pese a quien pesare, la «Gran Esmeralda» volvería de nuevo a su sitio.

La voz de mi madre sonó en el pasillo. Me levanté para salir a su encuentro. Recogí mis paquetes y me dirigí hacia la puerta; ya en ella, me volví para mirar una vez más a mi hermano. Se había sentado en su sillón de trabajo y escribía rápido. Seguramente estaba tomando notas y apuntes, dispuesto a no perder ni un minuto de tiempo.

Di un suspiro y cerré con cuidado la puerta.

XII

EL ANTICUARIO

Mayo había llegado exuberante, cubriendo los campos y los jardines con la policromía de sus flores. Por todas partes olía a primavera.

Todo parecía sonreír, cobrar vida en aquella mañana radiante de sol.

Para mí, éste era el tiempo más bonito de todo el año. Me fascinaba el azul fuerte del cielo y el beso de aquellos finísimos rayos que caían, como un regalo precioso de lo alto, cubriéndolo todo con sutil capa de oro.

Pero me hubiera gustado muchísimo más, disfrutar de esta hermosa mañana en pleno campo, corretear con Guillermo y reír, respirar toda la plenitud de vida que emanaba del ambiente y de las cosas. Y al fin, tumbarme rendida en la hierba, dejándome acariciar por la brisa y el sol. Contemplar el acompasado cimbreo de las elevadas copas de los árboles, en un vano intento de besar el cielo.

Sin embargo, nos encontrábamos Guillermo y yo, frente a frente, en una mesita del Castellana Hilton, tomando pausadamente nuestro aperitivo.

El elegante salón se hallaba extraordinariamente concurrido.

No era éste precisamente, el lugar que nos gustaba frecuentar. Preferíamos cualquier otro salón de menos

renombre, donde pudiéramos gozar un poco más de paz y soledad.

Pero el lujoso hotel se hallaba muy cerca de la Clínica de Guillermo, y ésta era la circunstancia que nos había traído hasta él.

En ella habíamos pasado gran parte de la mañana, por lo menos yo, Guillermo solamente los ratos que le dejó libre su profesión.

La Clínica estaba ya completamente terminada y al día siguiente iba a ser su inauguración.

Todo llega, me dije. Pensaba en la gran ilusión del joven doctor. Era un sueño largo tiempo acariciado, que se había convertido ya en realidad.

La voz de Guillermo me sacó de mi abstracción.

— ¿En qué piensas? — me preguntó.

Lo miré para contestarle con sencillez:

— En ti.

— ¡Elena! — dijo en un susurro.

Su mano fue a apoyarse en la mía que descansaba quieta, sobre el mantel. Sus ojos penetrantes estaban fijos en los míos en muda adoración.

— Es maravilloso pensar que mañana inauguras al fin tu Clínica — sonreí.

Guillermo presionó cariñosamente mi mano entre las suyas.

— Más maravilloso me parece a mí pensar que mañana colocaré en este brazo, una pulsera de prometida.

Instintivamente dirigí mi vista hacia mi mano prisionera. Guillermo volvió a decir con fascinación:

— Serán dos recuerdos inolvidables; por eso he querido unirlos en una misma fecha.

— ¡Guillermo! — susurré con voz queda.

Me sentía ganada por aquel hombre noble que se había

adueñado por entero de mi voluntad. Era digno de todo mi cariño. Había sufrido mucho y merecía tener suerte en la vida.

Siendo muy pequeño perdió a su padre; ya entonces, manifestó la entereza de su carácter. A pesar de su corta edad, comprendió el dolor y la soledad de su madre y trató de aliviarla cuanto pudo.

Vivió enteramente consagrado a ella y a sus estudios, los que realizaba con verdadera vocación. El último año de su carrera recibió un telegrama anunciándole la gravedad de su madre. Abandonó inmediatamente Madrid, pero cuando llegó al pueblo, ésta había muerto. Triste volvió otra vez a la Facultad. Su madre le había dejado dueño de varias fincas que constituían una bonita fortuna. Pero se encontraba terriblemente solo. Fue entonces cuando conoció a mi hermano.

Al terminar la carrera, una idea había tomado cuerpo en su mente; vendió todas sus fincas y compró el solar donde, más tarde, pensaba levantar la Clínica. Cosa que realizó en cuanto regresó de América, donde había ido a ampliar sus estudios.

Así pues, la Clínica venía a inaugurarse cuando el Dr. Santamaría era ya famoso en toda España y en el extranjero.

Precisamente éste era el nombre que campeaba en el frontis del edificio «Santa María». Aunque él aseguraba que no lo había colocado solamente porque fuera su apellido, sino porque, desde niño, sentía gran devoción por la Virgen, y quería ponerla bajo su amparo.

Aquella idea me emocionó, como me emocionaban todos y cada uno de los detalles que iba descubriendo en el hombre que amaba.

— ¿Eres feliz? — me preguntó Guillermo bajito.

— No puedes imaginarte hasta qué punto — contesté mirándole.

Sonrió mostrando sus blanquísimos dientes, y, de pronto, se puso serio para decirme en un tono grave que me hizo estremecer:

— Elena, tú lo eres todo para mí, no tengo otro cariño ni otra familia. En ti he concentrado todo mi amor, mi carrera, mi vida, mi porvenir; todo está forjado en ti y a través de ti. Necesito que sepas cuánto significas para mí y hasta qué extremo te amo — hablaba lentamente, poniendo el alma en cada una de sus palabras.

Bajé la cabeza confundida. Conocía perfectamente a Guillermo y sabía que había sido siempre austero consigo mismo. Yo era su primero y único amor. Dedicado exclusivamente al estudio. Y al fin, su tesón y su aguda inteligencia, le habían llevado a conquistar un elevado puesto en el mundo de la ciencia. Cuanto era pues, y cuanto valía, me lo ofrendaba como rendido homenaje, con la sinceridad de su corazón noble.

Poniendo su índice bajo mi barbilla, me obligó a levantar la cara y sus oscuras pupilas se hundieron en las mías, penetrando hasta mi alma.

— ¿Qué te pasa, Elena? — preguntó alarmado, al ver mis ojos empañados.

Lo tranquilicé con una sonrisa, al tiempo que murmuraba:

— Me ha emocionado lo que me acabas de decir y... temo no saber corresponder a tu amor como tú mereces.

Sin apartar su mirada de la mía, se llevó a los labios mi mano que aún tenía prisionera entre las suyas.

— Me basta ver esta emoción en tus ojos para sentirme recompensado y correspondido — había fuego en sus palabras. Hizo una pausa y continuó luego —. ¡Pequeña!...

La voz de mi hermano le interrumpió, volviéndonos a la realidad.

— ¿Estorbo?

Fue Guillermo el primero en responder. Se puso en pie y le ofreció una silla que por mera casualidad se hallaba vacía junto a nosotros.

— Nada de eso. Siéntate.

Alberto tomó asiento, depositando un paquetito sobre la mesa.

— ¿Nos buscabas o te ha traído el azar? — quise saber sin perder de vista el paquete.

— Pues..., sí y no.

— ¿En qué quedamos? — rió Guillermo.

— Seré más explícito. Como terminé pronto mis quehaceres, me encaminé a la Clínica por si aún os encontraba en ella. Quería ver cómo había quedado todo aquello en vísperas de su inauguración; pero el portero me avisó que hacía ya un rato que os habíais marchado. Por ello desistí de mi intento y volví sobre mis pasos. No tenía rumbo fijo y al fin decidí meterme aquí con idea de tomar algo, y mi sorpresa ha sido descubriros al entrar.

— Siento que no nos encontraras en la Clínica. Me hubiera gustado enseñarte con tranquilidad los aparatos y el instrumental que desembalamos ayer. Y los tres quirófanos que están ya totalmente montados.

— Con esa idea iba porque sé que has colocado los últimos adelantos en cirugía.

El joven doctor sonrió satisfecho al preguntar:

— ¿No crees que he hecho bien?

— Desde luego — dijo Alberto volviéndose para pedir un martini al camarero que se había acercado solícito.

— Si quieres, esta tarde puedes venir; nosotros estaremos allí. Falta arreglar todavía la capilla — mientras esto

decía, volví a fijar mi insistente mirada en el paquetito que permanecía sobre la mesa.

— Es una magnífica idea — aprobó Alberto y añadió dando una entonación maliciosa a su voz —. Apostaría cualquier cosa a que estás intrigada por el paquetito.

— No... — contesté evasiva.

Las pupilas grises, de un gris casi transparente de mi hermano, reían con un dejo de ironía.

— ¿No lo has observado tú, Guillermo? Desde que entré no ha dejado de dirigirle miradas inquisitivas.

Reímos los tres.

— Pues te equivocas — dije yo al fin —. No es curiosidad lo que me obliga a mirarlo; sin temor a equivocarme, podría decirte de dónde procede.

— ¿De veras? — preguntó divertido mi hermano.

— De tu... amigo el anticuario.

— ¿Sabes que eres el mejor detective que me he echado a la cara? De allí efectivamente procede. Pero me he dado cuenta de algo muy curioso. Antes, apenas nombraba este asunto te ponías nerviosa y llena de inquietud; ahora, no sé qué ha cambiado en ti, que hablas de ello con la mayor naturalidad e incluso eres tú quien lo sacas muchas veces, a colación.

Antes de responder fijé mis ojos confiados, en las negras pupilas de Guillermo que me contemplaban cariñosas.

La intuición de Alberto pescó al vuelo esta mirada, y dijo sin dejarme hablar:

— Ya comprendo. Si yo llego a sospechar que el confiarte a tu novio iba a devolverte la paz, te levanto la veda antes. ¡Oh misterioso poder el del amor! — terminó con énfasis.

Sentí que enrojecía tontamente hasta la raíz del pelo.

Guillermo apoyó su mano sobre la mía presionándola suavemente, y, dirigiéndose a mi hermano, desvió un poco el rumbo de la conversación.

— ¿Has averiguado algo más?

— Nada nuevo — contestó Alberto ya en tono serio. Sus pupilas se tornaron más aceradas al afirmar —: No quiero darme por vencido. Tarde o temprano he de dar con él.

— Entre tanto, vas a terminar con la tienda de antigüedades íntegra en tu casa — dijo Guillermo viendo que Alberto se decidía a desenvolver el paquete —. Me temo que su dueño te está explotando de mala manera.

— No lo creas. Se trata de una bellísima persona — dijo, sacando del papel una preciosa y diminuta figurilla de plata cincelada.

Era una damisela vestida de antigua, con una sombrillita abierta. La sombrilla imitaba un puro encaje.

Alberto me la alargó mirándome un poco compungido, por el mal rato que me había hecho pasar momentos antes.

— La compré para ti.

La tomé agradecida, pero en seguida le reconvine:

— Guillermo tiene razón al afirmar que tu amigo te está explotando.

— No, no es él. Soy yo el que compro algo siempre que voy a visitarlo. No quiero que sospeche — se detuvo para beber un sorbo de su martini, y como observara los ojos de Guillermo y los míos clavados en él, llenos de dudas, dijo, conservando el vaso en la mano y fijando al parecer, su atención en las irisaciones que producía la luz al chocar con el cristal —. Confieso que cuando fui por primera vez tomé mis precauciones. La callecita donde se halla instalado el anticuario, y el aspecto sombrío de

la tienda, no eran ni mucho menos tranquilizadores. Lo mismo podía ser la humilde dependencia de una buenísima persona como un antro — hizo una pausa, depositó su vaso en la mesa y continuó aún pensativo —. No me di a conocer, como es natural. Me fingí un entusiasta de antigüedades y compré algunas cosillas. Así hice varias visitas al anticuario.

Guillermo y yo escuchábamos en silencio. Alberto fijó en nosotros sus pupilas aceradas.

— Entre tanto — continuó — adquirí cuantos informes necesitaba acerca de sus dueños, un matrimonio de avanzada edad; de tradicionales costumbres. Muy simpático, por cierto. Nada que levantara la más leve sospecha. Esto me puso un poco de malhumor porque suponía que la cadena no terminaba aquí, sino que había nuevos eslabones que yo desconocía.

Guillermo sacó la pitillera de plata con iniciales de oro, que yo le regalara para su santo; le ofreció un cigarrillo a mi hermano, después tomó él otro.

Alberto le dio fuego y encendió seguidamente el suyo; echó una bocanada de humo y prosiguió:

— Poco a poco me gané la confianza de los viejecitos, hasta que, al final, cuando creí llegado el momento oportuno, les hablé de la aleación.

— ¿Les hablaste también de la esmeralda? — quise saber en el colmo ya de la intriga.

— No. No me interesaba darme a conocer y sólo nombré la masa informe de oro y plata, comprada por un dentista amigo mío, en el anticuario, y les manifesté el deseo de adquirir otra en iguales condiciones, si era posible y si se presentaba ocasión de proporcionármela.

— No está mal ideado el truco — comentó Guillermo, interesado por la narración de mi hermano.

Este siguió:

— De momento no recordaban haber vendido semejante aleación pero después de recapacitar un poco, el viejecito recordó al fin, haberla vendido a los dos días justos de adquirirla — Alberto sacudió la ceniza en el cenicero y dijo —: Comencé a animarme porque, al parecer, estábamos llegando a donde yo quería.

— ¿De quién la adquirió? — pregunté sin poderme contener.

— No seas impaciente; a su tiempo lo sabrás — respondió mi hermano con una sonrisa —. ¿Piensas que no voy a decírtelo después de que has sido tú la que me proporcionaste la verdadera pista?

— Creo que si no hubiera ido yo a casa de María Lidón, seguramente hubieras descubierto tú la esmeralda.

— O no. Lo más seguro es que me pasara desapercibida. Los hombres no somos tan detallistas ni tan intuitivos como vosotras las mujeres.

— Bueno, no te andes con divagaciones y cuéntanos de una vez cómo fue a parar la aleación con la esmeralda a tus buenos amigos.

— Lo vas a saber muy pronto. Una tarde, cuando ya se disponían a cerrar la tienda, penetró en ella un hombre alto; llevaba un abrigo raído e iba mal calzado. Su rostro sin afeitar, por lo menos desde hacía ocho días, presentaba un aspecto algo enfermizo. Cercados de grandes ojeras, aparecían unos ojos claros, azules, para ser más exactos. Su pelo era rubio. Parecía extraordinariamente viejo, sin embargo, el dueño del anticuario asegura que la segunda vez que lo vio, no le pareció tan viejo, ni mucho menos.

— ¡Ah! ¿Pero ha ido más veces? — preguntó Guillermo adelantándose a mi propia exclamación de sorpresa.

— Por lo menos dos veces más.

— ¿Y no sospechó nada anormal tu viejo amigo? — esta vez fui yo la que le dirigí la pregunta comida materialmente, por la curiosidad.

— No lo sé. Nada le pregunté a ese respecto. Ten en cuenta que yo no he dado a conocer mi verdadera personalidad ni las intenciones que me llevan a frecuentar aquella tienda — aclaró Alberto y siguió ante el silencio de Guillermo y mío —. El hombre en cuestión, depositó un paquete que llevaba en la mano. Lo desenvolvió y apareció la famosa aleación de oro y plata. Acariciándola con ademán lastimero, le contó una enternecedora historia. Se había arruinado por un trágico azar. Intentó colocarse para mantener a su madre con la cual vivía, pero no tuvo suerte y no encontró nada digno. Entre tanto, se comieron lo poco que les quedaba. Ahora su madre se hallaba enferma; tenía que alimentarla y comprarle medicamentos costosos y había tenido que recurrir a vender algo de lo cual no hubiera querido desprenderse nunca. Se trataba de unos cubiertos de oro y plata, heredados por su madre bastantes años atrás. Una herencia en verdad valiosa, pero inútil, puesto que su madre nunca los quiso vender ni empeñar, y los cubiertos no les sacaron de apuros. Ahora, cuando se veían acuciados por la necesidad, sin otro recurso, al fin había decidido venderlos, pero con la condición de que fueran fundidos antes; pensaba que así le iba a costar menos sacrificio deshacerse de ellos. De ahí la circunstancia de que apareciera el oro y la plata juntos.

— ¡Qué cinismo! — dije indignada.

— ¿Y el bueno del anticuario se tragó semejante bulo? — fue Guillermo quien preguntó ahora.

— Por lo visto. Está acostumbrado a tratar con ven-

dedores excéntricos. De cada uno de los objetos que tiene allí, podría contar una historia fabulosa.

— A mí me parece pues, increíble que habiendo escondido la esmeralda dentro de la masa informe, se atreviera a volver luego sin temor a que la hubieran descubierto — comenté perpleja ante semejante hecho.

— Tienes razón, hermana, sin embargo así fue; esta vez llevando unos objetos de arte, que también le vendió.

— Estoy por creer que va a la tienda cada vez que se queda sin dinero — dijo Guillermo.

— Exacto, porque volvió una tercera vez con unos cuadros.

— ¿Y de dónde sacará todo eso?

— Seguramente producto del robo como la corona que fundió.

— ¿Crees que volverá otra vez? — pregunté de nuevo.

— No cabe duda. Los reincidentes en el delito caen todos en el mismo fallo. A medida que van cometiendo crímenes y no son descubiertos, una especie de seguridad en sí mismos les invade y acaban por descuidar detalles, su misma seguridad les pierde.

— Y tú estás esperando a que el misterioso desconocido cometa su fallo — dijo Guillermo, comprendiendo en aquel momento la insistencia de mi hermano en sus visitas al anticuario.

— Exactamente.

— Me parece muy difícil que coincidas con él. Incluso ahora mismo puede ir a la tienda de antigüedades mientras tú estás aquí con nosotros — aventuré yo.

Alberto sonrió al oír mi ingenua salida.

— No te preocupes, tengo tomadas mis medidas — calló unos instantes. Luego, pensativo, dijo —: A juzgar por lo que le pagó el anticuario, según he podido averiguar,

y por lo que ha tardado otras veces en acabar con el dinero, calculo que no se hará esperar mucho.

Miré con interés a mi hermano. Le adivinaba embebido en aquel caso que con tanto empeño intentaba desen- trañar.

Era ya cuestión de amor propio para él, y sabía que no cesaría hasta dar con el autor del robo y saber con certeza que, efectivamente, la piedra hallada era la Gran Esmeralda.

Cuando el Juzgado le dio carpetazo al asunto, se indignó pareciéndole que se habían dado por vencidos demasiado pronto. Constancia quieren las cosas, se decía él, y este método no solía fallarle nunca.

Alberto, echándole una ojeada a su reloj, se puso en pie advirtiendo:

— Es demasiado tarde y creo que debemos volver a casa.

Guillermo y yo le imitamos en silencio.

Salimos sorteando las mesitas de la elegante sala, pero yo no miraba a nadie, fija mi atención en Alberto que caminaba delante, mientras en mi cabeza martilleaba incesantemente una frase:

¡No se hará esperar mucho...! ¡No se hará esperar mucho...! ¡No se hará esperar mucho...!

XIII

INAUGURACION DE LA CLINICA

«Oh Dios, que santificas los lugares dedicados a tu nombre, derrama tu gracia sobre esta casa de oración: para que sea sentido el auxilio de tu misericordia por todos los que invoquen aquí tu nombre.»

Estas habían sido las palabras del sacerdote que oficiaba cuando bendijo la capilla de la Clínica.

Sentí que se me humedecían los ojos. La inmensidad de aquel momento me llenaba de emoción.

Comprendía perfectamente lo que esto significaba para Guillermo. Era la coronación de la obra a la cual había consagrado toda su vida. El premio a su esfuerzo.

En aquella grandiosa Clínica, a la sombra del Sagrario, pensaba devolver la felicidad y la alegría a la humanidad doliente.

Conocía su carácter y sabía que era una fuerte vocación la que le había llevado a estudiar su carrera. Y a ella se entregaba en cuerpo y alma.

Me hacía cargo de lo que yo debía ser en su vida de trabajo austera e inflexible. Y pedía a Dios con todo mi corazón, me diera la gracia suficiente para desarrollar mi papel de esposa de aquel hombre que El me había asignado. Debía ser como un remanso de paz para su alma. Debía encontrar en mí a la compañera ideal y cariñosa,

que ve fácil la solución de todo problema; que sabe dar sin exigir. Esa confidente discreta que sabe escuchar y comprender; siempre dispuesta a dar aliento. Algo así como una tranquila playa, donde las encrespadas olas pierden su violencia para deslizarse sobre ella, con suavidad de caricia.

Yo pedía a Dios con fervor, su bendición para nosotros, convencida de que en aquellos momentos solemnes, iban a tener más eficacia las palabras del sacerdote.

«... Derrama tu gracia sobre esta casa de oración: para que sea sentido el auxilio de tu misericordia por todos los que invoquen aquí tu nombre.»

Pensaba ir allí a invocarlo muchas veces, para que pusiera luz en nuestras mentes y conservara puros nuestros corazones, siempre con la mirada puesta en El para no errar el camino.

Allí estaba también sobre el Altar, la Medianera de todas las gracias, la dulce Madre, dispuesta a recoger benévola, las súplicas para presentárselas a su Hijo. Me estremecí. Cada día me sentía más llena de fervor mariano. Este fervor me lo había transmitido Guillermo. ¡Cuántas cosas buenas había aprendido a su lado!

Junto a él sentía como un estímulo, un afán de superación porque era noble y bueno, pero con esa bondad sencilla del que sólo busca a Dios.

Rápidamente enjuagué una lágrima que resbalaba por mi mejilla. No quería dejar traslucir mi emoción. Terminaba la misa e iba a procederse inmediatamente a la Entonización del Corazón de Jesús.

Ya la Hermana sacristana nos iba proveyendo a todos, de un cirio para la procesión; ésta se organizó en la misma capilla y fue recorriendo las salas y quirófanos de la Clínica. Abría la marcha la Comunidad de Monjas Seglares

que había llegado la víspera por la tarde, para hacerse cargo del cuidado de los enfermos, así como de la ayuda en los quirófanos en calidad de enfermeras. Sus tocas blancas ponían una nota dulce y tierna en el ambiente. Tras ellas, seguían los invitados y autoridades. En último término, mis padres, Guillermo y yo, junto al sacerdote.

Me sentía feliz entre aquellas paredes que yo consideraba mías, pues Guillermo había querido consultármelo todo antes de realizar nada.

Cuánto habíamos trabajado en las últimas semanas comprando vasos sagrados y ornamentos litúrgicos para la Capilla. Adquiriendo ropas y enseres para la Clínica. Cuánto cariño y afán habíamos puesto en ello, y ahora, completamente montada, no le faltaba el menor detalle. Todo había sido puesto a cargo de las monjitas, quienes lo cuidarían con gran esmero.

Desde el primer momento que las vi y cambié con ellas unas palabras, me encantaron. Eran jóvenes y muy dispuestas. No cabía duda pues, de que todo marcharía sobre ruedas. Así lo merecía Guillermo y así lo deseaba yo con todo mi afán.

Terminado el acto, se sirvió un desayuno en una de las salas previamente dispuesta a tal efecto. En el transcurso del cual tuvo que hablar Guillermo, haciendo la presentación de su obra y exponiendo su criterio y planes para el mejor funcionamiento de ésta. Dijo también que iba a recibir sus primeros enfermos a las doce de aquella mañana.

Al discurso del joven doctor, siguieron comentarios de elogio y aprobación.

— Mi afán no es el lucro — había dicho —. Si alguna vez llama a esta puerta alguien con necesidad de intervenir y no tiene medios para costearse su estancia,

también será recibido y atendido. Mi deseo es ayudar mientras pueda, a todo el que de veras lo necesite. Entiendo que esta profesión nuestra de médicos, tiene una misión sagrada que cumplir en el mundo. A ella me he dedicado con verdadero celo y pienso seguir dedicándome hasta que muera. Si en mis manos está la salud de la humanidad, quiero repartirla con profusión y sin medida.

Su mirada profunda parecía perderse en el espacio. No había altivez en su postura, simplemente hablaba la sinceridad y la nobleza de un corazón que se afanaba por todo el que sufre.

Sus ojos adquirieron una expresión simpática y agradecida al escuchar los aplausos que cerraron su discurso. Estaba contento porque ello significaba la aprobación y el apoyo a su gran obra.

— Y diga usted, Dr. Santamaría ¿son muchos los enfermos que llegan hoy a su Clínica? — preguntó un médico joven que se sentaba junto a mi hermano y que debía ser especialista en niños.

— Tres solamente — le respondió Guillermo —. Sin embargo, tengo operaciones señaladas para todos los días de esta semana y de la que viene.

— ¿Trabjará usted solo?

— Depende de la intervención que se haya de efectuar. Cuento con seis médicos ayudantes, con los que pienso establecer un turno de guardia. Además, cuantos doctores deseen operar en mi Clínica, pongo los quirófanos y el instrumental a su disposición.

— Esto supone para nosotros una gran ventaja que gustosos aprovecharemos — terció otro doctor.

Yo seguía atenta el hilo de la conversación, cuando la señora que estaba sentada a mi lado, una amiga de mi madre de toda la vida, se volvió para preguntarme:

— ¿Os casáis pronto?

— Para el otoño, aunque no hemos señalado todavía la fecha exacta — sonreí.

La señora era algo gruesa; llevaba un traje estampado en oscuro y un sombrero de paja blanco. Mis ojos se fijaron en el magnífico collar de perlas que circundaba su cuello. Hasta aquel momento no había reparado en él.

— Bonita época para casarse. Me han dicho que vais a vivir en la misma Clínica. ¿Es eso cierto? — tornó a preguntar la señora con interés.

— En la misma Clínica, no — me incliné hacia adelante para ver mejor a través del ventanal —. ¿Usted ve aquel pabellón que hay en el extremo del jardín?

— Sí.

— Ese va a ser nuestro hogar, por lo menos por ahora mientras seamos jóvenes; esa es la ilusión de Guillermo y la mía. Cuando seamos viejos... — volví a sonreír ante aquella idea todavía muy lejana — Dios dirá.

— Parece enorme — dijo la señora que seguía contemplando el edificio.

— Sí, es muy grande. Además tiene salida independiente, que no deja de ser una gran ventaja. Su garaje particular, y el jardín separado por una verja, del resto. Tiene una puerta de comunicación para mayor comodidad de Guillermo — disimuladamente seguí mirando el collar. Era precioso, de tres vueltas, y pensé que me hubiera gustado poseer uno igual.

— Vuestra idea ha sido magnífica; estando junto a la Clínica, al mismo tiempo os encontráis completamente independientes.

La señora era muy simpática, y su trato muy agradable. Sus ojos azules, casi transparentes, me miraban con dulzura mientras me decía, apoyando su mano sobre la mía:

— Has tenido una suerte inmensa — el comentario de la señora había sido quedo, casi más para sí que para mí.

— Tiene razón. Guillermo es buenísimo. No se puede pedir más — contesté sin disimular mi entusiasmo.

— Tú también lo eres — golpeó suavemente mi mano.

— No... no, qué va — me apresuré a decir, y es que me sentía incómoda si alguien me adulaba.

— Sí, sí lo eres. Sin embargo, hay algo que quisiera decirte... Perdona que te hable así, hija mía, mis canas creo que me autorizan a ello — dio un leve suspiro.

Yo sabía por mi madre que no había sido muy feliz en su matrimonio. Tal vez esta circunstancia la llevaba ahora que era mayor y viuda, a dar consejos a todo el mundo sobre la felicidad conyugal. Pensé que iba a hacer lo mismo conmigo, y me dispuse a escucharla benévola-mente. Ella continuó con un dejo de nostalgia:

— Procura conservar esta suerte todo lo que te resta de vida. Ya sabes que de la mujer depende siempre el éxito del matrimonio. ¿Comprendes?

Yo asentí con la cabeza. Me acordaba de los pensamientos que momentos antes habían acudido a mi mente en la capilla.

— Cuántas mujeres — siguió la señora — son unas desgraciadas y hacen de su matrimonio un verdadero fracaso porque no van preparadas a él. Se cree que el matrimonio es solamente una hermosa cadena de flores, y bajo de éstas, se hallan escondidos los eslabones de hierro. Mutuo cariño, mutua comprensión, pero la mujer ha de añadir a esto un mundo de abnegación. El marido es la cabeza, pero la mujer es el corazón, por lo tanto, ha de mantener siempre encendida la hoguera de este fuego sagrado.

Sonreí.

Y la señora, ante mi sonrisa dijo:

— Pensarás que te hago unas recomendaciones que te sabes de memoria ¿no?

— No lo crea. Pienso que sus consejos me servirán de mucho. Estas cosas nunca viene mal oírlas — me apresuré a decir.

— Puesto que lo deseas, seguiré — hizo una pausa para continuar inmediatamente —. Por ejemplo, es una equivocación la de la mujer que espera siempre la llegada del marido para hacerle una relación completa y detallada de todos los pequeños trabajos, tragedias y contrariedades ocurridas en el transcurso del día, incluyendo que está terriblemente cansada y, en algunas ocasiones, de un humor insoportable. Con ello no contribuye más que a hacerle desagradable al marido su llegada a casa y conseguir que en vez de desearla, la retarde. Por el contrario, debe esperarle feliz por su llegada, siempre nueva en su cariño, dispuesta a escuchar comprensiva, si él le hace confidencias, sus pequeños o grandes conflictos y a darle ese consuelo que hubiera deseado para ella. No quiere decir esto que el hombre sea egoísta, hablo en general. Dios ha hecho las cosas así y a la mujer le ha dado una capacidad enorme de sacrificio, de abnegación. Es feliz dando ¿no es verdad?

— Sí, sí que lo es.

— Se debe dejar que el marido ocupe el lugar que le corresponde en la casa. Hay algunas marimandonas que lo anulan por completo como un cero a la izquierda. Les consideran como un ser desmañado, torpe, que no sirve para nada; sin embargo, ellas se creen suficientes e infalibles.

Me reía de buena gana.

— ¿Te hace gracia cuanto te digo? Pues ésta es la tragedia de infinidad de matrimonios. Más de los que crees.

Ella es la señora, desde luego, con todos los derechos. Pero no hay que olvidar que él es el señor. ¡Ah! Y aunque su capacidad sea extraordinaria, debe guardar siempre un rinconcito de ignorancia donde el marido sea allí el maestro — hizo una pausa y me miró.

Yo di un suspiro. Comprendía toda la filosofía que encerraban aquellas palabras.

— Verás, hija mía, la sagacidad que Dios ha puesto en la mujer, su fina intuición, su delicadeza extrema, han de servirle para mantener siempre encendida la llama de ese amor sagrado. No basta que se amen locamente, es preciso que ella sepa conservarlo y acrecentarlo en el transcurso de los años. Y aquí es donde la mujer debe llevar al marido de la mano, pero sin pregonárselo, silenciosamente, sin casi apercibirse ella, como se hacen las cosas verdaderamente grandes y hermosas, sin ruido. Mientras se abandona al amparo y protección del marido, refugiando su fragilidad en sus brazos, su alma debe sostenerle calladamente, porque siendo como es el sexo débil, en ella se encierra toda la fortaleza de la casa, del hogar — calló como si hubiera agotado ya su tema, o como si un peso grande la abrumara.

Yo me apresuré a decirle:

— Agradezco mucho sus consejos, señora, y puede estar segura de que los tendré siempre muy presentes — con franqueza debo confesar que estaba emocionada. Aquellas palabras habían avivado más mi sentido de responsabilidad. De una cosa estaba segura, quería la felicidad de Guillermo a toda costa, aun por encima de la mía propia.

En aquel momento se acercó su hijo a recogerla y se despidieron de mí.

La señora me dio un par de besos diciéndome:

— Ha sido un verdadero placer, hija mía.

Le sonreí y tendí la mano a su hijo que me saludaba.

Los invitados comenzaron a desfilan. Uno tras otro fueron dando la mano a toda la familia, acompañada de su felicitación.

Alberto se marchó con un amigo suyo. Y por fin, mis padres y yo, también nos despedimos de Guillermo. El quería atender todavía a sus enfermos. La profesión no la dejaba nunca por nada.

* * *

Sonó un pequeñísimo chasquido al cerrarse la pulsera bajo la presión que ejercían los dedos de Guillermo sobre ella.

Sin soltar mi brazo, susurró quedo mirándome a los ojos con intensidad:

— Mía para toda la vida. ¿Me amas?

— Sí, Guillermo, con todas las fuerzas de mi ser — contesté en el mismo tono.

— Se llevó mi mano a los labios y la besó una y otra vez con apasionamiento.

— No sabes cuán feliz me haces.

Súbitamente recordé los consejos de la señora compañera mía en el desayuno, y tuve que sonreír al pensar que yo pudiera anular la fuerte personalidad de Guillermo.

— ¿Qué pasa, chiquilla? ¿Por qué te ríes? — había una expresión curiosa en sus ojos.

— ¡Ay, Guillermo! es un secreto horrible que no te puedo contar — contesté adoptando un gesto de cómica intriga.

Guillermo me sujetó fuertemente por las muñecas al tiempo que decía marcando las palabras:

— Si no me lo dices ahora mismo soy capaz de cometer una locura delante de toda la familia.

— No, no. Me rindo. Te lo diré, te lo diré — reí intentando escabullirme.

— Qué malísima eres. Prefieres decirme el secreto, ¿verdad? Pues desembucha de una vez — quería aparentar seriedad, pero no podía.

— Ahora no puede ser. Te prometo que te lo diré luego más tarde — me sentía feliz y tenía deseos de jugar un poco y tentarle —. Además, mi madre se ha vuelto a mirarnos, tal vez nos quiera preguntar algo.

Guillermo me tomó del brazo para conducirme hasta su silla mientras murmuraba en mi oído:

— Te aseguro que pienso vengarme en la primera ocasión que se me presente.

Solté una alegre carcajada. Guillermo presionó con cariño mi brazo.

— ¿Querías algo, mamá?

— Sí, hija mía, quiero ver la pulsera.

Presenté el brazo. Era una joya de mucho valor; oro macizo y en la parte superior, engarzados en platino, gruesas perlas y brillantes.

— Es maravillosa — comentó.

Luego tuve que dar la vuelta para enseñarla a mi padre y por último a mi hermano que entraba en aquellos momentos de la calle. La miró detenidamente y cuando hubo terminado su examen, me besó en ambas mejillas, felicitándome.

Se acercó a Guillermo y le tendió la mano.

— Tu enhorabuena ha de ser doble. El paso que has dado esta mañana constituye un brillante éxito en tu carrera, y pronto vas a ver abarrotadas de enfermos todas las salas.

— No es eso precisamente lo que me preocupa — aclaró el aludido —, simplemente que todos cuantos pasen por

mi Clínica, se curen de sus dolencias y salgan contentos.

— Una aspiración muy noble — comentó mi padre. Guillermo sonrió.

— Por otra parte — dijo — ustedes saben que estoy verdaderamente enamorado de mi carrera y dentro de ella, de mi especialidad, y que si cien veces hubiera de nacer, cien veces elegiría la misma. Algo así como lo que te pasa a ti, Alberto, con la tuya.

— Tienes razón — contestó — yo también soy un enamorado de la mía.

— Si os parece — interrumpió mi madre — podemos pasar al comedor. La merienda debe estar preparada ya.

Alegremente nos sentamos en torno a la mesa. La conversación giró sobre nuestra boda, que Guillermo señaló para el primer sábado de noviembre. De nuestro viaje de novios que lo pensábamos realizar en el magnífico coche de mi prometido. Nuestro punto de destino era Roma, pero a nuestro paso nos detendríamos o nos acercaríamos a todas aquellas ciudades o lugares que más nos atrajeran. Pensábamos invertir en él un mes.

Después hablamos del decorado del pabellón y de los muebles que queríamos colocar, y de otros mil detalles que habían de irse preparando. Hasta ahora, con el montaje de la Clínica, habíamos dejado la casa para después de su inauguración. Ya podíamos dedicarnos pues de lleno a nuestro hogar y a nuestra boda. Dado los escasos meses que nos faltaban, nos veíamos un poco agobiados.

— Hasta este momento no me había entristecido la idea de que vas a abandonar esta casa — dijo mi madre tratando de ocultar su emoción, sin conseguirlo.

— Pero, mamáita, cualquiera dirá que me voy a vivir a América — dije acercándome para besarla —. Ya verás, vamos a estar juntas todos los días.

— Claro — terció mi padre — seguramente los ratos que no pasarás tú con ella, los pasará ella contigo.

Mi madre no tuvo más remedio que sonreír.

— No temáis que os entristezca. Yo estoy contenta viéndote feliz — quiso tranquilizarnos.

Le di unas palmaditas en su mejilla y volví a besarla.

Cuando nos dimos cuenta, era tardísimo.

Nadie tenía ganas de cenar porque la merienda había sido abundante. Y como Guillermo había sacado localidades para el Teatro de la Zarzuela, donde se estrenaba una buena comedia, nos dispusimos a salir todos, para continuar allí nuestra fiesta familiar.

Cuando terminó la velada teatral, mis padres se retiraron a casa y nosotros tres, puesto que mi hermano se había prestado gentilmente a acompañarnos, nos fuimos a Pasapoga. Guillermo quería bailar. Estaba extraordinariamente contento. Creo que su deseo era más bien, prolongar nuestro día lo más posible.

¡Nuestro maravilloso día!

Yo así lo habría de llamar ya siempre.

XIV

Y FUIMOS DE VERANEO

Me maravillaba de lo aprisa que pasaba el tiempo. Estábamos ya comenzando julio. Tal vez el ajetreo natural de estos meses que precedían a mi boda, hacía que los días se escaparan de mis manos sin apenas apercibirme.

Habíamos llegado aquella mañana a nuestra casa de campo, para pasar un corto veraneo; más corto que de costumbre, pues como ya digo, los preparativos para mi boda no nos permitían un largo descanso. Pero yo no me resignaba a quedarme aquel verano sin estar unos días, por pocos que fueran, en nuestra finca, y, materialmente obligué a los míos a cumplir mi deseo. Bueno, si he de ser sincera, diré que no fue sólo éste el motivo que me impulsó a obrar. Sabía que a todos sentaría a las mil maravillas abandonar el bullicio de la ciudad y refugiarse en la paz del campo. Y pronto pude ver con satisfacción, que se les iluminaba el rostro. Me sentí conmovida pues comprendí que si en un principio, habían decidido quedarse en Madrid, era sencillamente por mí. Pero qué ton-tísimos éramos y cuánto nos queríamos. Sabíamos sacrificarnos unos por otros sin darlo a entender, aparentando siempre que solamente cumplíamos con nuestro gusto.

Todo aquello inundaba mi corazón de alegría. Era como si le hubieran prestado alas. Y cuando traspuse la

verja del jardín, se me arrasaron los ojos de lágrimas. He sido siempre así, no lo puedo remediar, pero las cosas me llegan pronto al corazón y me sobrecogen de un modo extraordinario.

Aquel iba a ser mi último verano de soltera y pensé vivirlo intensamente, minuto a minuto.

Dejé el neceser en el vestíbulo y me dispuse a recorrer la casa.

Tenía mis rincones favoritos: la biblioteca que se hallaba en el piso bajo, separada del recibimiento por amplia puerta de dos hojas, y a ella dediqué mi primera visita.

Era una habitación enorme, cubiertas tres de sus paredes por altísimas estanterías de roble, repletas de libros y provistas de una escalera corrediza, ya que sin ella, hubiera sido completamente inútil intentar llegar a los últimos estantes.

Todos los de la casa éramos muy aficionados a la lectura y cada uno tenía sus autores predilectos, así como sus estantes particulares. A mi madre le gustaba la novela rosa. Mi padre se dedicaba a las comedias con preferencia. También tenía gran número de autores clásicos bien escogidos. Mi hermano era el que más estantes ocupaba. Por su carrera necesitaba estudiar continuamente. Aparte, sus autores eran contemporáneos, lo mismo extranjeros que españoles. Tenía también, un buen número de libros estrambóticos.

Yo era muy heterogénea en mi lectura.

Dejé de examinar los libros y me acerqué a la única pared libre, en la que se abrían amplios ventanales al jardín. Frente ellos una mesa escritorio y, diseminados, varios sillones cómodos.

Abarqué la estancia con una mirada de cariño.

Recuerdo que en cierta ocasión fui con una condis-

cúpula a visitar a otra que se hallaba enferma. Al salir, me dijo mi acompañante:

— ¿Te has dado cuenta? La habitación donde estaba instalada Julita inspiraba sueño; me estaban entrando tentaciones de tumbarme en la cama y dormir.

— Qué cosas se te ocurren. ¿Acaso estabas cansada? — repuse.

— No, no era eso. No me has comprendido. Todos los dormitorios sirven para dormir, no cabe duda, pero no todos producen la misma sensación. No todos inspiran ese bienestar, ese estado dulzón, ese sueño maravilloso — se quedó un momento como tratando de dar cuerpo a su pensamiento, pero, no hallándolo, terminó con tono impaciente —. Vamos, que es más dormitorio que otros.

Solté una alegre carcajada.

— Querrás decir que es más acogedor.

— Eso — respondió satisfecha.

No sé por qué vino a mi imaginación esta escena ya lejana, tal vez porque a mi biblioteca le pasaba lo que al dormitorio de Julita. Invitaba al recogimiento, al silencio, a la meditación. Allí no se podía hacer otra cosa que abismarse en la lectura o entregarse a la meditación.

Di un suspiro de satisfacción y me dispuse a abandonar la biblioteca para seguir mi recorrido.

Parece mentira cómo se puede llegar a querer los objetos que pertenecen a uno. Todo lo contemplaba con verdadero afecto.

En mi habitación dejé el neceser que había vuelto a recoger en el vestíbulo, y salí dispuesta a visitar mi otro rincón favorito. La torrecilla que coronaba el edificio, donde me refugiaba para soñar.

Presentía que en el transcurso de aquellos días, la

visitaría infinidad de veces, pues tenía mucho que soñar...

Me reí de mí misma.

Guillermo solía decirme que yo sabía sacarle doble partido a la vida que los demás. Sabía encontrarle siempre el lado bueno y saborearlo a placer.

Volví a sonreír al evocarlo. Quizás tuviera algo de razón.

Salí a la torrecilla y aspiré a pleno pulmón, como si quisiera saturarme de oxígeno.

La vista que desde allí se ofrecía, era maravillosa. Altas cumbres cuajadas de pinos, después un declive grande hasta llegar a un frondoso prado. Desde la altura al llano, toda la gama de verdes coronada de un radiante sol que le arrancaba brillantes destellos.

Era sorprendente el espectáculo. El monte, por algunas laderas, diríase que se hallaba cubierto de verde terciopelo.

Tuve que dar la razón al poeta. Al igual que los grandes artistas, Dios también firmaba sus obras, pero en lugar de poner aquélla en uno de los ángulos como ellos, la extendía sobre toda la obra hasta cubrirla por completo, ya que la firma de Dios es la belleza.

Aquella inmensidad y aquella hermosura me tenían sobrecogida y ávida la contemplaba dejando que se adentrara a través de mis ojos hasta inundar mi alma, mientras mi mente y mi corazón, se elevaban a Dios en acción de gracias por permitirme disfrutar de este momento.

Es una costumbre que he tenido desde muy pequeña. Cada instante, cada acontecimiento agradable, por pequeño que haya sido, ha arrancado de mi corazón un sentimiento de gratitud. A veces, simplemente el que sirvan una comida que me gusta, y hasta el hecho de poderme meter por las noches en mi cama blanda, cómoda... Se comprenderá fácilmente que me paso el día entonando un himno de

gratitud y alabanza. De ahí lo que dice Guillermo de mí, que le saco a la vida más partido que nadie; que le sé encontrar siempre el lado bueno y lo saboreo a placer.

Desvié mi vista del horizonte para dirigirla al jardín que rodeaba la casa. Estaba bien cuidado, ya me había dado cuenta al llegar aquella mañana.

En la parte de atrás había una piscina bastante grande, que hacía mis delicias en los veranos. Sabía lanzarme bastante bien desde el trampolín, y con satisfacción, me dejaba mecer después en sus azuladas aguas.

¡Qué feliz iba a ser!

Eso pensaba en aquellos momentos, sin embargo, las antiguas inquietudes habrían de volverme a asaltar muy en breve. Pero entonces no lo sospechaba.

Todo comenzó a los dos días de haber llegado.

Habíamos invitado a María Lidón y a Amparo a pasar una temporadita con nosotros. Mi madre decía que debíamos corresponder a las atenciones que habían tenido conmigo durante mi estancia en Castellón. Y allí estaba la carta contestando a nuestra invitación. Era de María Lidón, aceptaba en nombre de las dos, pero sólo por una semana. Debían emprender un viaje largo y necesitaban tiempo para disponerlo todo.

Dejé la carta sobre el tocador y casi maquinalmente comencé a cepillarme el pelo.

Recuerdo que cuando les escribí, deseaba con toda mi alma que declinaran la invitación con alguna excusa o pretexto aunque fuera fútil.

Pensaba que en aquellas circunstancias aun habiéndonos tomado unas vacaciones, no era yo dueña de mi tiempo. Con frecuencia tendría que trasladarme en el coche a Madrid por múltiples asuntos que debían solucionarse, sobre todo cuestión de modistas.

Después me fui encariñando con la idea de su venida, y ahora me contrariaba que sólo fuera por una semana.

La doncella vino a sacarme de mis meditaciones para preguntarme si me subía el desayuno a la habitación.

— No, Teresa. Sírvamelo en la terraza — le contesté, y me dispuse a bajar tras ella.

A aquella hora de la mañana la estancia en la terraza era deliciosa, por eso me gustaba desayunar allí.

Cuando hube terminado, después de echar una ojeada a los periódicos, como era mi costumbre, bajé ligera los cuatro escalones que separaban la terraza del jardín, y me detuve con la podadera en la mano contemplando los numerosos y bien cuidados parterres.

Había en ellos gran variedad de flores, pero lo que más abundaba, eran las margaritas, y me decidí por éstas.

Las flores me gustaban muchísimo; será por eso que siempre he procurado tener la casa adornada con ellas.

Esta vez las margaritas pondrían su nota alegre y simpática en las estancias de nuestra casa de campo.

Tenía ya un buen ramo cuando vi venir a mi hermano por el andén central.

¿De dónde vendría? Me parecía un poco temprano para que regresara ya de un paseo. Le miré detenidamente. Iba con paso lento y como abismado en sus pensamientos.

No me extrañó su actitud. Hacía tiempo que la adoptaba cuando creía estar solo. Soy buena observadora y me venía dando cuenta de este detalle; es más, creía estar segura de lo que motivaba ese aire de ausencia que lo envolvía y lo aislaba de todo. La estratagema del anticuario le había fallado. Su hombre no había vuelto a poner los pies allí, bien porque se había ausentado, bien porque

había cambiado de sistema, o simplemente porque temía una encerrona.

Desde aquella mañana en el Castellana Hilton, no había vuelto a hablarme de semejante asunto.

En honor a la verdad diré que el ajetreo de estas últimas semanas no había dejado lugar a confidencias, pero yo, con mi sagacidad, creí adivinar que a mi hermano le había venido de perlas esta circunstancia para que no nos acordáramos de preguntarle cómo iban sus aventuras policíacas.

Presumía que confesar esta pequeña derrota, si es que se le podía considerar ya como una derrota definitiva, había de mortificarle. ¡Estaba tan seguro aquella mañana de su temprano éxito!

¡Pobre Alberto! Yo sentía más pena que él, de este fracaso.

Cuando me vio, cambió de rumbo y se dirigió hacia el parterre donde me encontraba, con la sonrisa en los labios.

— ¿Para quién son esas flores? — pasó su brazo por mis hombros y me besó en la mejilla como era su costumbre.

Le sonreí.

— Para adornar la casa. ¿Te gustan? — le pregunté más bien por decir algo.

— Creo que será suficiente con que te gusten a ti — contestó distraído, mas en seguida preguntó —: ¿Va a venir Guillermo esta tarde?

— Supongo que sí.

— Nada más lo supones — insistió quitándome la podadera de las manos y disponiéndose a cortar unas margaritas a las que yo no daba alcance.

— Ya sabes tú que con los médicos no se puede contar

nunca. Cuando más interés tiene uno, se pone alguien enfermo y... adiós plan.

— Sobre todo cuando se es un médico tan celoso de su carrera como Guillermo, ¿verdad, Elena? — al tiempo que hablaba se volvió para darme las margaritas que había cortado.

— Demasiado consciente de su responsabilidad — dije con voz queda, como si meditara, y añadí con un poco más de energía —. Yo lo prefiero así aunque a veces, me toque sacrificarme a mí también.

Había puesto tanto calor en mis palabras que Alberto se volvió para mirarme.

— ¿Qué crees que me ha enamorado de Guillermo? — pregunté y sin esperar a que él me respondiera, continué —. No ha sido su rostro, ni su figura, y mucho menos su posición. Simplemente me ha enamorado su manera de ser. Su gran corazón. Sus muchas virtudes, y entre ellas, la más difícil de encontrar en estos tiempos de egoísmo, la caridad. La caridad de Guillermo es extraordinaria, es discreta, silenciosa, no arma ruido, pero es sincera.

— Vaya canto de alabanzas más bien entonado — dijo mi hermano con seriedad y añadió —. Presumo que a él le ocurre lo mismo contigo. ¿Me equivoco?

— Yo no soy más que un conjunto de defectos.

— Demasiado modesta.

— Modesta no, sincera. Y si alguna vez descubres en mí algún rasgo bueno, de él lo he aprendido. No te ofendas porque te lo diga.

— ¿Ofenderme? Al contrario, me llena de satisfacción oírte hablar así porque pienso que en vosotros, el matrimonio va a ser un éxito rotundo, y eso me produce la mayor felicidad que te puedas imaginar. ¿No sabes? El otro

día me hablaba él de ti, en los mismos términos que tú.

Sentí que enrojecía hasta la raíz del pelo.

A veces me abofetearía de buena gana. ¿Seré tonta?

Mi hermano se volvió para cortar más margaritas, simulando no haberse dado cuenta de mi azaro.

Agradecí su delicadeza.

Permanecemos un buen rato sumidos cada cual en nuestros propios pensamientos. Yo tratando de descubrir los de él.

Mas de pronto, dijo Alberto en tono bajo, como si hablara consigo mismo:

— Si se cruzara en mi camino una mujer como tú, me casaría en seguida.

¿Tal vez era aquello la conclusión de su larga meditación? No se había vuelto siquiera a mirarme.

— Las hay mucho mejores que yo. Sólo necesitas molestarte en buscarlas — me detuve para ver el efecto que producían mis palabras en Alberto.

Parecía abismado. No sé siquiera si me escuchaba. Sin embargo, y ante su silencio, me aventuré a decir:

— Ahora se te presentará una ocasión magnífica...

— ¿Ahora? — preguntó asombrado.

— Sí... — vacilé —. Me refiero a... la prima de María Lidón, la Reina de las Fiestas de Castellón... —. Mi hermano arqueó una ceja y yo terminé de carretilla — Amparo.

Un escopetazo no le hubiera hecho peor efecto. Me di cuenta al momento, pero ya no había remedio, ahora ya estaba dicho, y no me lo podía volver a tragar.

El abrió la boca como si fuera a gritar lleno de indignación, pero la cerró sin decir nada.

Intentó dominarse y transcurridos unos segundos, sólo dijo con voz queda:

— Qué ideas tan absurdas se te ocurren. ¿A qué altura

dejaría mi dignidad si así obrara? ¿Crees que son éstas las circunstancias más propicias para intentar un acercamiento — calló.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir.

Alberto me devolvió la podadera y se quedó mirándome con seriedad. Me dio una palmadita en la mejilla y dijo:

— Siento que tengas una idea tan pobre de mi caballerosidad.

Se alejó por el mismo andén que había venido.

Me volví en redondo para verlo marchar, llena de estupor.

¿Qué había querido decirme con aquello? ¿A qué se refería?

Me puse en guardia. ¿Acaso tenía algo que ver la actitud de mi hermano con el hallazgo de la esmeralda?...

Sin embargo, entonces Alberto desvaneció todos mis temores. Me aseguró que mis amigas nada llegarían a saber de mi descubrimiento.

¿Sería simplemente que a mi hermano no le gustaba Amparo?...

Pero eso no lo había dicho, ni siquiera lo había dado a entender.

¿Sería que el dentista les había pedido ya la alhaja y al hacerlo las había puesto en antecedentes?...

¿Lo habrían indagado ellas y quizás, llegó a oídos de Alberto?...

Nada sabía.

Todo eran suposiciones que me atormentaban de un modo terrible.

Volví a considerarme tan hipócrita como entonces.

Me sentía molesta al pensar que dentro de pocos días llegarían las dos primas, María Lidón y Amparo. La célebre

Amparo. Y a mi hermano no le hacía ni pizca de gracia tener que enfrentarse con ellas, ahora. ¿Me equivocaba?

¿Habría ocurrido últimamente algo que Alberto me ocultaba?

¡Ah, nada sabía! Lo único cierto es que me habían asaltado de nuevo los mismos temores que sintiera en Castellón; y bajo esta impresión, regresé a casa.

LA LLEGADA DE LAS PRIMAS

Miré impaciente mi reloj de pulsera. Faltaban exactamente diez minutos para la llegada del tren, si es que en las últimas estaciones no había aumentado su retraso.

Llevaba ya media hora en la estación, y mis oídos estaban ensordecidos por el estruendo que armaban los silbidos de las locomotoras, las carretillas transportando de un lado a otro bultos y equipajes, y el insistente murmullo de las muchas y variadas conversaciones que se alzaban de los distintos grupos esparcidos por los andenes. Unos llegaban y otros se iban, y otros ni llegaban ni se iban, simplemente salían a despedir o a recibir, como yo.

Aquella escena me trajo a la memoria otra no muy lejana. Mi llegada a Castellón...

Con cuánta ilusión emprendí aquel viaje... Recuerdo que dejé suelta mi loca fantasía y soñé a costa de él, como es mi costumbre. Pero nunca llegué a imaginar en mis sueños, lo que aquel memorable viaje iba a significar, lo que en él iba a encontrar y las consecuencias que iba a traer.

¿La Providencia me había llevado a aquella bonita ciudad levantina, como varias veces y por distintas causas, había oído decir?

¿Sería esto verdad?... ¿O por el contrario mi hallazgo

resultaría completamente inútil y nada se podría poner en claro? Tan cerca como había estado mi hermano de ello.

¡Mi hermano!... Estaba intrigada.

Anoche recibió un telegrama y hoy, por la mañana, había salido sin pérdida de tiempo para San Sebastián.

¿Sería pura casualidad o simplemente un truco? No lo sabía, pero su cara, al despedirse de mí, me llenó de dudas. Me miró con cierta picardía y con una sonrisa llena de malicia, me dijo:

— Siento de veras, tener que desbaratar tus bellos sueños casamenteros.

Estaba desconcertada. No sabía lo que se proponía. Y en el fondo, me hallaba un poco resentida con él.

No pude seguir mis meditaciones, porque en aquellos momentos entraba en la estación el tren que esperaba.

A pesar del gentío que había, no me costó gran trabajo encontrarlas.

La primera en descender fue María Lidón, quien con una sonrisa, se abalanzó hacia mí, para estrecharme. Correspondí a su abrazo, y al contemplar su cara risueña, me sentí muy aliviada.

Después pasé a abrazar a Amparo, que me apretó con tanta efusión que a poco más, me ahoga.

— Hay cariños que matan — dije — o por lo menos lo intentan.

Amparo reía de buena gana.

— Vaya exagerada. Si ha sido una dulce y suave caricia.

— Sí, sí. Sobre todo suave — contesté.

Sin darnos cuenta de que la gente al pasar, nos empujaba, continuábamos las tres inmóviles, en un tiroteo de preguntas y respuestas completamente incoherentes.

Al fin fue María Lidón la que, soltando una alegre carcajada, nos dijo:

— ¿No será mucho mejor que desistamos de querer ponernos al corriente en este mismo instante, de todas las cosas ocurridas, y emprendamos la marcha? Interrumpimos el paso.

Le dimos la razón y abandonamos la estación sin que decayera ni un solo instante, la animada charla.

Y así hubiéramos pasado todos los días de su estancia entre nosotros, charlando y charlando, sobre todo Amparo, que era amena y grata de escuchar; pero yo había tenido cuidado de preparar planes con el fin de que no les resultaran demasiado aburridas sus cortas vacaciones.

Organicé algunas fiestas a las que asistieron los moradores de las fincas vecinas, y amistades de Madrid.

Suponía mucho jaleo para mí, pero no me pesaba, pues, aparte de sentirme obligada a obsequiarlas, aquello iba a ser para mí solita, como una ruidosa despedida de soltera. Pensaba ser tan feliz cuando me casara, que bien merecía la pena dar rienda suelta a la alegría.

Además, estaba contenta porque María Lidón no había hablado acerca de la esmeralda, lo que me hacía suponer que nada le habían dicho todavía, o lo que es más lógico, nada sospechaba respecto a mí, es decir, de mi intervención. Esto me daba bastante seguridad en mí misma.

Una de las fiestas que organicé, fue un baile en los jardines de casa.

Los días que precedieron al de la fiesta, fueron de mucha agitación. Electricistas, carpinteros, decoradores, jardineros, en fin, un bullicio, pero luego, contemplando el resultado, se daba todo por bien empleado.

Hacía una noche espléndida. La luna quiso hacerse copartícipe de mi alegría y tiñó de plata el césped.

Diríase que se había convertido en un jardín de encantamiento.

Con mi eterna monomanía de soñar, entorné los ojos imaginando que el hada buena lo había tocado con su varita mágica y a su conjuro, todos los arbolitos que circundaban la rotonda, habilitada para pista de baile, se llenaron de múltiples bombillas de variados colores como frutos misteriosos. Me encantaba este ambiente.

Un poco más apartado se había improvisado un bar y a su alrededor, se instalaron mesitas.

Se había sacado mucho partido y al parecer, la fiesta iba a ser un éxito. Yo estaba satisfecha por ello.

Comenzaba a reinar gran animación.

Formando grupo con Guillermo y las dos primas había recibido a los numerosos invitados, realizando al tiempo, las presentaciones, pues la mayoría de los asistentes resultaban desconocidos para mis dos amigas. Y mi voz llegaba a mis oídos un poco monótona ya a causa de repetir y repetir nombres:

— Los señores de Rianza... La señora Condesa viuda de Trastara y su hijo Luis Manuel... Los señores de López-Rubio... Las señoritas de Aguilar... El doctor Ponte del Pozo... La señora de Requena y su hermano Pedro... Luisita Mezo..., etc.

Sabía que la belleza de María Lidón y la simpatía arrolladora de Amparo, crearían pronto alrededor de ambas, una corte de admiradores, y así fue efectivamente, cosa que me alegró muchísimo por ellas y por Guillermo que tenía ganas de acaparar mi atención para él sólo. Prudente no había dicho nada, pero yo lo notaba.

Se inclinó hacia mí:

— ¿Bailamos, Elena?

Le sonreí con cariño.

— Lo estoy deseando desde que ha empezado el baile
— contesté.

Dejé que me enlazara y apoyando mi mano en su hombro, entorné los ojos para mejor saborear mi felicidad. Así bailamos un rato en silencio.

— ¿Estás cansada? — oí su voz un poco inquieta.

Abrí los ojos. Su mirada penetrante estaba fija en mi rostro.

— No. ¿Por qué lo supones? — me apresuré a preguntar a mi vez.

— No sé... Me había parecido.

Habíamos llegado a un extremo de la pista y tomándome de la mano susurró en mi oído:

— De todos modos, vamos a descansar un poco de este bullicio. ¿O prefieres bailar?

— No, no. Vamos donde quieras.

No nos alejamos mucho sin embargo.

En uno de los banquitos del andén central, nos sentamos. Guillermo acariciaba mi mano que aún conservaba entre las suyas. Al fin dijo, como disculpándose:

— Quizás te parezca un poco egoísta por haberte alejado del baile y de tus amigas... Te he de confesar que el sacarte a bailar fue un ardid para separarte de aquel grupo y traerte aquí... ¡Tengo tan pocas oportunidades de estar a solas contigo!

Le envolví en una mirada llena de ternura.

— ¿Crees que a mí no me pasa lo que a ti, que me saben a poco los ratos que podemos estar juntos?

Besó con devoción mi mano.

— ¿Me quieres mucho? — en su mirada había ansiedad.

Sin apartar mis ojos de los suyos, repliqué en un susurro:

— Me sería difícil tratar de medir la intensidad de mi amor por ti.

Siguió mirándome en silencio, para decir al cabo de un rato:

— A veces me asalta una gran preocupación.

— ¿Qué es ello? — inquirí algo inquieta por su tono de voz.

Presionó con más fuerza mi mano.

— Tengo miedo de no poderte hacer todo lo feliz que tú mereces.

Le miré intranquila. El siguió con profunda seriedad:

— No te alarmes. No dudo del amor que te tengo porque ha echado profundas raíces en mi corazón y nada ni nadie, podrá arrancarlo jamás; ¿lo entiendes?, jamás. Pero mi profesión me absorbe muchísimo tiempo. Sobre todo, ahora que funciona la Clínica... Hasta los momentos destinados exclusivamente a nuestras entrevistas se han de ver, a veces, mutilados o anulados por completo... y... esto me hace sufrir enormemente...

— ¡Guillermo!...

— Sí, corazón, déjame que desahogue esta zozobra. Sufro por mí, ni que decir tiene, porque no puedo estar a tu lado todo cuanto quisiera; pero principalmente, sufro por ti... — su mano acarició mi mejilla y suavemente, la obligó a apoyarse en su hombro.

Yo guardaba silencio embargada de intensa emoción. Sentía la caricia de su barbilla en mi frente.

— ¡Mi pequeña! — volvió a hablar él —. Conozco tu temperamento... Sé que eres mimosilla y yo quisiera colmar esta particularidad tuya, prodigándote constantemente mis caricias. Por el contrario, me veo precisado a permanecer alejado de ti, y son escasos estos momentos dichosos, momentos que, con todas las fuerzas de mi ser, quisiera eternizar — hizo una pequeña pausa y añadió como si hablara consigo mismo —. Hay instantes en que, aun

amando como amo mi carrera, creo que llego a odiarla, porque la imagino como un obstáculo que se levanta entre tú y yo para privarnos...

Apoyé con viveza mi mano sobre sus labios impidiéndole así que continuara. Me emocionaba hasta estremecerme con sus palabras, pero no podía consentir que siguiera hablando de esa manera.

Le miré con ojos brillantes.

— No, eso no. Tú siempre has tenido verdadero entusiasmo por tu carrera. A ello se debe toda la serie de éxitos que has logrado en el tiempo que llevas ejerciéndola. Nunca la consideraré como una rival, y me daría mucha pena que lo hicieras tú... Yo... Yo me siento orgullosa de ti y no quiero que cambies. Seguramente si fueras de otra manera, no me hubiera enamorado... Me gusta tu seriedad..., esa constante preocupación que sientes por cada uno de tus pacientes..., ese volcar tu corazón ante el dolor ajeno..., ese religioso cumplimiento del deber que tú llevas como un sacerdocio. No, no quiero que cambies. Me he compenetrado de tal manera con tu personalidad, que tus glorias y éxitos los considero como míos, tus preocupaciones son mías, y míos serían también tus fracasos, si los tuvieras. Claro que me hacen muy dichosa tus caricias, pero me siento igualmente feliz cuando te veo absorbido en tu grandiosa, en tu humanitaria labor... Te quiero Guiller... — sus labios se apoyaron en los míos sin dejarme terminar la palabra.

— ... ¡Mi vida! ¿No sabes? Esté o no, junto a ti, te llevo siempre en mi mente y en mi corazón. Y en los momentos difíciles, cuando el valor y la decisión quieren abandonarme, la presencia de tu imagen en mí, me da nuevos bríos — dijo él con entusiasmo.

— Eso me enorgullece, Guillermo. Sabes que donde

quiera que estés, mi pensamiento y mi amor te acompañan siempre.

— Me siento muy dichoso a tu lado, Elena — volvió a apoyar mi mejilla en su hombro y así permanecemos hablando de nuestro amor y haciendo proyectos para nuestra boda.

Cuando regresamos a la pista de baile dispuestos a seguir unidos toda la noche bailando, o charlando sentados en una de las mesitas del bar, llamaron por teléfono a Guillermo.

Suponía lo que esto significaba. Efectivamente, no me equivoqué y adquirí la certeza de ello, cuando le vi acercarse presuroso a mí.

— Me llaman de la Clínica. Ha habido un accidente. Es un caso grave y probablemente tendré que intervenir esta misma noche —dijo bastante preocupado por el asunto.

Me levanté presurosa.

— Te acompaño hasta el coche.

Lo sacó del garaje y lo puso en marcha.

— Adiós, Elena. ¿Pensarás en mí?

— Ya sabes que sí. Ten mucha prudencia, Guillermo.

— Descuida. Mañana por la mañana te llamaré. Adiós mi vida.

— Que Dios te ilumine.

— Gracias.

Cuando el coche desapareció en un recodo del camino, yo seguía contemplándolo ensimismada en mi preocupación. ¿Qué habría ocurrido?

Di un suspiro de resignación. ¡Qué poco duran los momentos de felicidad!, me dije, pero en seguida me arrepentí de ser tan egoísta, y elevé una plegaria por la suerte del pobre accidentado que, Dios sabe en qué triste estado, esperaba la intervención de Guillermo.

Con paso lento me dirigí a la pista de baile. No tenía prisa. Me fascinaba caminar bajo la plateada luna que lo inundaba todo con su misteriosa luz.

Al fin dejé atrás la luna y penetré bajo la luz artificial.

No me fue difícil dar con Amparo. Estaba sentada con un grupo de amigos que sostenían una simpática charla. Me acerqué.

— Elena, ¿tú por aquí sola? — preguntó ella un poco asombrada.

— Han llamado a Guillermo desde la Clínica. Un caso de urgencia — contesté.

— ¡Qué contrariedad! — comentó mi amiga.

— Ya estoy acostumbrada a ello. Por otra parte quiero pensar que más contrariado se debe sentir el herido. ¡Pobre!

— ¡Te admiro! — volvió a decir Amparo.

— ¿Por qué? — pregunté, aceptando una de las tres sillas que, a un tiempo, me ofrecieron sus acompañantes. Les agradecí con una sonrisa su gentileza.

— Porque tomas con mucha serenidad este contratiempo. Porque, no me lo niegues, esto para ti supone un contratiempo — siguió.

— No puedo negarlo, desde luego, pero reconoce que no ganaría tampoco nada tomándolo por la tremenda. Me parece mucho más práctico intentar olvidar mi malhumor y pensar un poco en la desgracia del accidentado. Creo que de esta forma, mi pequeño sacrificio ya no resulta estéril, y hasta, en cierto modo, me siento satisfecha al imaginarme que yo también contribuyo en algo a la humanitaria labor de Guillermo.

— Eres maravillosa, Elena — dijo Luis Manuel, conde de Trastara. Precisamente del que había tomado antes la silla.

Luis Manuel tenía una finca cerca de la nuestra y, al

igual que nosotros, pasaba en ella los meses de verano, junto a su madre viuda. Era abogado y ejercía en Madrid. Luis Manuel no tenía novia y al parecer, tampoco tenía prisa en buscarla; sin duda contribuía a ello el ser hijo único y por añadidura, de viuda.

Le agradecí el cumplido que me dirigiera, con una sonrisa y añadí:

— Supongo que cualquiera de vosotros en mi lugar, haría lo mismo.

— Yo no — se apresuró a decir Amparo —. A estas horas estaría con una pataleta imponente — y al decir esto, movió la cabeza con un mohín de niña caprichosa.

Reímos todos a coro.

La noche continuó alegre y despreocupada, y pude observar la atención especial que Luis Manuel dedicaba a mi amiga. No quise imaginar nada. Al fin y al cabo, a mi hermano le estaría muy bien por su desinterés y descuido, que llegara otro con sus manos lavadas y se llevara a Amparo, aunque me parecía difícil que Luis Manuel se decidiera a obrar por sí mismo; sin embargo, su madre debía comprenderlo así y dejarlo en libertad.

En aquel momento llegaba María Lidón con Pedro Requena. Se sentó a mi lado, pero Pedro permaneció en pie y, como empezara de nuevo otro baile, me invitó:

— ¿Quieres bailar conmigo, Elena?

— Sí — dije.

Nos alejamos mezclándonos con las demás parejas; y entonces, aparentando una indiferencia que no sentía, me preguntó:

— ¿Tienes mucha amistad con María Lidón?

Le miré escrutadora antes de responder.

— Sí, bastante. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Estas acaso interesado por ella?

— No — se apresuró a contestar —. Simple curiosidad.

Yo sabía a qué atenerme, soy buena observadora y me había dado cuenta de que andaba tras ella como deslumbrado. He de confesar que no me pareció mal la idea y como si me hubieran dado cuerda, comencé a cantar las alabanzas de mi amiga. El me escuchaba complacido.

Cuando terminó el baile, me llevó hasta donde se encontraba el resto del grupo, e inmediatamente sacó a bailar a María Lidón. Yo sonreí comprensiva, pero no tuve tiempo de meditar y hacer conjeturas, porque, en vista de que no estaba Guillermo para atenderme, pronto me vi asediada, y ya no me perdí baile.

Total, que cuando terminó la fiesta, que fue muy entrada la noche, estábamos tan cansadas, que dejamos todo comentario para el día siguiente.

XVI

MIS TERRIBLES DUDAS

Aquella mañana decidimos pasarla en la piscina de casa.

Estábamos las tres contrariadas y preocupadas a la vez, aunque yo me atrevería a asegurar que no era la misma clase de preocupación la que nos dominaba.

La causa fue que la noche antes, la mamá de María Lidón le había puesto una conferencia, para decirle que adelantara el viaje de regreso, pues urgía estuviera el sábado en Castellón. «No te alarmes, no es nada grave — añadió — pero se trata de un asunto que sólo tú puedes resolver. No te puedo dar más explicaciones por teléfono.»

Estas palabras tuvieron el poder de intrigar a mis invitadas, que se hicieron las mil conjeturas tratando de adivinar el asunto. Mis padres colaboraron en este intento de descubrir el motivo de la llamada.

Solamente yo, que tenía siempre la mosca detrás de la oreja, estaba segura de lo que era, y esta certeza me dejaba muda y sobrecogida. El momento fatal había llegado al fin. Sin lugar a dudas se trataba de la dichosa esmeralda.

Tenía que ser así. Si María Lidón y Amparo nada habían comentado, es porque hasta ahora, ellas nada sabían.

Pero ahora... ahora todo se iba a descubrir, y precisamente cuando estaban en mi casa. Yo que hubiera pre-

ferido no enterarme de cómo sucedían las cosas, resulta que debía apurar hasta la última inquietud.

No exageraré si digo que no pude dormir en toda la noche, pero igual debió ocurrirle a mis amigas, sobre todo a María Lidón, quien a pesar de asegurar que su madre se había reído al hablar con ella por teléfono, y parecía alegre, como era natural, estaba intranquila, y por su gusto se hubiera marchado inmediatamente, si no hubiera sido porque entre todos, la convencimos de que era mejor dejarlo para el día siguiente, pues aún así, le sobraba tiempo para llegar en la fecha señalada.

Nos levantamos temprano. Arreglamos el equipaje, y, por consejo de mamá, fuimos luego a la piscina para descansar y disfrutar de las últimas horas que nos quedaban de estar juntas.

María Lidón y yo nos tumbamos para tomar el sol, mientras Amparo, de la que había desaparecido toda preocupación, se entretenía en ensayar diferentes saltos de trampolín.

Al cabo de un rato, y en vista de nuestra inmovilidad, se acercó nadando hasta el borde donde nosotras estábamos.

— ¿No os queréis bañar o acaso os habéis quedado dormidas?

— Sí, dormidas, lo que es yo..., no he dormido en toda la noche, y sin embargo ahora estoy tan despabilada, por no decir tan inquieta — contestó María Lidón.

— Pero... ¡Jesús y qué tontísima eres! ¿A que se trata de una fiesta, inauguración o acto al que has de asistir como Reina? Ya sabes que sigues siéndolo hasta que se nombre tu sucesora al año que viene — había apoyado sus brazos en el borde, mientras su cuerpo permanecía sumergido en el agua, jugueteando con los pies para mantenerse horizontal.

María Lidón y yo nos habíamos incorporado al oír la llegar.

— No sé... — dudó mi amiga.

— ¿No sabes? ¿Qué ocurrió al empezar el verano? Que el Ayuntamiento te invitó para que presidieras una importante exposición de arte, de Castellón y su provincia, ¿recuerdas? — le contestó Amparo.

Yo que escrutaba el rostro de María Lidón, estaba asombrada al comprobar el efecto que las palabras de su prima causaban en ella. Sus ojos se habían iluminado y, poco a poco, su boca fue esbozando una sonrisa.

— Sí, tienes razón. Pero... ¿entonces, por qué no me lo dijo mamá? — añadió como si se preguntara ella misma.

Amparo se encogió de hombros al responder:

— Querrá darte una sorpresa.

— Pues vaya sorpresa que se convirtió en preocupación.

Yo me creí obligada a apoyar la versión de Amparo por lo que afirmé:

— Tiene razón tu prima. Tu madre creyó que te reservaba una grata sorpresa, y ni siquiera se le ocurrió pensar que podía intranquilizarte.

María Lidón, que estaba deseosa de dejarse convencer, rió alegremente como quien se libera de un peso abrumador. Nosotras dos la imitamos. Yo estaba absolutamente segura de que el asunto era la esmeralda.

Cierto que en otras ocasiones había tenido temores, imaginaciones, que no habían sido más que eso, imaginaciones. Pero ahora, un fuerte presentimiento me invadía, y en mi cabeza no había más que una obsesión, la esmeralda.

Sin embargo, debía disimular. Aparentemente yo debía ser la que menos preocupación sintiera, y no debía mostrar más contrariedad que la que me producía su repen-

tina marcha y el acortar su estancia en mi casa, por lo que dije con intención de aturdirme y de apartar de mi mente aquellos pensamientos:

— Vaya, alguien va a sentir mucho vuestra partida.

— ¿Quiénes? — preguntaron a coro.

Reí de su repentino interés.

— Por lo visto debían ser dos los entristecidos, pero de uno, si he de ser sincera, no me fío mucho — dije mirando intencionadamente a Amparo.

Ella se encogió de hombros antes de preguntar:

— ¿Y el otro?

— El otro María Lidón lo sabe.

— ¿Yo...? ¿Quién...? — contestó la aludida.

— No disimules tanto, sabes que me refiero a Pedro Requena — añadí, dándolo por seguro.

— La primera noticia que tengo.

— ¿De verdad? — pregunté incrédula —. Pues a mí me habló de ti con mucho interés.

— Qué fantástico — dijo Amparo frotándose las manos —. Resultará que este viaje va a traer cola.

— Ninguna cola por lo que a mí respecta — le contestó su prima —. Cuando llegue a Castellón, debo dar contestación a cierta persona, y será afirmativa — y al decir esto, se puso como la grana.

— ¡Que calladito te lo tenías! — comentó Amparo.

— Porque no estaba segura, pero estos días pasados aquí, me han servido para reflexionar.

— Me alegro — dije yo, y añadí —: ¿Le conocemos?

— Tú no, Amparo sí.

— ¿Quién?... ¿Acaso Vicente? — quiso saber ésta.

— Exactamente — contestó María Lidón, y ante la cara de asombro de su prima, preguntó —: ¿No te parece bien?

— Sí, sí. Pero, la verdad, apenas si os he visto juntos.

— Ultimamente, cuando tú estabas en Valencia, sí hemos ido mucho juntos; sin embargo y pese a que él es muy formal, y esto es cosa seria, no he querido precipitarme. Necesitaba saber si lejos de él, sentía lo mismo — hizo una pausa. Sus ojos verdes, más verdes quizás que nunca, se perdieron en el espacio, iluminados por una luz nueva y dulce. Después y con un leve suspiro, dijo —: Ahora estoy segura.

Yo sentí de repente un alivio tremendo. Pensé que aquello le iba a compensar de la pérdida de su esmeralda. ¿Resultaría que el asunto se iba a resolver oportunamente en el momento clave? Y sin conocerlo, pero llena de gratitud, comencé a simpatizar con Vicente.

— Háblame de él — dije deseosa de conocer pormenores.

— Yo lo haré, ¿me dejas? — se apresuró a decir Amparo. María Lidón, sonriente asintió.

— Tiene veintiocho años.

— Veintinueve — corrigió su prima.

— Es lo mismo, un año más o menos, no tiene la menor importancia... en un hombre — dijo Amparo y siguió —. Su profesión Notario, con la carrera recién estrenadita, y plaza en Castellón, recién conquistada.

— Eso es una suerte — comenté yo.

— Sí, sobre todo para mamá. Ella, claro está, tendría que resignarse si me marchara a vivir fuera de Castellón, pero es mejor así.

— No sólo mejor para tu madre, sino para las dos. En seguida lo podrás comprobar — comentó su prima y preguntó —: ¿Sigo con la descripción?

— Sigue — rió María Lidón.

— Sin pasión ninguna, es bastante feo...

No pudo terminar la frase porque María Lidón empujándola, le obligó a zambullirse en el agua.

Reímos las dos a coro viendo las cabriolas de Amparo hasta salir nuevamente a flote. Cuando lo hizo, se dirigió a mí para decirme llena de travesura y con grandes deseos de provocar a su prima:

— ¿Has visto lo mal que le ha sentado que te dijera la verdad acerca de su novio?

— A que te zambullo otra vez. Primero, que todavía no es mi novio y segundo, que no es tan feo como dices. Es corriente, ni guapo ni feo. Además, moralmente vale muchísimo.

— Pues si el pobrecito encima de lo feo que es, no valiera tampoco nada moralmente... — dijo con maliciosa intención, mientras me guiñaba un ojo, y antes de que su prima le volviera a zambullir, desapareció debajo del agua.

María Lidón no se enfadaba por estas bromas, al contrario, reía feliz, disfrutando con anticipación de su encuentro con Vicente.

Yo me alegraba de verdad por su suerte, y reía con ella.

Pero, de repente y sin esperarlo, nuestra risa quedó empapada. Amparo con ambas manos, nos echaba agua hasta ponernos como una auténtica sopa.

Sin decirnos una sola palabra, nos lanzamos las dos de cabeza al agua, dispuestas a vengarnos de ella, pero nos llevaba ya mucha ventaja y nos obligó a nadar hasta el extremo opuesto de la piscina.

Antes de que pudiéramos darle alcance, con una habilidad nada común, buceó por debajo de nosotras, retornando al punto de partida, desde donde nos gritó, burlándose:

— ¡Ah! Parecéis dos focas nadando.

Aquellas palabras tuvieron el poder de enardecernos y dimos impulso a nuestro ejercicio, pero los intentos fueron todos vanos, se escabullía del cerco como un verdadero pez.

Entre éstos y otros juegos parecidos, se nos pasó la mañana rapidísimamente, y llegó la hora de la despedida.

Yo que había conseguido apaciguar mis temores, volvía a sentirlos renacer cuando contemplé a María Lidón, que se disponía a partir feliz, para presidir no sé qué actos imaginarios que le había metido en la cabeza su prima. Formidable desilusión la que se iba a llevar cuando llegara a su casa y se enterara del verdadero motivo.

Me vino muy bien el disgusto que tenía por su marcha, para esconder tras él la terrible preocupación que sentía, y de pronto, se me ocurrió una feliz idea, ¿feliz...? Sí, creo que fue muy feliz. Las invité especialmente para que asistieran a mi boda. De esa forma me compensarían de su repentina marcha. Además, deseaba de verdad que me acompañaran en el día más entrañable y feliz para mí.

— ¿Me lo prometéis?

— Claro que te lo prometemos — dijo sonriendo María Lidón.

— Yo siento mucha ilusión por venir para esa fecha, de verdad — los ojos de Amparo, de la simpatiquísima Amparo, se habían empañado de emoción.

Yo sentí que a mí me ocurría lo mismo, pero ya no pudimos cambiar más palabras, porque el tren arrancaba en aquellos momentos. Agité mi mano en el aire hasta que las vi desaparecer, y regresé un poco aplanada a casa.

Es evidente que nuestra amistad se había estrechado más, si cabe, en estos últimos días, puesto que había descubierto en María Lidón verdaderas cualidades, igual que

en Amparo. Una amistad sincera, que yo apreciaba en cuanto valía y a la que me habría entregado ciega y abiertamente, si no fuera por las reservas que la dichosa esmeralda me imponía.

Por unos momentos estuve a punto de dar al traste con todo y contar la verdad. Ellas lo merecían y yo lo estaba necesitando. Pero el recuerdo de mi hermano, selló de nuevo mis labios, dejándome la amarga sensación de que nuestra sincera amistad, por lo que a mí concernía, no era más que pura farsa.

Estaba descontenta de mi forma de proceder; de la forma de proceder de mi hermano, y pensaba hacérselo saber en cuanto regresara; pero no tuve oportunidad, porque Alberto sí regreso al día siguiente, pero tan extraño, tan escurridizo, que no me dio ocasión de abordarle.

No eran imaginaciones mías, estaba francamente nervioso y apenas paraba en casa.

Su expresión me intranquilizó. Tenía un pliegue profundo en su frente que nunca antes le había visto, y sus ojos grises brillaban con una luz acerada cortante.

Lo comenté con Guillermo, y su respuesta no me satisfizo como otras veces. Me dijo que la naturaleza de la carrera de Alberto y por causa precisamente de su responsabilidad y sigilo, le crearía en muchísimas ocasiones preocupaciones y problemas profundos a los que no me era dable el acceso. Y me pidió que desistiera de espiarlo.

Comprendí que tenía razón, pero no por ello dejé de estar al acecho.

Dos veces más partió, no sé exactamente a dónde. La última tardó bastante en regresar. Cuando lo hizo, su semblante había cambiado por completo.

Esto ocurría dos días después de dar por terminado nuestro corto veraneo como consecuencia de mi boda,

con lo que me encontraba terriblemente ocupada, para aliviar un poco a mi madre del mucho quehacer que yo le proporcionaba.

Una tarde que me encontraba sola en mi futura casa, el bonito pabellón que Guillermo mandara levantar junto a la Clínica, para fijar en él nuestra residencia, vino mi hermano a buscarme allí.

Yo me entretenía en guardar la ropa ya planchada, en los armarios, cuando le oí llamar.

Me extrañé porque le confundí con Guillermo. Aquella era una hora desusada para él. Además, Guillermo tenía llave.

Salí de dudas al abrir la puerta.

Allí estaba Alberto sonriente. Sus ojos claros, casi transparentes ahora, me miraban como invitándome a que le preguntara, pero no lo hice. Aunque me mordía la curiosidad, no lo quise hacer, y esperé a que me contara de su propia voluntad lo que creyera oportuno.

Aparentando despreocupación, le pregunté:

— ¿Qué te trae por aquí? — y sin esperar su respuesta añadí —: Estaba guardando ropa, si no te importa, seguiré. Pasa.

Pero no me siguió; se quedó curioseando todo lo que encontraba a su paso.

Desde donde yo estaba, le oía danzar y abrir y cerrar puertas.

Cuando hubo terminado, vino a buscarme, diciéndome:

— Te felicito, hermana. Tienes una casa estupenda. No le falta detalle y lo que vale más, es cómoda y acogedora.

— Me alegro de que te lo parezca. Es una ventaja el edificársela uno, porque todo se coloca a la medida del deseo. Además, no hemos tenido problemas con el espacio, puesto que hemos tomado el terreno que nos ha con-

venido. Ya ves, todas las habitaciones son perfectamente cuadradas y amplias. No hay dificultad para colocar el tipo de mueble que se desee.

— Desde luego — dijo y calló esperando sin duda a que le preguntara. Pero yo, aparentando estar absorbida por mi tarea, guardaba silencio.

Al cabo de un rato comentó sin rodeos:

— Bueno, no te conozco. Pareces otra muy distinta de la que eras antes.

Di media vuelta y me quedé mirándole llena de asombro.

— Sí, no me mires como a un bicho raro. Yo venía en tu busca y estaba convencido de que apenas abrieras la puerta, me acribillarías con tus preguntas, deseosa de saber, intentando adivinar, como ha sido siempre tu costumbre, y resulta que en lugar de eso, me encuentro con la indiferencia más absoluta del mundo. De verdad, estoy un poco decepcionado. ¿Es que ya no te interesa el asunto de la esmeralda?

No tuve más remedio que sonreír, dándome por vencida.

— Claro que me interesa — dije —. Y estoy muriéndome de curiosidad por saber. Y, además, tu actitud de estos días pasados me ha inquietado mucho. Pero cuando se lo dije a Guillermo, quejándome de tu misterioso proceder y de tu falta de confianza para conmigo, me contestó que no debía inmiscuirme en tus problemas, aceptando lo que buenamente me contaras, sin tratar de averiguar por mi cuenta, y, sobre todo, que me abstuviera de hacerte preguntas que no me incumbía saber, y a las que tú quizás, no pudieras responder.

— Y lo has cumplido al pie de la letra — dijo complacido.

— Sí, porque pese a todo, comprendo que tiene razón.

— Eres maravillosa, y vaya suerte que tiene Guillermo contigo — se había acercado a mí, yo le sonreí y él añadió —: Pero yo vengo dispuesto a contarte algo, algo que tú mereces saber. Hemos aprehendido ya al ladrón de la corona de la Virgen.

— ¿Sí? — casi di un grito —. ¿Dónde, cómo? Cuéntame — había olvidado por completo los consejos de Guillermo y las preguntas se atropellaban en mis labios, en pugna por salir todas a la vez.

Mi hermano reía feliz, contemplándome.

— Ahora sí que me pareces la misma de siempre — dijo.

Sin poderlo evitar, me puse colorada, y en un tono más apagado, murmuré:

— No te burles de mí.

— No me burlo de ti y para demostrártelo, allá va la historia. ¿Recuerdas cuántas precauciones tomadas en torno al anticuario, con la esperanza de atrapar al ladrón?

— Sí, y que todas las esperanzas resultaron vanas, también — contesté recordando la decepción y malhumor que este fracaso provocó en mi hermano.

— Pues bien, cuando menos lo esperaba, recibo un telegrama del Juzgado de San Sebastián. Habían apresado a un hombre que presentaba las mismas características que el ladrón por nosotros perseguido. Sin embargo, nada probaba que fuera el mismo, salvo su relativo parecido. Por eso me marché tan precipitadamente arrostrando tu enfado, el mismo día que llegaban tus amigas — sonreí de nuevo, sin atreverme a interrumpirle —. Pero el viaje resultó totalmente inútil; por más preguntas que le hice de una y otra forma sobre la iglesia y la corona, no obtuve ninguna luz que lo pudiera delatar. Estaba perfectamente preparado y daba la impresión de ser totalmente inocente

en ese aspecto. Confieso que la decepción fue grande y anduve preocupado y de malhumor por este nuevo fracaso.

— No te esfuerces en convencerme; de eso me di, mejor dicho, nos dimos cuenta — ahora fue él quien sonrió.

— Lo sé — dijo —. Sin embargo, había algo en mí, no sé definirlo, pero como un presentimiento; por eso me volví a marchar con la esperanza de conseguir su confesión. El tiempo apremiaba, el delito por el que le habían apresado, era pequeño y temía que lo pusieran en libertad antes de convencerme de su verdadera inocencia. Es muy sagaz, te lo aseguro, y su pensamiento rápido. Sus contestaciones eran perfectas — hizo una pausa mirándose. Yo había interrumpido mi tarea y estaba pendiente de sus palabras. Luego, como si hablara consigo mismo, continuó —: Hasta aquel momento le habíamos hablado del robo de la corona, pero no habíamos nombrado la esmeralda, por lo que se me ocurrió decirle: «El señor del anticuario me aseguró pues, que le pagó a usted una fuerte suma por la esmeralda que llevaba engastada la corona...» Saltó como si le hubieran aplicado un cohete para decir: «Mentira, él no pudo ver la esmeralda porque estaba dentro de la aleación...» Calló asustado de sus propias palabras, pero ya no había remedio. Acababa de confesar. Nadie mejor que el autor del hecho, sabía que la esmeralda se hallaba escondida dentro de la amalgama. Ya ves que tontamente lo conseguimos. Ahora todo está resuelto.

— Sí, todo — dije yo recordando súbitamente la precipitada marcha de mis amigas, y añadí —: Incluso recuperada la esmeralda. ¿Me equivoco?

— No.

— De modo que tú sabías... — volví a decir.

— Sí, lo sabía porque el Sr. Royán, nuestro dentista en cuestión, me había escrito insistiendo en que le permitiera recuperar la esmeralda de nuevo para la Virgen, aunque no se diera con el ladrón. Estaba atormentado por los remordimientos, y se hacía tantos cargos de conciencia, que, compadecido de él, y convencido a la vez, de que la esmeralda no ofrecía dudas de su autenticidad, le autoricé a que lo hiciera. Al día siguiente de esto, llegaban a nuestra casa para pasar su corto veraneo, María Lidón y Amparo.

Todo se iba aclarando en mi mente.

— ¿Por qué no me lo dijiste? — le reproché.

— Por precaución. No lo creí oportuno.

En otra ocasión me hubiera enfadado con él, pero ahora no. Estaba dispuesta a admitir y comprender todo lo que me quisiera decir.

— ¿Sabes?, la mamá de María Lidón la llamó una noche por teléfono para decirle que adelantara el viaje de regreso — y con minucioso detalle puse a mi hermano al corriente —. Lo peor de todo esto — dije al terminar mi relato — es que las he invitado insistentemente, de corazón, porque así lo deseo, a mi boda y ellas han aceptado.

— ¿Qué tiene eso de particular? — preguntó Alberto.

— Pues... que me contarán lo ocurrido... que quizás adivinen...

— Que te contarán, puede, aunque lo dudo — me interrumpió él — pero que adivinen, no. No tienen ni la menor sospecha.

— De acuerdo, te creo. Ellas no adivinarán nunca, pero en cambio yo estoy segura de mi proceder y...

Alberto se acercó a mí y acariciando con cariño mi mejilla, dijo:

— Pobre pequeña. Comprendo perfectamente lo que

te pasa. Os habéis compenetrado las tres, habéis intimado hasta crear una amistad sincera y noble, una de esas amistades que son un verdadero tesoro en la vida; pero sobre ti se proyecta una molesta sombra, tienes un pequeño problema de conciencia —yo, muy abiertos los ojos le escuchaba con estupor, él seguía —: Piensas que tu amistad no es sincera como la de ellas, es más, crees que las traicionas y que estás representando ante tus amigas una farsa, ¿me equivoco?

— No — contesté llena de asombro —. ¿Cómo has adivinado?

— No me es difícil leer en tu pensamiento, además, conozco tu carácter vehemente y me atrevería a asegurar que en algunos momentos te ha asaltado la tentación de confesarles esta terrible verdad que te atormenta.

— Soy una tonta — dije bajando confundida la cabeza.

— No. Eres deliciosa, que sé yo, enternedora. Pero quiero decirte algo que necesitas saber. Hay verdades que no se pueden contar, y ésta es una de ellas. Es posible que María Lidón nunca te hable de lo ocurrido con la esmeralda, llevada de ese amor propio que nos suele invadir a los mortales. Pero si contra lo que creo, te hablara de ella, escúchala sin decir que tú ya sabías. Porque esta verdad tuya podría fácilmente empañar vuestra sincera amistad y crear entre vosotras un clima de incompreensión y duda, difícil de solucionar. Tu verdad podría hacerle daño, quizás humillarla ante tus ojos. Piensa que un malentendido puede enturbiar las acciones más nobles. ¿Me comprendes?

— Sí y te lo agradezco. Pero a pesar de todo, me duele en el alma pensar que por mi culpa ha perdido una piedra que ella estimaba tanto y de la que se sentía francamente orgullosa.

— Eso es una cosa que ni tú ni yo, podemos evitar. Ni ella tampoco, porque en cuanto haya conocido la verdadera procedencia de la esmeralda, su buen sentido religioso le habrá llevado a devolverla, aun con todo el dolor de su alma — hizo una pausa para encender un cigarrillo. Yo permanecía acariciando pensativa, una mantelería que había cogido para ponerla en el armario junto a la demás ropa. Alberto echó una bocanada de humo y dijo con tono cariñoso —: Vamos, levanta esa cara y sonríe; no quiero verte preocupada, aunque tu preocupación es una prueba bien clara de tu afecto hacia ellas. Esto debería tranquilizarte.

— Pues no me tranquiliza y pese a que deseo que vengan a mi boda, temo su llegada porque me contarán — insistí machaconamente.

— No te contarán nada, estate tranquila. Y si te contarán, tú las escuchas con tu mejor sonrisa o con tu mejor lágrima, según el estado de ánimo de María Lidón al hablarte.

— Pero, ¿es que nada has de tomar en serio? — me quise enfadar sin conseguirlo.

— Claro que lo tomo en serio y me preocupa mucho tu actitud — dijo mi hermano con gravedad. Luego sonrió para volver a decir —. No quiero que te quedes aquí sola con tus negros pensamientos. Déjalo todo, por hoy ya has trabajado bastante. Te llevo a merendar y luego a un espectáculo, al que tú quieras — y como viera mi gesto de duda, preguntó —: ¿Acaso estás esperando a Guillermo?

— No. Guillermo terminará algo tarde, hoy.

— Pues verás lo que vamos a hacer. Le llamaremos por teléfono en cuanto decidamos el espectáculo al que vamos a ir, para que venga a reunirse con nosotros. ¿Te parece bien?

No tuve más remedio que sonreír al contestar a Alberto.

— Me parece muy bien.

Y sin pensarlo más, salí del brazo de mi hermano dispuesta a pasar una tarde formidable, y a olvidarme un poco de mi misma, y de mis preocupaciones.



Alberto se acercó a mí y acariciando
con cariño mi mejilla, dijo...

XVII

MI BODA

Y como todo llega en esta vida, llegó también la fecha de mi boda.

Los días que precedieron, fueron terriblemente agitados. Yo no paraba un momento, yendo y viniendo; arreglando cosas, o saliendo de compras. Creo que a veces, hasta me inventaba los quehaceres, porque no podía estarme quieta.

Guillermo me reprendía diciéndome:

— Por favor, reposa un poco. No quiero que te agites así; vas a caer enferma. Tanto trajín te pone nerviosa.

— ¿Tú crees que es el trajín lo que me pone nerviosa? No. Aunque estuviera quieta me pasaría lo mismo. No lo puedo remediar.

Guillermo se acercó a mí, apoyó sus manos sobre mis hombros, y me obligó a mirarle a los ojos.

— ¿Acaso estás preocupada por algo? — su mirada profunda intentó leer en la mía.

— ¿Preocupada? No. Bueno, sí, mucho — dije sacudiendo mi cabeza.

— ¿En qué quedamos? — preguntó intrigado.

— En que sí, en que me preocupa muchísimo si seré capaz de hacerte feliz.

Me contempló unos momentos serio, pero en sus ojos brillaba una luz de ternura, y de repente, me estrechó

fuertemente contra su corazón, para susurrar en mi oído:

— Eres la criatura más deliciosa que existe bajo la capa del cielo, y ahí precisamente está la razón de tu triunfo. Es un don que posees aunque quizás, ni tú misma te hayas dado cuenta de ello, por eso es más cautivador. No lo dudes, inmensamente feliz me haces, con una felicidad que me llena el alma. No te lo sé explicar mejor, pero te aseguro que lo sé sentir perfectamente.

Estas afirmaciones de Guillermo producían en mí el mismo efecto que un sedante, y así se lo dije.

El reía feliz, con mis ocurrencias.

Mi madre vino a interrumpirnos:

— Oye, ¿te ha dicho Elena que traigas mañana tu ropa antes de ir a la Clínica?

— No señora, no me ha dicho nada.

— ¡Qué criatura esta! Lleva unos días que todo se le olvida.

— Es natural. Tiene motivos para ello — sonrió Guillermo cogiéndome la mano.

— Menos mal que tú me defiendes, porque mamá quisiera que estuviera pendiente hasta del más mínimo detalle.

— No exageres, pero comprende que para evitar agobios de última hora, es preciso que las maletas queden hechas mañana prontito.

— Es verdad, y precisamente mañana por la tarde llegan mis amigas de Castellón y me gustaría estar libre para atenderlas.

— ¿A qué hora llegan? — preguntó Guillermo — porque habrá que ir a esperarlas.

— No. Esta vez vienen en su coche y lo harán directamente aquí. No quiero que se vayan a ningún hotel. Quiero que se queden en casa.

— Me parece estupendo — dijo Guillermo — en cierto modo puede que te sirvan de descanso. Bueno, y ahora te dejo. Me he de ir a la Clínica — y como viera mi mohín de disgusto, añadió —, ya sabes que debo dejar todo en orden para poder disfrutar tranquilamente de nuestro viaje.

— Sí, tienes razón — concedí.

Cuando salía, volvió sobre sus pasos para preguntarme:

— ¿Sabes cuándo llega tu hermano?

— Esta tarde. ¿Por qué? — pregunté yo.

— Quisiera que me hiciera una gestión.

— Le diré que te llame cuando venga.

— No, mejor le llamaré yo luego. Adiós.

Yo le despedí con una sonrisa. Pero él, antes de marcharse, se acercó a mí, besó mi mejilla y repitió como si hablara consigo mismo:

— Lo dicho, deliciosa como ninguna.

Lo que despertó la hilaridad de mi madre, y la mía también.

El se marchó al fin y nosotras seguimos con la cadena ininterrumpida de preparativos. Pero en honor a la verdad, debo confesar que, gracias a la previsión de mi madre tremendamente dispuesta, la víspera de mi boda, y una vez cerrada la última maleta, nada nos quedaba ya por hacer, sino esperar. Esperar naturalmente, la llegada de mis amigas.

No era probable que aquella tarde llegaran visitas, temerosas de importunar, puesto que el piso y los regalos hacía ya dos días que no se mostraban, precisamente para quedar libres y podernos ocupar de mil detalles, quizás pequeños, pero que tenían también su importancia.

Quedamos pues, las dos solas en casa.

Papá había ido por las reservas de los hoteles en que debíamos quedarnos en el transcurso de nuestro viaje. No queríamos dejar nada a la eventualidad para no exponernos a un fracaso.

Alberto salió a realizar, sin duda, la gestión que le encomendara Guillermo.

Solamente se produjo una contrariedad. Sin embargo, yo debía acostumbrarme a ellas y tomarlas con el mismo espíritu que Guillermo.

El caso es que se había presentado una operación de urgencia, algo que no admitía espera. Y en aquellas horas tan significativas para nosotros, que hubiéramos deseado pasar juntos, mientras yo esperaba paciente o impacientemente, Guillermo trataba con ahínco de salvar una vida humana, olvidado de sí mismo y de todo lo que no fuera aquel pobre ser que dependía sólo y exclusivamente de él, después de Dios, claro está.

Esto es lo que marcaba su fuerte personalidad, cumplir con su deber aunque para ello tuviera que sacrificar sus gustos, sus deseos más fervientes. No defraudaba nunca a nadie. Quien confiaba en él, podía hacerlo a ojos cerrados seguro de que jamás le fallaría. Por eso sus enfermos le adoraban. Cuando yo se lo hacía notar, él, modestamente, se reía y me decía:

— Eres una exagerada.

Y si insistía, añadía:

— Bueno, en todo caso, el mérito es de ellos, por fiarse de nosotros.

Esto era otra faceta de su carácter, y yo me sentía cada vez más atraída hacia él. Pensaba que las esposas de los grandes hombres, de los bienhechores de la humanidad y de la ciencia, serían sin duda muy abnegadas y sobre todo, con una gran ternura. Este era el asunto que

me preocupaba cuando el día anterior, le dije a Guillermo que temía no saber hacerle feliz. ¿Tendría yo la suficiente abnegación para aceptarle tal cual era y no me rebelaría alguna vez? No deseaba que él cambiara, de eso estaba segura; me gustaba su manera de ser y yo debía introducirme quietamente en su vida, sin desarticularla. Debía tener mucho cuidado, debía...

Mis pensamientos quedaron suspendidos por un timbrazo.

— Mamá — llamé.

— Sí, hija, son tus amigas — contestó mi madre saliendo ya a su encuentro. Yo me apresuré a hacer lo mismo.

Quizás porque soy muy emotiva, quizás porque la tensión nerviosa de estos días encontró una válvula de escape, el caso es que se me puso un nudo en la garganta al abrazarlas y sin poderlo remediar, se me saltaron las lágrimas.

No me gusta ser así y mucho menos que se den cuenta los demás de lo que pasa por mí. Quería disimular y si no me pareciera un recurso pueril, hubiera dicho que se me había metido una mota en los ojos, pero la verdad era que no había más mota en mis ojos que la emoción.

Pasamos a la salita de estar. Mamá pidió que nos sirvieran algo de merendar mientras mis amigas descansaban un poco del viaje; después ya se desharían las maletas. Pero María Lidón cogió un paquete y dijo entregándomelo:

— Esto es preciso que lo destapes ahora.

— ¿Otro regalo?... Pero si...

La semana anterior me había llegado el regalo de ellas; verdaderamente regio, un juego de bandejas de plata muy completo. Yo les había escrito dándoles las gracias, y ahora...

— Anda, destápalo — apremió Amparo.

Sonreí y me apresuré a obedecer. Quité la cinta, deslié el papel y apareció una caja transparente con un precioso ramo de azahar natural. Un ¡oh! de admiración se escapó de mis labios. Abrí la caja y su suave fragancia llenó la habitación.

— ¿Azahar en esta época? — se extrañó mamá.

— No es corriente encontrarlo en este mes de noviembre — dijo María Lidón y aclaró —. Este fenómeno suele ocurrir en los huertos de naranja fina, mal cuidados. Sólo basta para ello, que durante septiembre llueva. Entonces los naranjos brotan y lo hacen siempre con flor.

— Huele a vuestra tierra — dije contemplándolo y de repente... Será porque los olores evocan con más facilidad los acontecimientos, el caso es que de sopetón irrumpió en mi memoria el recuerdo de algo que había olvidado por completo, la «Gran Esmeralda». ¿Qué habría pasado con la esmeralda? Dos deseos completamente opuestos me acuciaban; uno de ignorarlo todo, otro de saber hasta el más mínimo detalle. Temía dejarlos traslucir y oculté mi rostro tras el azahar diciendo —: Es verdaderamente maravilloso.

María Lidón sonrió satisfecha ante mi emoción y me contó:

— Pues lo tienes de casualidad, porque el huerto de donde procede lo hemos comprado hace escasamente una semana. Cuando mi madre fue a verlo con el encargado, en seguida se acordó de ti y me dijo: «Verás qué sorpresa tan grata le vamos a dar a Elena», así es que te lo manda especialmente ella y su deseo, si no tienes inconveniente, es que lo lleves mañana contigo a la iglesia.

— Lo prometo, y puedes decirle que ha sido un detalle que me ha conmovido de verdad — contesté con toda la sinceridad de mi alma.

— ¿Te casas por fin en la capilla de la Clínica como querías? — ahora era Amparo la que deseaba saber.

— Sí, y está preciosa adornada. Este ha sido el obsequio de las monjitas que la rigen. Luego iremos a verla, además me gustaría enseñaros mi piso.

— Bueno — dijo María Lidón — nosotras hemos accedido a quedarnos en tu casa con la condición de ayudarte en lo que podamos; no queremos entorpecer tus planes. Y harás mal si nos guardas cumplidos.

— Podéis estar tranquilas de que nada entorpecéis. Hemos tenido la precaución de ultimarlo todo con suficiente tiempo. Creo que no nos falta más que ponernos los trajes y salir para la iglesia — aseguró mi madre.

— Es estupendo. Yo me alegro por ti y por mí — dijo Amparo y añadió —: En honor a la verdad confesaré que me muero por visitar tu piso y recorrer hasta el último rincón. Y luego la capilla donde mañana santificaréis vuestros amores. Quiero visitarla y soñar un poco a mi cuenta imaginándome que soy yo la protagonista de este maravilloso acto.

— No seas fantástica — le cortó su prima.

Todos reímos la gracia y la simpatía de Amparo.

— La ceremonia será tarde. Luego, en el Castellana Hilton se servirá un almuerzo — dijo mamá.

— Ha sido preciso organizarlo así, primero porque está cerca de la Clínica y segundo porque entre Guillermo y nosotros, hemos reunido un buen número de invitados — aclaré yo.

Mi madre miró el reloj y se levantó rápida diciendo:

— Si he quedado con tu padre que vendría a buscarme a las seis y casi van a dar. Con vuestro permiso voy a arreglarme un poco. Entre tanto tú, Elena, acompaña las a su habitación y las ayudas a deshacer el equipaje.

Así lo hicimos. Cuando quedamos solas, Amparo se adelantó y con aire misterioso me dijo:

— Tenemos que contarte algo fantástico que le ha ocurrido a María Lidón. No te lo puedes imaginar — yo sentía que el corazón me latía violentamente al tiempo que me decía a mí misma «lo sabré todo, lo sabré todo». Amparo siguió —: Algo de película. Estaba deseando poder-telo contar.

— Sí, verdaderamente a todos nos ha sorprendido, pero me temo no es éste el momento más oportuno de distraer la mente de Elena, con historias que no le atañen — comentó la interesada.

— Todo lo vuestro me atañe — dije yo con más ardor del que hubiera deseado.

María Lidón sonrió y dijo:

— No te lo vas a creer. ¿Recuerdas la llamada por teléfono de mi madre este verano?

— Sí — contesté.

— Vaya fiesta la que me esperaba — siguió ella.

Yo no sabía qué gesto poner ni qué postura adoptar. Quería aparentar despreocupación y me parece que no lo conseguía.

— ¡Ay hija, qué mal lo cuentas! — le cortó Amparo —. Estás inquietando a Elena y eso sí que no debes hacerlo en la víspera de su boda. Yo te lo contaré mejor. ¿Recuerdas la esmeralda que llevaba mi prima en la peina de su aderezo de castellanera? — asentí con un leve movimiento de cabeza, incapaz de proferir ni media palabra —, pues esa esmeralda era robada.

— ¡Por Dios, Amparo! Tú lo estás contando peor que yo — se inquietó María Lidón.

— Sí, sí, era robada, fíjate bien, Elena, robada de una iglesia — insistía Amparo.

Por un momento creí que se me paralizaba el corazón. Las miraba de hito en hito, sin saber a dónde iría a parar la cosa.

— Si hablamos así las dos, la marearemos y no le aclaremos nada.

— Bueno, pues cuenta tú — se conformó Amparo.

— Verás, la esmeralda, como te ha dicho mi prima, era robada, pero ni yo, ni el Sr. Royán que me la regaló, sabíamos nada. Cuando se enteró, por un conducto que no nos ha explicado y que nosotras discretamente, tampoco le hemos preguntado — a mí se me escapó un suspiro de alivio mientras María Lidón seguía —, fue a visitarnos; encontró sólo a mi madre, y le expuso el caso. De ahí la llamada que me hizo por teléfono. Urgía devolverla. Aquel sábado por la tarde, nuestro amigo, muy compungido, muy apenado, confesó lo que para él, constituía una tragedia porque me había hecho un regalo y ahora se veía forzado a pedírmelo para que se lo devolviera — hizo una pausa para continuar en seguida —. Nos dijo que había comprado la esmeralda en un anticuario de Madrid, con la idea de conservarla como otras de las muchas antigüedades que posee. Pero al enterarse de que yo iba a ser Reina, decidió regalármela como tributo a la amistad que le uniera con mi padre.

Amparo la cortó para añadir:

— Si vieras los esfuerzos que hizo para convencerlas de que jamás pudo sospechar, al comprar la caprichosa esmeralda, de que se trataba de una piedra robada. La tía me lo contaba.

— Sí, tienes razón, estaba no solamente apenado, parecía como avergonzado, fíjate. ¡Pobre! — comentó María Lidón.

Yo las escuchaba muda de estupor. De manera que

el tal Sr. Royán también ocultaba su propia verdad, puesto que nada les había hablado de la compra de la amalgama de plata y oro en cuyo interior encontró la esmeralda, hecho que denunciaba por sí sólo, su procedencia dudosa.

— Mamá estaba consternada pensando en la pérdida que suponía para nuestro amigo, la devolución de la joya, pero él, tremendamente afectado, dijo que eso carecía de importancia. Puesto que la piedra había sido robada a una iglesia, lo que añadía gravedad al caso, se imponía su devolución a costa de lo que fuera. Naturalmente mi madre y yo habíamos dado ya nuestro consentimiento para devolverla, en cuanto nos enteramos de lo ocurrido.

Comencé a ver claro y comprendí cuánta razón tenía mi hermano al decirme que «hay verdades que no se pueden contar». Si yo hubiera dicho todo lo que sabía, hubiera dejado en mal lugar al pobre dentista, que, en el pecado llevaba la penitencia, puesto que había tenido que pasar por una situación que, sin duda, no se la desearía ni a su peor enemigo.

No debía sentir más temor por este motivo, y ya que aquella verdad no me pertenecía, debía olvidarla. Sin embargo, había algo que aún me atormentaba y de lo que en cierto modo, me sentía culpable; por eso dije:

— Bueno, el perjudicado no era él, sino tú, que al fin de cuentas, has tenido que devolver un regalo que se te había hecho y que apreciabas en gran manera.

La sonrisa misteriosa de ambas primas me dejó sin saber qué pensar.

— Te equivocas. Hay algo más que aún no te hemos contado.

Por lo visto se estaban divirtiendo con mi sorpresa que

no intentaban ya disimular. Ellas seguían mirándome y como vieran que yo nada preguntaba, al fin habló María Lidón.

— Nuestro amigo el dentista, después de terminado su relato, sacó un estuche con una preciosa sortija, que me alargó. Mamá se quiso oponer naturalmente, pero él aseguró que aceptándola le hacía un favor porque así se redimía de la falta, sin culpa suya, claro está, que antes había cometido regalándome una cosa robada. Yo no tuve más remedio que acceder por no apenarlo más — y al llegar a este punto, adelantó hacia mí su mano izquierda que hasta ahora conservara detrás de su espalda, hecho que no me había llamado la atención —. ¿Verdad que es maravillosa? — preguntó —. Cierto que he perdido una esmeralda que era de incalculable valor, pero, si he de serte sincera, aparte de que aquélla la hubiera devuelto de todas maneras, a cambio de nada, por proceder de robo, ésta me gusta muchísimo más.

Quedé atónita y deslumbrada ante una sorprendente esmeralda de un verde perfecto y limpio, rodeada de diamantes. Ensimismada la contemplé pensando en las ironías que tiene a veces la vida. Yo sufriendo porque despojaban a mi amiga de una joya valiosísima, y resulta que a cambio había recibido otra que halagaba mucho más a su poseedora.

Amparo y María Lidón reían alegremente ante mi estupor, pero yo no las oía. Fascinada me había aferrado a su mano como si nunca me hubiera de separar de ella, pensando en lo inútilmente que me había estado atormentando durante tanto tiempo.

Todo se había oscurecido a mi alrededor y no veía más que aquella esmeralda que me cegaba y cuyos destellos se me antojaban guiños de burla...

Pero de repente, alguien me tomó del brazo y me sacudió con violencia llamándome.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para conseguir abrir los ojos cargados de sueño. Cuando al fin lo hice, creo que inconscientemente, busqué a María Lidón y Amparo que se habían esfumado, aunque su risa parecía repique-tear todavía en mis oídos. En su lugar, sólo vi a mi hijo quien sin duda, había vuelto a casa por alguna razón, y me contemplaba atento.

Yo le miré aturdida aún, sin llegar a comprender exactamente lo que me pasaba. Mas poco a poco fui adquiriendo conciencia de lo ocurrido.

Cuando a primera hora de la tarde, vino mi hijo Jorge para decirme que no esperara a los niños a merendar, como de costumbre, por el mal tiempo que hacía, recuerdo que me quedé muy contrariada porque la presencia de mis nietos me hace siempre muy feliz. Y sin saber por qué, quizás por aburrimiento, comencé a evocar una época inolvidable de mi juventud. Seguramente me quedé dormida, y fue entonces cuando con una claridad casi tangible, reviví aquellos años ya lejanos y sin embargo siempre tan cerca de mi recuerdo...

Sí, eso era lo que me había pasado.

Sacudí la cabeza como si con ello pudiera poner en orden mis ideas.

Mi hijo Jorge seguía contemplándome algo preocupado.

Al fin dijo:

— ¿No te has movido en toda la tarde de aquí donde te dejé antes, cuando vine por lo de los niños?
— hizo una pausa y luego añadió —. Ahora siento haberte despertado. Parecías sumida en el mejor de tus sueños.

Di un suspiro hondo antes de hablar, como si temiera

romper con mi voz, todo el encanto que me había rodeado hacía unos momentos. Luego esboqué una sonrisa, y repetí como un eco:

— ¡El mejor de mis sueños! — mi sonrisa se hizo más enigmática y, quedamente, como si para mí lo dijera, murmuré —: ¡¡Un sueño fantástico y que sin embargo, fue una auténtica realidad en mi vida!!

INDICE

	<u>Páginas</u>
I. La Gran Esmeralda	7
II. Cabalgata del «Pregó».	21
III. Amparo	39
IV. Romería de la Magdalena	53
V. Procesión de las Gayatas	71
VI. Alberto	79
VII. Los pastelillos de Amparo.	91
VIII. El Baile	105
IX. La Merienda	119
X. El Regreso	135
XI. Confesión del Dentista	149
XII. El Anticuario	161
XIII. Inauguración de la Clínica.	173
XIV. Y fuimos de veraneo	185
XV. La llegada de las primas	197
XVI. Mis terribles dudas	209
XVII. Mi Boda	225



CRISTINA ALLOZA

Nacida en esta bendita tierra, bien pronto mostró su inclinación hacia la literatura. Luego pudo afirmarse, sin ofensa a la verdad, que era un caso de vocación bien manifiesta.

Sus colaboraciones en los periódicos y emisoras de radio demostraron que atesoraba unas cualidades envidiables y poco comunes.

Mas un día nos sorprendió al inclinarse hacia la novelística.

Para dedicarse a este género se precisa contar con una seguridad muy recia en sí mismo. Porque la novela exige inventiva, dominio de las situaciones y un cúmulo de cualidades que no es preciso enumerar. Para luego, terminado el manuscrito, luchar en el mundo editorial hasta encontrar a quien se interese por él y se decida a su impresión y posterior lanzamiento al mercado.

Cristina Alloza nos demostró en plena juventud, que no había equivocado el camino al lograr que la Editorial Pueyo le acogiese y editara — sucesivamente — sus novelas «Encontré mis blasones» y «Más allá de las nubes». Ahora tenemos entre nuestras manos «La gran esmeralda», en cuyas páginas encontramos nuevos progresos, y motivos sobrados para afirmar sus dotes de novelista, así como experimentar la gran satisfacción de ver cumplidas las esperanzas que en ella se habían depositado.

